

CAPÍTULOS GRATUITOS

El fragmento ámbar 2: La extinción del fuego

Vicent Rosselló

AGRADECIMIENTOS

Estimado lector:

Si estás sosteniendo este libro y estás leyendo estas palabras, debes saber que puedes hacerlo gracias a personas muy especiales que, sin siquiera saberlo, hicieron posible que este viejo sueño mío pudiera hacerse realidad. Hoy, con los deseos transformados en papel y tinta, quiero mostrar mi agradecimiento hacia todos ellos.

Así pues, gracias...

Gracias a los usuarios de la red Megustaescribir, cuyos votos y valoraciones sobre el Fragmento Ámbar consiguieron llamar la atención del sello que adorna la portada de este tomo. Gracias a los gigantescos maestros, en especial a Tolkien, Martin y Rothfuss, por haber sido siempre mis referentes y los espejos en los que (humildemente) mirarme.

Gracias, como siempre, a Joan Ribas, que nunca dejó de animarme desde niño para que persiguiera este sueño. Joan, como puedes ver, tenías razón.

Y por último quiero dar las gracias a una persona muy especial. Alba, sin tus ánimos eternos este libro no habría salido adelante como lo ha hecho.

Gracias, de corazón, a todos.

PRÓLOGO

El fuego que bailaba en la pequeña hoguera había menguado con el paso de las horas, manteniéndose a duras penas con vida, hasta que al final había terminado por apagarse. El anciano que se sentaba cerca golpeó los leños carbonizados con su bastón, tratando de hacer resurgir las llamas de sus cenizas, pero estas no acudieron a la llamada.

—Oh, por los dioses... —masculló para sí—. Muchacho. ¿Muchacho, estás ahí?

El hombre ciego golpeó el suelo a su alrededor con la parte superior de la vara, hasta que impactó en un bulto cubierto por mantas que tenía cerca.

—¡Ay! —gimió el bulto—. ¿Se puede saber qué hace, abuelo? Eso duele.

De entre las mantas se alzó un muchacho delgado y pálido, que miró con ojos ojerosos llenos de rencor al anciano que se encontraba junto a él.

—El fuego. —El invidente señaló hacia los restos de la hoguera con su bastón—. Hay que volver a encenderlo, o si no nos congelaremos cuando llegue la noche. ¿Nos queda leña?

—Sí, sí, algo queda... —gruñó el joven mientras se incorporaba trabajosamente—. Además, como si fuera tan fácil saber cuándo es de día y cuándo es de noche en esta tierra muerta.

El anciano soltó un graznido que pretendía ser una risa burlona.

—Sí, eso es cierto. La diosa nos robó también los días y las noches, y solamente dejó nubes, polvo y frío.

—Hay quienes dicen que han visto el cielo abierto en algún lugar al sur y que los dos soles siguen allí, brillando con fuerza —dijo el chico mientras rebuscaba entre los fardos que tenían cerca—. Solo que hay tantas nubes que no nos llega su luz ni su calor.

—Puede ser que sea cierto, o puede ser una mentira tan grande como el Abismo. ¿Quién sabe, y qué importancia tiene? Las nubes no se van a ir a ninguna parte, así que tanto da si los dioses están detrás de ellas. No vas a volver a verlos nunca.

El muchacho buscó y rebuscó durante algunos minutos entre sus pertenencias, hasta que al fin dio con lo que buscaba: un saco en el que encontró una pequeña pila de ramas y hojas secas, además de tres leños delgados, retorcidos y astillados. El joven se acercó a los restos de la hoguera, que se había apagado, y por encima de las cenizas que quedaban colocó las ramas y las hojas. De un bolsillo de su capa vieja y raída sacó un par de piedras oscuras e irregulares, y comenzó a hacerlas chocar la una con la otra. Las chispas comenzaron a salir despedidas para ir a aterrizar sobre las hojas y las ramas, pero parecía que el fuego se resistía a prender. Después de forcejear un rato más con las piedras, por fin una de las chispas encendió una brizna de hierba seca, y el muchacho se apresuró a soplar en la base del pequeño fuego para que creciera. Pronto una pequeña y delgada columna de humo comenzó a emanar de la hoguera, y el joven colocó los tres leños por encima de la hojarasca que empezaba a arder.

—Eso, eso es, sí... —gimió el anciano con gusto cuando sintió el calor de las llamas calentar sus manos nudosas y esqueléticas—. El buen fuego que nunca nos abandona.

Una vez se aseguró de que el fuego no iba a apagarse, el chico se sentó junto al invidente, con los brazos alrededor de las rodillas y los ojos y los pensamientos perdidos en el oscuro horizonte.

—Tengo una pregunta, abuelo.

—Ya te dije que no me llames eso —refunfuñó el aludido—. Yo no soy abuelo de nadie.

—Como diga. Pero sigo teniendo la pregunta.

—¿Y qué pregunta es esa, a ver?

El muchacho guardó silencio durante algunos segundos, meditando, hasta que al final pareció decidirse a formular su duda.

—Cuando hablamos la última vez, dijisteis que Edunai Kirindel consiguió la victoria sobre los Yinn gracias al Fragmento Ámbar... Y que esta tierra quedó maldita el día que la reliquia llegó al mundo.

—Así es, ya lo creo.

—Pero... ¿Qué era exactamente el Fragmento Ámbar? ¿De dónde salió, y qué poderes otorgaba?

El anciano ciego carraspeó, frotándose las manos enérgicamente.

—El Fragmento Ámbar... Me dan ganas de escupir nada más pronunciar ese nombre. —Cumpliendo su amenaza, el invidente cargó un gargajo y se volvió para lanzarlo por los aires—. Durante mucho tiempo se creyó que había sido una bendición de los dioses a sus hijos humanos, pero en realidad fue más bien una maldición. Una terrible maldición.

—¿Pero por qué una maldición? —objetó el joven—. Si permitió a los humanos ganar la guerra contra los Yinn.

—Porque el Fragmento Ámbar contenía un poder que nunca debería haber caído en manos de los humanos, muchacho ignorante —respondió el anciano—. Dicen que se trataba de una lágrima de la diosa Alwa, que lloraba por sus hijos aeldranos. Y esa lágrima cayó sobre Edunai Kirindel, y lo imbuyó con el poder de los dioses.

»Pero la mente de los hombres no está preparada para tal poder, hijo... No, ya lo creo que no. Quizá al principio pudiera ser controlado, pero finalmente el Fragmento Ámbar toma el control, y se cambian las tornas; el poseedor se convierte en el poseído y la gema lo corrompe, le arrebató todo cuanto le es propio. Le hace perder la razón, le hace querer destruir a todo el que se ponga en su camino, porque sabe que puede hacerlo, que está al alcance de su mano. Y eso, muchacho... Bueno, eso es peligroso. Más peligroso que cualquier espada y que cualquier flecha.

—¿Pero qué poderes otorgó a Edunai? ¿Y por qué no le afectó a ella de la misma forma que a él? —insistió el muchacho, levantando el brazo para señalar la enorme bola de luz anaranjada que brillaba en la lejanía, por debajo de las nubes.

—Porque el Fragmento Ámbar no otorgaba ningún poder, hijo, sino que convertía las cualidades del que lo poseía en aquellas de un dios. Edunai era un gran guerrero. Un soldado sin parangón, con una habilidad marcial y militar insuperable. Y cuando sostuvo la lágrima de los dioses en la mano... Adquirió la fuerza de un titán, la velocidad de un rayo y la tenacidad de una fiera salvaje. Porque el Fragmento Ámbar tomó aquello que lo caracterizaba como hombre, y lo convirtió en divino.

»Ella, en cambio... —Los ojos blanquecinos del invidente se volvieron una vez más hacia el orbe luminoso que brillaba en la lejanía—. Ella no era fuerte. No era rápida, resistente, ni sabía pelear. Ella era pura... y cuando tuvo el Fragmento Ámbar, su pureza se convirtió en divina, y despojó al mundo de todo cuanto también lo era, dejando atrás este erial muerto y olvidado.

»Y bueno... aquí quedamos nosotros, ¿no?»

CAPÍTULO 1

Un hombre se paseaba nervioso por una amplia estancia de seis paredes, con las manos tras la espalda y la cabeza gacha. La sala en la que se encontraba coronaba una de las torres más altas de uno de los palacios más bellos que las manos de los hombres jamás habían levantado. El paso y el porte del caminante eran los de un hombre curtido en mil batallas, avezado a la rectitud y a la férrea disciplina militar, y sus pies se movían con una decisión que él, sin embargo, no compartía. Sus manos, llenas de callos y cicatrices producidas por tantas batallas en las que había combatido, temblaban ahora con nerviosismo, sujetas la una con la otra.

El hombre, cuyo nombre era Alastor Lancesvil, se detuvo, expulsó una bocanada de aire tembloroso tratando en vano de calmar sus ánimos y templar su impaciencia y se dirigió una vez más hacia el guardián con el que había hablado minutos atrás, nada más llegar al Gran Salón del Rey.

—¿Cuánto más tardará su Majestad en llegar, guardián? —preguntó de nuevo—. Los asuntos que tengo que tratar con él son de máxima urgencia.

El soldado lo observó a través de la visera de su yelmo con impasibilidad.

—Comprendo vuestra urgencia, general Lancesvil, pero debéis entenderlo. No hay nada más que vos o yo podamos hacer para apresurar su llegada. El rey Joran ha sido informado de vuestra petición de audiencia y llegará cuando decida llegar.

Alastor se alejó enfurruñado del guardián, profiriendo por lo bajo maldiciones susurradas. «Llegará cuando decida llegar...», masculló para sus adentros. El general dirigió sus pasos hacia el otro extremo de la sala de audiencias del rey y se detuvo ante un ventanal de cristal fino que daba a la noche cerrada, desde donde su propio reflejo lo observaba con atención.

El comandante Alastor Lancesvil era un hombre fornido, alto y de anchas espaldas. Su cabello recién cortado, de color castaño oscuro con salpicaduras blancas de vejez, estaba peinado hacia atrás a consciencia y brillaba debido al uso de las grasas animales que los nobles utilizaban para estilizar sus peinados. Una barba frondosa le poblaba el rostro, aunque no conseguía ocultar su mueca de preocupación. Vestía ropajes de cuero oscuro adecuados a su elevado rango, con una capa de color azabache con bordados dorados que ondeaba a sus espaldas. De su cintura colgaba

una vaina vacía, también de cuero negro y sin ningún tipo de ornamento. La espada que la funda solía guardar había sido requisada por los guardianes cuando había solicitado audiencia con el rey, tal y como era costumbre, ya que la ley real impedía que ningún hombre fuera armado en presencia de su Majestad, a pesar de que se tratara del mismísimo General Mayor del ejército de Aeldra.

Alastor se alejó de la ventana y de su reflejo a la par que sacaba de uno de sus bolsillos un pequeño paño de seda, que se pasó varias veces por la frente, tratando así de secar el sudor que la recubría como una película brillante. Dirigió sus pasos hacia el otro extremo de la estancia hexagonal, donde se encontraban, además de los lienzos y tapices que adornaban también las otras paredes, una serie de bustos coronados que observaban con ojos de mármol el gran trono blanco que había al fondo de la sala. Eran los reyes del pasado, aquellos que habían gobernado las tierras de los hombres desde los albores del tiempo, siglos y siglos atrás. Como era bien sabido, no estaban todos, pues no todos habían sido gratos y bien considerados, pero sí los más importantes y destacados de la dinastía de los Gavain, que había gobernado Aeldra desde hacía más de cuatrocientos años.

Alastor se paseó ante los rostros de aquellos que antaño se habían sentado en el trono, buscando en sus miradas pétreas un indicio de aprobación de lo que iba a suceder en aquella aciaga velada, en aquella sala bendecida y maldecida por los dioses. «¿Seréis benevolentes conmigo y con mi causa, grandes reyes de los tiempos pasados?», se preguntó el comandante para sus adentros. Su mirada se dirigió a la bóveda que coronaba la sala. «¿Lo seréis vosotros, dioses...? ¿Podréis perdonar las atrocidades que un hombre es capaz de cometer en nombre de la libertad y del bien común?»

Una voz vigorosa interrumpió sus oscuros pensamientos desde el otro lado de la sala. El rey había llegado.

—¿Cuántas veces debo decirte que no está permitido mandarme llamar a tan altas horas, Alastor, cuántas?! —tronó el rey mientras se acercaba a paso tranquilo y renqueante hacia el comandante. Sus ropajes de cama, de una seda rojiza, se agitaban vaporosos tras sus pasos. El general Lancesvil no pudo ocultar una pequeña sonrisa manchada de nostalgia al mirar al hombre que se le acercaba.

El rey Joran parecía un espejismo de lo que antaño había sido. Los brazos musculosos que años atrás habían abatido a decenas y centenas de enemigos se habían marchitado, convirtiéndose en pellejos arrugados que colgaban de sus hombros. Así también sus ojos, que en su juventud fueron vivaces y atrevidos, se veían ahora cansados y acunados por profundas y oscuras ojeras. Todo en él había envejecido demasiado para los años que en realidad habían pasado, como si cada año que pasaba hubieran equivalido a tres. Pero había algo en Joran de los Gavain que parecía no envejecer; una jovialidad en su mirada que permanecía, a pesar del tiempo que había transcurrido desde su coronación.

Cuando Joran IV llegó junto al comandante se atusó los bigotes canosos y se fijó en los bustos de mármol ante los que Alastor aguardaba.

—Conversando con mis antepasados, ¿eh? —dijo el anciano rey—. A veces yo también lo hago, Alastor. A veces siento que... lo necesito. Que necesito que me escuchen y que me aconsejen con su vasta e infinita sabiduría.

Alastor cambió el peso de una pierna a otra.

—¿Y qué consejo buscáis en los ojos de aquellos que os precedieron, Majestad?

Joran permaneció en silencio unos segundos, como sopesando si debería compartir su respuesta o bien guardársela para él. Al cabo de unos segundos, sin embargo, agitó la cabeza, sonrió de nuevo y pasó un escuálido brazo por encima de los hombros de toro de Alastor.

—Penas y amarguras de un hombre cansado, amigo mío —se limitó a responder—. Ven, camina conmigo. Comparte con este viejo rey aquello que turba tu pensamiento.

Ambos se alejaron de los rostros pétreos de los reyes de antaño, que seguían observándolos con severidad. Joran y Alastor se dirigieron hacia el otro extremo de la sala, donde unas grandes puertas de cristal, prácticamente tan altas como la sala entera, daban paso a un amplio balcón. Uno de los soldados que hacía guardia en la estancia se adelantó a ellos y abrió las cristaleras, dejando así paso a una agradable y fresca brisa nocturna. El rey y su general salieron al balcón y, a un gesto del primero, el mismo guardián que les había permitido el paso cerró las altas puertas de cristal, dejándolos a ambos en la soledad de la noche.

Joran IV de los Gavain, rey de las tierras de Aeldra y protector de los pueblos de los hombres, se recostó sobre la barandilla de piedra que guardaba la balconada. Cuando el general se situó junto a él, el rey exhaló un prolongado y hondo suspiro que se perdió en el viento nocturno. El anciano cerró los ojos y dejó que la brisa acariciara su rostro cansado y macilento.

—Hacía tiempo que no salía a tomar el aire de la noche y a observar la ciudad cuando la baña la luz de nuestra diosa Naelys —dijo mientras abría los ojos—. Dioses... qué belleza.

Siguiendo la mirada del monarca, Alastor observó el entresijo de callejuelas y pequeñas edificaciones que era Nesalon, la capital del reino de Aeldra y del mundo conocido. La luz de la luna llena, que brillaba alta en el cielo nocturno, iluminaba la ciudad convirtiéndola en un regalo para los ojos. Parecía imposible que hubiera algo más hermoso que la más grande de las ciudades del mundo bañada por la luz de una luna que parecía más grande que nunca.

—Es un placer que pocas veces puede permitirse un rey, ¿no crees? —preguntó Joran dirigiéndose hacia el hombre que se erguía junto a él.

—Creo que un rey debería poder tomarse los placeres que deseara, Majestad —repuso Alastor respetuosamente—. Por eso es el rey.

—Oh, vamos. Puedes dejar las formalidades, comandante. Estamos solos aquí fuera. Tú, yo y la diosa Naelys en el cielo, brillante y bella como siempre ha sido.

Alastor calló por unos segundos y esbozó una sonrisa con un deje de amargura.

—Hacía tiempo que no podía hablar contigo de tú a tú, Joran —dijo—. Si tengo que serte sincero, lo echaba de menos. Desde que asumiste el trono... creo que la complicidad que nos unió en el pasado se desvaneció. Bueno... —titubeó—, quizá no se ha desvanecido, pero desde luego no es lo mismo.

El rey meditó unos instantes y asintió.

—Es triste, pero es cierto —asintió Joran esbozando también una melancólica sonrisa—. En aquellos tiempos estaba más unido a ti que a cualquier otro. Eran buenos tiempos... más sencillos. No había que rendir cuentas a nadie, y teníamos libertad para hacer y deshacer a nuestro antojo. ¿Recuerdas nuestros tiempos en los que errábamos los caminos de las tierras aeldranas, montados en nuestros caballos y con nuestras espadas a los lados? Dioses, aquellos eran los buenos tiempos...

—Y cómo olvidarlos, Joran —respondió Alastor—. ¿Recuerdas aquella vez que tomamos en una sola noche el castillo de aquel tirano que se había rebelado contra el rey, contra tu hermano? Dioses, cómo era su nombre...

—Lord Marquen. Lo recordaré siempre —dijo el rey con una risotada—. Era otoño y ya comenzaba a hacer bastante frío, porque sus tierras se encontraban muy al norte de la isla de Alenor. Mi hermano nos había enviado a nosotros junto con un pequeño ejército para recuperar el territorio en su nombre.

»Estábamos todos, ¿no es cierto? Finn de la Gran Llanura, Valten el Lancero, Godwyn, Chandu el Titán... Recuerdo aquella noche como si hubiera sido ayer —continuó el rey—. Estábamos todos alrededor del fuego, intentando entrar en calor. Pero en aquellas malditas tierras del norte la humedad se te colaba por entre las mantas y conseguía helarte hasta los huesos. Y entonces Finn... ¿fue Finn quien empezó?

—Sí, fue él —respondió Lancesvil uniéndose al relato—. Empezó a hablar de lo cómodos y calientes que debían estar los del castillo de lord Marquen. Comenzó a describir sus camas, sus comidas, el calor de sus fuegos... las mujeres con las que podían acostarse.

—¡Dioses, sí! —dijo el rey entre risas—. Nunca le había odiado tanto como entonces, a él y a su boca. Al final, después de media hora de escucharle, borrachos como estábamos, se nos ocurrió la gran idea de tomar el castillo aquella misma noche.

—Cierto... despertamos a todos los hombres y les hicimos ponerse en marcha —continuó Alastor—. Nosotros seis conseguimos entrar en el castillo escalándolo con ganchos desde el lado del acantilado, y una vez dentro intentamos encontrar la forma de abrir los portones, pero...

—Pero nos descubrieron —retomó Joran, animado—. Nos equivocamos de sala y fuimos a parar a los cuarteles de los guardias de Marquen. Dioses, estaban jugando a los dados... La cara que les quedó al vernos entrar fue como para pintarla en un cuadro. La que se armó allí fue buena de verdad. Sonaron los cuernos, dieron las alarmas. Nadie sabía qué ocurría, por el Abismo. No sé ni cómo conseguimos abrírnos paso entre sus filas para abrir las puertas y permitir a nuestro ejército tomar el castillo.

Alastor sacudió la cabeza con gesto sonriente.

—Sí... aquella fue una noche memorable, por el Abismo. La celebración posterior a la conquista en las propias estancias del rebelde fue digna de los dioses y los héroes. Y al final, cuando todos los demás se fueron a dormir... tú y yo...

El rey desvió la mirada, visiblemente avergonzado por aquel recuerdo. Sacudió el rostro, que de pronto se había puesto de un color rojizo, y miró al cielo estrellado.

—No éramos más que niños... y los dioses estaban de nuestra parte —dijo con melancolía—. Aquellos eran desde luego tiempos mejores. Ahora todo es más complicado. Cada acto, cada decisión que tomo tiene decenas de consecuencias imprevisibles que debo tener en cuenta. Cada paso que doy puede ser el que me lleve a la tumba, o el que me consiga la gloria. A veces me duele la cabeza solo de pensarlo... pero supongo que eso es lo que significa ser rey... ¿no es así?

La pregunta flotó en el aire y, al cabo de unos segundos de silencio en los que aprovechó para tomar y expulsar aire, Alastor retomó de nuevo la palabra, dejando la pregunta sin responder.

—Joran, cuando tus hombres te han mandado llamar esta noche diciendo que me urgía hablar contigo no exageraban en absoluto —dijo—. Hay asuntos de máxima necesidad que debo tratar contigo.

—Bueno, soy todo oídos, amigo —respondió el rey volviéndose hacia él—. El frescor nocturno ha despejado mi mente y mis sentidos, así que dispones de toda mi atención. ¿Qué es lo que te preocupa, Alastor? ¿Qué turba tu mente?

Alastor Lancesvil aguardó unos segundos en silencio, como sopesando si debía dar o no el paso.

«Pero debo hacerlo»:

—Es... esta situación, Joran. Esta situación en la que nos encontramos los aeldranos. Ya no podemos... ya no podemos seguir así. No podemos tolerarlo más.

El rey lo miró con extrañeza.

—¿A qué te refieres con «esta situación»?

—Los Yinn, Joran... —continuó Alastor—. En los últimos años se han vuelto... manipuladores, fríos. Tremendamente ambiciosos. Aquellos Yinn gentiles y de buen corazón que narraban las leyendas de nuestros antepasados se han desvanecido ya. Los que hoy nos gobiernan no son más que sombras de aquellos. Y como sombras... solo la oscuridad habita en ellos.

El rey Joran frunció el ceño ante las palabras de su general.

—Nos ata a ellos un juramento de sangre, Alastor, uno que forjaron nuestros antepasados. Estamos sometidos a su voluntad, lo deseemos o no, pues así lo acordamos tanto tiempo atrás.

—Joran... ¿importa más cumplir un juramento olvidado que proteger las vidas de los hombres que nos siguen? Cada pocos años comienzan una u otra guerra, los unos contra los otros... pero nunca luchan ellos mismos. Siempre nos mandan a nosotros, a los hombres de buen corazón, a morir por sus rencillas. Juegan a ser dioses con nosotros y con las vidas de los nuestros, y eso es algo que no podemos seguir tolerando.

El rey permaneció en silencio unos segundos con la mirada perdida en la inmensidad de la noche clara. Sus labios estaban fruncidos como si estuviera masticando un bocado de amargo sabor.

—¿Y qué es lo que planeas exactamente, si puede saberse? —respondió al cabo de poco—. Ellos son demasiado poderosos como para que les podamos hacer frente, lo sabes tan bien como lo sé yo. Ellos son dioses y podrían aplastar nuestro mundo con tan solo desearlo.

—En eso te equivocas, mi rey, pues dioses no son. Los dioses son tres, y son los astros que iluminan el cielo durante el día y la bella luna que nos acompaña en esta oscura velada. Daku, Alwa y Naelys son las únicas divinidades que el hombre debe reconocer, y así hablan los sacerdotes.

Joran IV se rascó la barbilla.

—Bien, Alastor, te lo concedo. No son dioses... no en el sentido estricto de la palabra. ¿Pero acaso hay algo que tú, yo o alguno de nosotros los mortales podamos hacer al respecto? —replicó el

—Así es, Joran, y ese es el motivo por el que te he hecho llamar —respondió el general—. Morkana, el Último Hechicero, ha desarrollado un sistema, un arma que puede herirlos de muerte. Ha descubierto su punto débil y asegura que podemos utilizarlo a nuestro favor para librarnos de una vez por todas de su yugo. Es nuestra oportunidad para poner las cosas en su sitio.

—¿Morkana te lo ha asegurado, dices? —bufó Joran—. ¿Ahora se supone que debo fiarme de la palabra de ese charlatán, de ese estúpido mercachifle? No le llaman el Último Hechicero por nada. La magia es un vestigio del pasado, Alastor, un arma demasiado peligrosa como para que nosotros debamos blandirla. Mírame a los ojos, Alastor, y dime que debo jugarle el destino de los hombres a los que he jurado liderar y proteger por la palabra de un loco como Morkana.

Alastor Lancesvil cambió el peso de una pierna a otra. La tensión que había en el aire parecía

—Sé que no te fías del hechicero, Joran, pero él nunca nos ha dado motivos para pensar que no sabe lo que hace —replicó el general con decisión—. Además, me hablas del juramento que hiciste de proteger a tus súbditos... pues es ese mismo el juramento que te pido que honres. Defiende a tu pueblo del enemigo. Detén las matanzas sin sentido alguno. Acaba con esto de una vez, Joran.

El ceño del rey se había fruncido tanto que parecía que nunca iba a volver a su posición natural. Sus ojos transmitían una ira severa apenas contenida que amenazaba con arrasar con todo sin tener en cuenta viejas amistades o antiguas lealtades.

—Te ordeno que dejes de proferir blasfemias en mi presencia, general —advirtió el monarca—. Suficiente ha durado tu pequeño... discurso. Ahora vuelve a tus cabales, desaparece de mi vista y te concederé la gracia de olvidar las palabras que tus labios han pronunciado esta noche.

Alastor, que hasta ese momento había sentido miedo y nervios que le habían agitado el estómago, sintió de pronto como el fuego de la rabia también ardía en su interior, consumiendo cualquier temor que había sentido hacia el rey y su reacción.

—¿Olvidar...? ¿Crees que quiero que olvides algo de lo que te estoy diciendo? —dijo—. No, Joran, no me has entendido bien si piensas que esto que digo no es más que el alegato de un hombre loco. Lo he estado pensando desde hace mucho, muchísimo tiempo. Años. Y por fin me he decidido a actuar. Algo que debería haber hecho mucho tiempo atrás y que el miedo impidió.

»Pero no... el miedo ya no podrá retener mi voluntad. Llevo tiempo manteniendo conversaciones con figuras de relevancia de todos los ámbitos de nuestra sociedad. Nobles, sacerdotes, comerciantes, plebeyos... Todos están de acuerdo en una sola cosa: que los hombres no pueden ser durante más tiempo las marionetas de aquellos que se hacen llamar dioses y no lo son.

—¡Basta! —chilló Joran—. ¡Ya he escuchado suficiente!

Los dos hombres se miraron, muy quietos. La tensión había convertido todo a su alrededor en una gran roca que los aprisionaba, pesada y gigantesca. Cada soplo de aire, cada rayo de luz que reflejaba la blanca luna, cada pequeño sonido que llegaba hasta ellos desde la ciudad que descansaba a sus pies se había detenido. Todo en el mundo se había petrificado mientras dos hombres que antaño se amaron se miraban ahora como si fueran enemigos mortales.

Al cabo de una eternidad que cabía en un suspiro, el rey volvió a hablar.

—No puedo creer lo que escuchan mis oídos en esta noche aciaga... No, no puedo creerlo —susurró, casi más para sí mismo que para su interlocutor—. Pido... no, ruego a los dioses que me despierten de esta pesadilla en la que han creído justo inmiscuirme.

»Pero no lo consigo. Abro los ojos y todavía veo ante mí a un hombre al que antaño conocí. A un hombre al que quise más que como a un hermano y que ahora admite abiertamente haber conspirado en mi contra. Que reconoce sin tapujos que está urdiendo un plan para rebelarse contra el poder al que, como yo mismo, ha jurado servir. No... no lo puedo creer.

»No lo volveré a repetir, Alastor Lancesvil. Esta es tu última advertencia. Te la concedo por el... amor que antaño nos unió. Abandona esta senda que estás caminando, pues si sigues profiriendo blasfemias y hablando de traición como lo haces, haré que te arranquen la lengua y los ojos, y te colgaré por los tobillos desde la torre más alta que pueda encontrar. A ti y a todos los que dices que te siguen en tus ideas de loco que harían arder el mundo. Ahora... me retiraré a mi alcoba y trataré de recuperar un sueño del que nunca tendría que haber sido despertado. Más te vale, por tu bien, que jamás vuelva a oír una sola palabra más de todo esto.

El rey comenzó a andar con pesadez y cansancio, como si cada paso le costara el esfuerzo de un millar. Recorrió con lentitud el balcón hacia las puertas de cristal que separaban el exterior del interior y su mano se posó sobre el pomo metálico de estas. Sin embargo, antes de que sus dedos giraran para abrirlas, una palabra lo detuvo.

—No.

Joran IV de los Gavain inspiró, expiró y dio media vuelta. Sus ojos se clavaron de nuevo en los de Alastor, que le devolvía una mirada desafiante y dura como el acero que su vaina vacía solía contener.

—¿Cómo has dicho...? —dijo el rey en un susurro.

—He dicho que no —respondió Lancesvil con firmeza—. Has dicho que he estado conspirando contra ti y eso, mi rey, no es cierto. Nunca lo he hecho y nunca lo haré mientras me quede aliento, pues no eres tú el responsable de toda la barbarie y la destrucción que azota a nuestro pueblo. No eres tú el objeto de mi ira... de nuestra ira, la mía y la de todos los aeldranos. Pero te necesitamos, Joran. Necesitamos tu apoyo. Tú eres el rey de los hombres, nuestro estandarte, y solo contigo en nuestro bando podremos...

—¿Podréis qué?! —interrumpió el rey a voz de grito, haciendo aspavientos con los brazos—. ¿Derrotar a los Yinn?! ¿Eres realmente tan necio como para creer que los trucos de prestidigitación de un ilusionista de poca monta como Morkana nos darán alguna posibilidad contra esas criaturas que moldean la realidad a su antojo?!

—Te lo estoy diciendo, Joran, pero tú no quieres escucharme —le cortó el general antes de que el rey pudiera continuar—. El Último Hechicero ha descubierto una forma de igualar nuestro poder al de los Yinn. Por fin tenemos la libertad al alcance de la mano... tenemos la capacidad de hacer pagar a esos monstruos por los crímenes que han cometido contra nuestras gentes durante generaciones.

»No, no, Joran... no me mires así. Sabes perfectamente de lo que hablo. Tú lo has visto y lo sabes tan bien como lo sé yo. Los Yinn controlan nuestras vidas y manipulan nuestro destino a su antojo. Y se equivocan... dioses, si se equivocan. El Valle de Dashiell. La Matanza de Costarroca. El Asedio al Bastión Blanco, que desde entonces se conoce como el Bastión Rojo. Las ruinas de decenas de antiguas grandes ciudades, donde ahora miles de cadáveres se pudren al sol esperando a que aparezca alguien que les rece una oración.

—¿Y tu solución consiste en iniciar una guerra contra criaturas con un poder como el de los Yinn?! —gritó el rey, con el rostro rojo de rabia—. ¿Así piensas detener las muertes?! Las que me recuerdas te parecerían pocas en comparación, necio ingenuo. Guerra la habrá siempre, Alastor. Muerte la habrá siempre. ¿El mundo no es un lugar justo? ¡Bravo! ¡Estoy seguro de que eres el primero que se da cuenta!

»¿Es que todavía, después de tantos años, todavía no lo has entendido, Alastor? El mundo será un lugar injusto hasta que se vaya al Abismo. Los hombres hemos nacido para matarnos los unos a los otros, está en nuestra naturaleza. Guerra y conflictos los habrá siempre, ¡siempre! Así que, ¿qué importa matar y morir en nombre de los Yinn o hacerlo en el nuestro propio? ¿Acaso hay alguna jodida diferencia?!

De pronto Alastor Lancesvil se sentía tranquilo, pues, de un modo extraño, sabía perfectamente lo que iba a ocurrir a continuación.

—Sí, Joran... sí la hay. Eres ya de los últimos que así piensa, mi rey. Pero ya es hora de acabar con esta farsa. Habrá bajas, sí. Las habrá porque ha de haberlas para que los hombres puedan por fin luchar por una causa que sea la suya propia. Debemos ser dueños de nuestro propio destino, escribir las páginas de nuestra propia historia. Hoy comienza el principio del fin, mi amigo, mi querido hermano... Aquí y ahora.

Antes de que Lancesvil pudiera decir una sola palabra más, el rey Joran se lanzó a toda prisa hacia las cristaleras que los separaban de la estancia de audiencias. Con el impulso de su carga las abrió de un golpe y se dirigió a gritos hacia los hombres que hacían guardia en la sala.

—¡Soldados! ¡Prended a Lancesvil! —chilló el monarca—. ¡No es más que un traidor desgraciado sin honor, y se pudrirá en una celda el poco tiempo que le resta de vida! ¡A él, a él, he dicho!

La reacción de los hombres que custodiaban la sala no se hizo esperar. Cuatro de los cinco hombres enarbolaron las armas y se lanzaron a la carrera hacia donde se encontraba el general, mientras que el quinto guardián salió a toda prisa de la estancia, mientras el rey se cubría junto al trono.

Alastor aguardó en el balcón, con toda la tranquilidad que fue capaz de reunir en aquellos pocos instantes antes de que todo empezara. Cerró los ojos, tomó aire y lo dejó ir con la suavidad de una caricia. Cuando sus párpados se abrieron de nuevo, uno de los hombres del rey había llegado hasta él. La hoja de su alabarda se elevó en toda su altura, dispuesta a descender y rajar al traidor de arriba abajo, pero Lancesvil esquivó el corte, pegó su cuerpo al del soldado y con una hábil maniobra de combate lo proyectó por encima de la barandilla del balcón. Mientras el primero de los soldados se precipitaba al vacío de la noche entre chillidos de histeria, Alastor se apresuró a cruzar las cristaleras y adentrarse de nuevo en la sala de audiencias del rey.

—¡Prendedlo! ¡Prendedlo, por el Abismo! —chillaba incansablemente el rey Joran desde detrás del trono que dominaba la sala.

De los tres guardianes que quedaban en la sala, dos se abalanzaron hacia Alastor, cada uno por uno de sus flancos. El general esquivó el primer golpe de alabarda y consiguió apresar el asta del arma de su enemigo y, después de un breve forcejeo, Lancesvil arrancó el arma de las manos del soldado al mismo tiempo que saltaba a un lado para evitar un tajo del segundo guardián que le habría sesgado el cuello. Hizo una finta, golpeó con el arma y, de pronto, la cabeza ensangrentada del soldado al que había arrebatado el arma rodó por el suelo.

Alastor balanceó en sus manos la alabarda que acababa de utilizar contra su portador, y caminó con tranquilidad hacia el centro de la sala. Los dos guardianes que restaban se encontraban ante él, expectantes y temerosos al mismo tiempo; la fama de Alastor Lancesvil lo precedía. A espaldas de los guardianes se irguió en su trono el rey, con ambos pies sobre el asiento, mirando a Alastor con desprecio.

—Nunca habría esperado una traición como esta por tu parte, Alastor... —masculló—. Habría jurado por los dioses y mis antepasados que nunca habrías sido capaz de hacer algo semejante.

—Y sin embargo habrías errado en tu juramento, Majestad —replicó el general—. Pues aquí me tienes. La sangre de tus hombres mancha mis manos y mi hoja, pero no debes equivocarte. No soy yo el traidor. Eres tú el que has decidido dar la espalda a tu propio pueblo cuando más te necesita.

—No trates de lavar tus culpas echándolas a mis pies —replicó el rey—. Solamente tú eres el responsable de esta infamia. Tú... y ese bufón titiritero de Morkana. ¡Vuestras cabezas adornarán al alba las picas de mi balconada, traidor!

Antes de que Alastor pudiera responder, la puerta de la sala volvió a abrirse para dar paso al guardián que se había marchado nada más comenzar la trifulca, con toda seguridad en busca de refuerzos. Su rostro estaba pálido como la leche y perlado por el sudor, y el miedo y el nerviosismo en su mirada aumentaron notoriamente cuando vio la cabeza del soldado que Lancesvil había degollado.

—Majestad... mi rey... —dijo con un hilo de voz—. Abajo hay... sangre por todos lados... y...

—¡Habla como mandan los dioses, muchacho! —gritó el rey desde el otro extremo de la sala.

—Abajo, Majestad... los hombres se matan entre ellos.

La mirada de Joran se posó instantáneamente en Alastor Lancesvil, que observaba aún al recién llegado.

—¿Eres tú el responsable de esto también, Alastor? —inquirió el monarca.

—Así es, Majestad —respondió él al cabo de unos instantes—. No lo hemos escuchado antes por el ruido del combate, pero... escúchalo ahora.

Lancesvil se acercó con paso decidido hacia las cristaleras entrecerradas que daban al balcón y las abrió de par en par. El rey, los tres guardianes que rodeaban al general y él mismo guardaron silencio por un instante, y pronto lo oyeron. Por el amplio ventanal abierto acompañaba al viento nocturno el sonido de cientos de gritos y el entrecocar del metal.

—Hemos dicho basta, Joran —dijo Alastor al cabo de unos momentos—. No toleramos más el régimen al que nos tienen sometidos los Yinn. Nos hemos rebelado. Y de la misma forma que ocurre aquí, ocurre lo mismo en decenas de ciudades a lo largo y ancho del reino. Mi esperanza era poder evitar un derramamiento innecesario de sangre... si te hubieras unido a nuestra causa, quizá...

—¡Basta de parlamento! —gritó Joran con el rostro congestionado de raba y furia contenida—. ¡Guardias, a él! ¡Que no escape con vida, por el Abismo!

Los tres soldados que restaban comenzaron a acercarse a Alastor con cautela, a pesar de la insistencia y el deje de urgencia que había en la voz del viejo rey, pues el general, una leyenda del cuerpo militar, acababa de liquidar ante sus ojos a dos de los guardianes de élite del rey con demasiada facilidad. Los dos que había frente a Lancesvil comenzaron a abrirse lentamente hacia sus flancos, mientras que el recién llegado comenzó a aproximarse por su espalda. «Así que quieren tomarse su tiempo», pensó Alastor. «Pues no se lo concederé».

Con un ágil movimiento de pies y una corta carrera, el veterano general se plantó ante el primero de los guardianes. El metal danzó por unos segundos, y entre el rechinar y las chispas asomó un alarido. Antes de que el cuerpo del primero de los hombres tocara el suelo, con un brazo cercenado, Alastor se encontraba ya ante el segundo de ellos. Con un amago y una finta, la hoja del general atravesó el torso de su enemigo.

Cuando el segundo cayó al suelo, también entre gemidos, Alastor agitó su arma para sacudir la sangre que recubría la hoja y se dirigió a paso lento hacia el último de los hombres que quedaban, aquel que acababa de regresar. Y al observarlo con más atención, el general reparó en un detalle que había pasado por alto hasta aquel preciso momento; el último guardián era, a diferencia de los demás, poco más que un crío. Aunque era corpulento y nada bajo, su rostro fino e imberbe denotaba una juventud evidente. El joven soldado sujetaba el arma con manos temblorosas mientras dirigía constantes miradas nerviosas a los cuerpos muertos y moribundos de los que habían sido hasta hacía algunos instantes sus compañeros de guardia. Su rostro, blanco como la luna, reflejaba la luz de las antorchas a causa del sudor que lo recubría.

—¿A qué esperas, muchacho?! ¡Vamos! —lo exhortó Joran desde el otro lado de la sala—. ¡Protege a tu rey tal y como juraste, maldito desgraciado! ¡Vamos, ataca!

—Rinde tu arma, muchacho, y no se te hará daño alguno —dijo Alastor a su vez—. Tienes mi palabra.

—¡Su palabra no vale nada, por el Abismo maldito! —chilló el rey desde detrás del trono—. ¡Atácalo, atácalo, vamos, por los demonios!

Mirando a uno y a otro con ojos desorbitados, el joven alzó bien alta el arma temblorosa y se lanzó a la carga con un grito agudo que, más que temor, inspiraba lástima. Alastor resopló,

resignado, y esperó a que llegara el ataque, y una vez lo tuvo encima, se echó a un lado y golpeó con fuerza.

El joven soldado se paró de golpe, con el arma a medio golpear y con los ojos perdidos en un vacío infinito. Miró a Alastor y bajó la mirada. La hoja del arma del comandante se le hundía en el pecho, y la sangre bajaba a raudales por su torso para gotear en las baldosas del suelo.

El general Lancesvil realizó un movimiento hacia un lado, deslizando el arma y cortando el pecho del muchacho, y este cayó de rodillas. Sus manos soltaron la alabarda y sujetaron el corte que cada vez sangraba más y más. La hoja de Alastor sesgó el aire y la cabeza del chico salió volando por los aires para ir a parar a los pies del trono.

—Tu tiempo se ha terminado, rey Joran —dijo Alastor, acercándose al trono—. Ya no quedan más de tus hombres para ayudarte. El fin de los que apoyan a los Yinn y su tiranía ha llegado.

El monarca salió a paso lento de detrás del trono hasta plantarse ante Alastor y se irguió en toda su altura, con el porte y la planta de un verdadero rey. Por un momento el general pudo ver en él un atisbo del hombre que una vez fue, aquel al que llamaron Joran el Indómito.

—Tu causa está perdida, Alastor... —dijo el rey, con más amargura que rabia—. Nada conseguirás de esta rebeldía, de esta guerra que hoy has comenzado. Solo muertes... Hoy ya has causado las primeras, pero no serán las últimas. La sangre de miles bañará tus brazos.

—Ya lo hace, Joran —respondió Lancesvil—. La sangre de miles ya mancha mis manos, y las tuyas también. Nos hemos bañado durante años en sangre inocente al permitir que los Yinn jugaran a la guerra, utilizándonos a nosotros como sus fichas de juego. Se acabó, Joran, no hay vuelta atrás. Viviremos libres o moriremos en el intento, pues una existencia al servicio de otros no es vida. Esta es la voluntad del pueblo de los hombres.

—No... no lo entiendes, Alastor... —dijo el rey, que tenía lágrimas en los ojos—. No importa lo que hagas... no importa lo que intentes... porque no conseguirás nada. El mundo seguirá su curso y la gente seguirá muriendo. Y la guerra seguirá mientras siga el hombre. Y cuando hayan pasado miles de años desde este momento, otro tirano gobernará. Y habrá más muerte, y más sufrimiento. ¿No lo entiendes, Alastor? Nada de lo que hagas tendrá ningún efecto, ninguna relevancia. No serás más que una pequeña mancha de tinta en el pesado libro del tiempo...

—La diferencia entre tú y yo, Joran, es que yo aún no me he dado por vencido —replicó el general—. Lucharé mientras me quede aliento y no desfalleceré. Sé que eso es lo que Joran el Indómito habría hecho en su juventud. Y ahora, amigo mío... ha llegado la hora.

—¿Vas a matarme, no es cierto...?

—Sabes que tengo que hacerlo.

—Sí, así lo creía... —suspiró el rey—. Créeme, hermano... me habría gustado combatir a tu lado y compartir tu espíritu una vez más. Una última vez... pero yo ya no puedo. Estoy tan... cansado.

—Todo habrá terminado pronto, amigo... —dijo Alastor mientras sus manos se empapaban de la sangre del rey—. Todo terminará en unos instantes.

El cuerpo del monarca se desplomó en los brazos del hombre que le había dado muerte. La sangre formó un charco en el suelo y se fundió con la que ya bañaba las baldosas de la sala real. Alastor Lancesvil, con los ojos anegados en lágrimas, depositó el cuerpo moribundo de Joran en el suelo y le apartó el vello canoso que se le pegaba al rostro.

—Descansa en paz, rey de reyes —le susurró al oído—. Yo llevaré a cabo la lucha que tú habrías librado.

—Alastor... yo... yo...te... —musitó débilmente el monarca con sus últimos alientos, extendiendo una mano temblorosa y ensangrentada que acarició suavemente el rostro y los labios de Lancesvil.

—Lo sé, amigo, lo sé... yo a ti también.

Alastor acercó su cabeza hacia la del rey hasta que su frente tocó con la de él, y de igual forma lo hicieron sus labios, que se posaron con la suavidad del vuelo de una mariposa sobre los del hombre que moría. Después del leve beso, sus labios se separaron, el rey cerró los ojos y exhaló su último suspiro.

—Ve con tu padre y con tus hermanos, amigo mío, y acúnate en el seno de los dioses... —musitó Alastor Lancesvil con una voz quebrada por el dolor—. Pues tú y yo nos veremos en la próxima vida.

El general cayó de rodillas ante el cadáver del hombre al que había amado y había matado y su mirada se elevó hacia el techo, con grandes lagrimones bajando como cascadas por sus mejillas.

—Alwa, Daku, Naelys... sagrados dioses benevolentes... —recitó en voz baja—. Acoged en vuestro regazo al buen hombre que os envió. Él fue Joran, hijo de Rakan, apodado el rey Indómito y único heredero del linaje de los Gavain. En vida fue un buen hombre y no merecía un final como el que le he dado. Yo... quizá la única persona que le llegó a conocer verdaderamente. Yo, el único que lo amó de verdad... os suplico que lo recibáis en el cauce de la eternidad y que lo tratéis con el honor y la gloria que en sus días de juventud sin duda ganó.

»Y en cuanto a mí... una vez más ruego vuestro perdón. Nada más que el amor por mi pueblo y el honor del hombre guían mis pasos. Bendecid mis armas y dad fe a mis hombres para enfrentar los días oscuros que vienen.

Cuando terminó la plegaria, Alastor Lancesvil se alzó y se dirigió hacia la balconada donde había mantenido la conversación con el rey. De algún modo le extrañaba que aquello hubiera ocurrido solamente algunos minutos atrás, pues parecía algo perteneciente a un tiempo demasiado lejano. Como si hubiera renacido. El general se asomó por la barandilla y observó el fuego que alumbraba las calles de la ciudad. Los ruidos de batalla se habían apagado ya y una calma feroz y cerrada embriagaba el aire.

La puerta de la sala del trono se abrió de par en par y un hombre armado la cruzó a paso vivo esquivando los cadáveres que se esparcían por el suelo. Cuando llegó ante Alastor se detuvo e hizo una leve reverencia.

—Lord Lancesvil, señor —saludó—. Ya ha terminado. La ciudad es nuestra.

—¿Lo oyes, Joran? —murmuró Alastor para sí mismo—. Ya ha comenzado... la Extinción del Fuego.

CAPÍTULO 2

Alastor Lancesvil recorría a paso vivo y apresurado las calles humeantes y llenas de escombros de la ciudad llamada Cylantis. Años atrás, antes de que el general mismo hubiera nacido, la ciudad había llegado a ser una de las más grandes e importantes urbes del reino de Aeldra. Sin embargo, hacía ya décadas que la había afectado una decadencia y una crisis profunda que la habían corrompido y que la habían conducido, paso a paso, hacia la ruina, convirtiéndose prácticamente en una ciudad fantasma.

A pesar de ello, Cylantis seguía conservando cierta relevancia por un motivo que Alastor conocía bien, y por el cual se había desplazado a ella desde la capital, Nesalon, donde había estallado la rebelión algunos días atrás; Cylantis era la antigua sede de la organización conocida como el Círculo de Hechicería. Antaño un poderoso gremio de magos, se había convertido en los últimos tiempos en una organización atávica y vestigial, perteneciente a tiempos pasados. Aunque oficialmente seguía en activo, el Círculo contaba con un único miembro: Morkana, hombre al que Alastor había ido a visitar, y que era comúnmente conocido como el Último Hechicero.

El general Lancesvil había llegado a la ciudad pocos días después de que estallara en todo el reino aeldrano la rebelión que había pasado a conocerse como la Extinción del Fuego, un movimiento de rebelión contra la tiranía que los seres llamados Yinn ejercían sobre el reino. Después de la muerte del rey Joran a manos del que fuera su mejor amigo, compañero y general de sus ejércitos, había sido el caos el que había tomado el relevo en el gobierno. Cerca de la mitad de los barones y nobles que antaño sirvieron a los Gavain habían seguido a Alastor Lancesvil levantándose en armas y celebrando la muerte del rey, al que llamaban tirano y marioneta de los Yinn. En cuanto a los nobles que no se habían unido a la rebelión, se dividían en dos facciones; por un lado estaban los que aún no habían decidido a qué bando pertenecían, aguardando a que la guerra que se avecinaba diera comienzo para así elegir los aliados que más les convinieran, y por otro lado estaban los que afirmaban deber fidelidad al difunto Joran el Indómito y a los Loes Yinn, es decir, los que se oponían a la rebelión iniciada por Alastor Lancesvil, al que condenaban como traidor y regicida.

En aquellos pocos días que habían pasado desde la muerte del rey, muchas de las ciudades donde sus dirigentes habían decidido apoyar la rebelión habían sufrido ataques por parte de las tropas leales a la corona y a los Yinn, que habían tratado de tomarlas de vuelta, y Cylantis era una de aquellas ciudades. A pesar de que no era ni la mitad de majestuosa que había sido en el pasado, seguía siendo una gran ciudad con un gran número de habitantes, y la batalla había sido dura. Sin embargo, según los informes que habían llegado al alto mando de la Extinción del Fuego, las tropas rebeldes habían conseguido, con la ayuda del hechicero Morkana, defender la ciudad y mantenerla, rechazando así el envite de las tropas invasoras, que habían terminado por retirarse irremediabilmente.

Y mientras recorría a paso ligero las calles, callejuelas y avenidas de Cylantis, Alastor observaba por doquier las consecuencias que la batalla había tenido sobre la ciudad. Por doquier se veían pilas de escombros, improvisadas tiendas donde se atendía a los heridos y los tullidos, así como diversas carretas que transportaban montones de cadáveres carbonizados y medio putrefactos. El olor de los

cuerpos en descomposición le hizo arrugar la nariz, pero no permitió que el hedor le amedrentara ni que detuviera el ímpetu de su caminar. Para Alastor aquella pestilencia era una vieja conocida, pues tantas veces la había sentido en las decenas de batallas en las que había combatido que ya se había acostumbrado.

Pronto dejó atrás la zona más periférica de la ciudad, donde el ataque de las fuerzas leales los Lores Yinn había sido más intenso, y se adentró en el centro de la ciudad, avanzando hasta que divisó por fin el lugar al que se dirigía. La torre era alta, esbelta y oscura. Los colores que adornaban sus muros se veían viejos y desgastados, y las pocas ventanas que quedaban estaban agrietadas y llenas de polvo. Aquella torre, antaño magnífica y colorida, era conocida como la Torre del Círculo, aunque a pesar de la decadencia del gremio mágico en las últimas décadas, ahora la llamaban la Torre de Morkana en honor a su último líder, quién desde hacía años vivía en la torre solo, aislado del mundo cual ermitaño. Se decía que se había convertido en un hombre loco, paranoico y desconfiado, por lo que nadie, absolutamente nadie, tenía permitida la entrada al recinto. Alastor era, sin embargo, uno de los pocos a los que el hechicero había convidado a entrar, pues ambos habían sido los principales impulsores de la rebelión contra los Yinn.

Una vez los pasos de Alastor lo llevaron hasta el límite de la verja metálica oxidada y vieja que rodeaba la torre, se encontró de bruces con una puerta cerrada. El general la observó con atención; la puerta no tenía pomo, aunque sí una cerradura diminuta y redondeada. Alastor la empujó con una mano pero no cedió. Dio unos pasos atrás y se rascó la barbilla. Había oído que las puertas eran infranqueables para todo aquel que no hubiera sido invitado a la torre. «Pero yo sí he sido invitado. ¿Qué demonios...?», pensó. «Quizá sí...».

—Mi nombre es Alastor Lancesvil —proclamó hacia los barrotes—. Y estoy aquí para ver al Último Hechicero.

Pasaron unos segundos de silencio hasta que de pronto se oyó un chasquido y la puerta se abrió. «Increíble, esta magia de...». Su pensamiento se quedó a medias a la par que cruzaba la puerta abierta, ya que al otro lado tropezó con una figura espigada y cubierta de ropajes negros y gastados. Un quejido emergió de ella mientras Alastor trataba de no perder el equilibrio.

—¿Se puede saber qué haces, Alastor? Por los dioses y el Abismo, ¿es que me he vuelto invisible?

Lancesvil se repuso y observó hacia el hombre que había hablado, al que reconoció al momento.

—Disculpa, Morkana. Yo pensaba que...

Alastor miró hacia la verja, un tanto avergonzado.

—¿Qué? ¿Es que pensabas que las puertas se abrirían solas por arte de magia? —preguntó el hechicero—. No seas ridículo, Alastor. La magia es demasiado valiosa como para utilizarla en nimiedades como esta, y más cuando una llave de buen hierro puede hacer el mismo trabajo. —El hombre agitó ante el general una llave de dicho material que colgaba de su cuello—. Ahora déjame pasar.

El hechicero apartó al general y se asomó por la puerta de la verja que había quedado abierta. Con desconfianza miró a un lado y a otro, escrutándolo todo a su alrededor.

—¿Te ha seguido alguien? —preguntó al cabo de unos instantes Morkana sin dejar de mirar hacia el exterior.

—¿Que si me ha seguido alguien? —respondió a su vez Alastor—. ¿Quién me podría haber seguido?

Morkana soltó un bufido burlón.

—¿Quién? Quién, dice... Ellos. Los leales a los Yinn. Seguro que sus espías están por todas partes. Informadores infiltrados en nuestras ciudades, tomando buena nota de todo cuanto ocurre. De quién se reúne con quién. Quién apoya a quién. Buscando el mejor momento para apuñalarte por la espalda. Dioses, debe haber decenas de ellos por aquí ahora mismo. ¿Sabes cuántas veces han intentado matarme en los últimos años, Alastor? ¿Sabes cuántas veces he tenido que luchar por mi vida contra ellos? Seguro que no lo adivinas.

—¿Cinco?

—Doce.

—¿Te han intentado matar doce veces? —Alastor se mostraba sorprendido.

—Así es —respondió el hechicero, que seguía mirando hacia el exterior con extrema desconfianza—. Y aunque he matado a todos los que lo han intentado, no me voy a arriesgar a que lo consigan ofreciéndoles una nueva oportunidad. Nunca se es demasiado precavido.

Al cabo de unos instantes, Morkana pareció quedar convencido de que no había ninguna amenaza en el exterior, por lo que cerró la puerta de la verja y giró la llave en la cerradura, aunque antes de partir se aseguró con unos buenos tirones de que hubiera quedado atrancada.

—Ahora ven, sígueme —dijo—. Tenemos mucho de lo que hablar.

El hechicero echó a andar y Alastor lo hizo tras él observándolo con atención.

Morkana era un hombre de aspecto extraño. De constitución algo debilucha, tenía el rostro de un hombre joven, con la piel blanca y tersa, sin arrugas ni manchas. Su cabello, negro y largo, recogido en una cola a la altura de la nuca, no presentaba una sola cana. Y sin embargo, el general sabía con certeza que aquel aspecto no se correspondía con la realidad, pues lo cierto era que el hechicero había vivido ya una larga vida. De hecho, Alastor lo conoció por primera vez cuando no era más que un joven guerrero, y Morkana lucía exactamente igual que lo hacía en aquellos momentos. Como si el tiempo no hubiera pasado para él.

«Y sin embargo...».

Y sin embargo, la vejez se reflejaba en su mirada. En su forma de andar, en su voz y en sus gestos. Era una vejez que no podía apreciarse a simple vista, pero cuya existencia era evidente para un ojo avizor. Alastor tenía la impresión de que seguía a un espíritu viejo y cansado atrapado en el cuerpo de un joven.

Cruzaron a paso vivo el jardín que rodeaba la torre. Las hierbas y hierbajos crecían salvajes en todas direcciones, obviando el hecho de que nadie se había preocupado por su cuidado durante mucho, mucho tiempo. Subieron una pequeña escalera y llegaron a las puertas de madera oscura que guardaban el interior de la torre. Morkana las empujó y entró, manteniéndolas abiertas para que Alastor cruzara. Cuando lo hizo, el hechicero cerró las puertas con llave a sus espaldas, asegurándose también varias veces de que no se abrirían.

El interior de la torre era oscuro y lúgubre, aunque las pocas ventanas que no estaban tapiadas permitían que algunos resquicios de la luz de los soles se introdujeran en el vestíbulo del edificio. Morkana se dirigió hacia su izquierda y se hizo con una antorcha apagada que colgaba de un soporte de la pared, y con un gesto de mano una llama apareció y alumbró todo a su alrededor.

Alastor había escuchado historias sobre aquel lugar. En otros tiempos la Torre del Círculo había sido un lugar de encuentro no solo para hechiceros, sino también para artistas, escritores, filósofos, músicos y sabios de todos los rincones del mundo que acudían a aquel lugar convirtiéndolo en un símbolo de cultura, en el adalid del pensamiento de vanguardia y de progreso. Un lugar en el que las mentes más brillantes de varias generaciones se habían reunido, nutriéndose las unas de las otras. Sin embargo, el lugar en el que el general se encontraba no parecía ni la sombra de aquella cuna

cultural de la que tanto había oído hablar, sino que no parecía más que un edificio en ruinas. El suelo estaba sucio, lleno de escombros por doquier. Algunas partes del techo y de los muros habían caído, y entre las grietas de las baldosas del suelo crecían hierbajos que nadie se había molestado en arrancar. Las paredes, que habían perdido completamente el color que en el pasado las vistió, todavía estaban cubiertas por algunos tapices llenos de moho y algunos cuadros de personajes cuyos rostros eran prácticamente irreconocibles debido a la densa capa de polvo que los recubría. Algunas estatuas adornaban las esquinas, aunque la mayoría de ellas estaban hechas pedazos.

Morkana avanzó, con la antorcha en alto, a través del vestíbulo hacia la parte interior de la torre, con Alastor siguiéndole de cerca, hasta que llegaron al fondo, donde había unas escaleras de caracol de hierro oxidado que ascendían hacia los pisos superiores. Morkana permitió el paso a su acompañante, que después de un instante de vacilación comenzó a subir los escalones con paso firme y decidido. Sin embargo, antes de que hubiera escalado media docena, la voz del hechicero lo detuvo.

—No, no. Espera, no te muevas. Esto todavía debería funcionar...

El hechicero se subió al primero de los peldaños y, después de aclararse la garganta, pronunció una palabra en un idioma que Alastor no conocía. Pasaron unos segundos de silencio sin que nada ocurriera. Morkana aguardaba, como si estuviera esperando que alguien le contestara a una pregunta que acababa de formularle al aire.

—Esto... ¿Morkana? ¿Qué...?

—Silencio —lo cortó el hechicero—. Espera.

Al cabo de unos segundos se oyó un fuerte chirrido y el suelo tembló bajo los pies de Alastor, que se agarró a la barandilla de la escalera para no perder el equilibrio. Cuando miró hacia abajo vio cómo el suelo se alejaba de ellos, pero pasados unos segundos se dio cuenta de lo que en realidad sucedía; la escalera se movía sobre sí misma hacia arriba en un movimiento circular.

Morkana sonreía con satisfacción.

—¿Qué te parece? Llevaba años sin activarla.

Alastor asintió, impresionado. «¿No era la magia demasiado valiosa como para usarla en nimiedades?», pensó con sarcasmo, aunque decidió que era mejor que se guardara sus pensamientos para sí mismo.

En el ascenso lento y chirriante de la escalera dejaron atrás varios pisos, desiertos y ruinosos todos ellos. Cruzaron una antigua biblioteca llena de polvo y estanterías caídas, así como salas de lectura arruinadas, estancias que antaño debieron ser comedores, dormitorios... y todos ellos en un estado de abandono más que evidente. Cuando la escalera se detuvo al final del recorrido, Morkana se alejó de ella y después de cruzar un pequeño pasillo que no se veía tan desastroso como el resto del edificio, abrió la puerta que aguardaba al final y la cruzó, con Alastor siguiéndolo de cerca.

Una vez al otro lado, el general se encontró con una sala que no parecía pertenecer al mismo edificio que habían estado recorriendo. Aunque no estaba precisamente limpia y ordenada, no tenía un aspecto de abandono evidente como ocurría con el resto de la torre. Se trataba de una habitación circular, con el suelo adornado por baldosas negras y blancas que, dispuestas de manera irregular, producían un extraño efecto visual que las deformaba. Las paredes estaban en su mayoría repletas de estanterías y estas llenas de libros, y al fondo de la estancia había una mesa semicircular pegada a la pared, cubierta de documentos, plumas y tinteros. Junto al escritorio había unas puertas de cristal que parecían conducir a una especie de terraza, hacia la cual se dirigió Morkana. El hechicero cruzó la estancia, abrió la cristallera y salió al exterior. Alastor lo siguió. El único

mobiliario que había allá afuera era una tumbona de tela orientada hacia donde se encontraban los dos soles, que ya se ponían sobre el horizonte urbano de Cylantis.

—Dicen que con tus encantamientos ayudaste a la defensa de la ciudad, Morkana —dijo Alastor acercándose a la barandilla—. También he escuchado que lo hiciste desde aquí mismo, desde el balcón. ¿Es eso cierto?

—Así es, general —respondió Morkana—. Hice lo que pude, y al final fuimos capaces de mantener la ciudad contra el envite del enemigo.

—¿Es cierto que contaban con el apoyo de un lord Yinn del Agua?

—Sí —respondió el hechicero al cabo de unos instantes—. Tuvimos suerte, pues no hay ningún río ni lago en las cercanías, por lo que su poder había menguado. Gracias a eso y a la ayuda de los dioses pude vencerlo.

—¿Gracias a la suerte y a la ayuda de los dioses? —preguntó Alastor—. ¿Y nada más?

Morkana esbozó una sonrisa pícaro.

—Supongo que no fue solo por eso, claro.

—Fue gracias a esta nueva magia que has descubierto —afirmó Alastor.

—Así es, lord Lancesvil —dijo el hechicero—. Y supongo que has venido hasta aquí para saber exactamente en qué consiste este nuevo sistema que he inventado.

—Eso es.

Pasados unos instantes, Morkana se separó de la barandilla del balcón y se dirigió de nuevo hacia las cristaleras que daban a su habitación.

—Ven, Alastor, vayamos adentro —dijo mientras abría de nuevo las puertas correderas—. Empieza a hacer frío.

Aunque no sentía ni pizca de frío, Alastor siguió al hechicero de nuevo hacia el interior de la estancia sin decir palabra. Una vez dentro, Morkana le invitó a sentarse en una de las sillas que estaban junto a la mesa semicircular, tomando asiento él en la de enfrente.

—Para que entiendas bien el funcionamiento y los efectos de esta nueva magia que poseemos, Alastor —comenzó Morkana—, primero debes comprender qué tipo de criaturas son los Yinn exactamente. Los Yinn son nada más y nada menos que enormes concentraciones de energía arcana. Magia condensada. Para ponerte un ejemplo, si decimos que los soles son concentraciones de fuego, o los océanos grandes concentraciones de agua, un Yinn vendría a ser lo mismo, pero de energía arcana, de magia en un estado original, puro.

—Comprendo.

—Pero no están formados únicamente por energía mágica —siguió Morkana—. Todo este vasto flujo de poder está fusionado, unido de forma indivisible a lo que llamamos un núcleo elemental. Es lo que da a los Yinn consciencia, vida. Estos núcleos son la pura esencia de alguno de los cuatro elementos fundamentales del universo, que son...

—Fuego, agua, tierra y aire. Soy soldado, Morkana, no necio.

—Fuego, agua, tierra y aire, como bien has dicho —Morkana sonrió—. Así pues, la esencia de un lord Yinn dependerá del elemento del que su núcleo esté formado. Pueden valerse en todo momento y a todas horas de la energía elemental que emana de la naturaleza. Pueden usarla para construir o para destruir, para sanar o para herir. Es como su sangre, su esencia. Si realmente existe algo como el alma, la de los Yinn es esa. Por eso siempre han parecido seres inmortales a nuestros

ojos, ya que intentar matar a un Yinn del Agua, por ejemplo, con nuestros métodos tradicionales, sería algo tan estúpido como intentar acuchillar el mar.

Morkana guardó silencio, con la vista fija en los documentos que había esparcidos por la mesa.

—Pero tú has dado con la manera, ¿no es cierto?

—El punto débil de los Yinn, Alastor —siguió el mago con el tono de voz que usaría un maestro para aleccionar a sus aprendices—, es como la de todo ser vivo, su corazón. En el caso del Yinn eso significa el núcleo elemental del cual emana su energía mágica. Por lo tanto, ese será nuestro objetivo para acabar con ellos. Pero herir a un Yinn en su núcleo presenta dos dificultades principales.

»La primera es que el ojo humano no puede apreciar esta energía mágica a simple vista, por lo que no podemos localizar así como así el núcleo de un Yinn. La segunda es que no poseemos armas que sean capaces de herir a la propia esencia mágica. De nada sirven las hojas de acero, las flechas o los garrotes, aunque los atacáramos con mil millares de ellas.

Morkana se detuvo y se volvió hacia Alastor.

—Pero yo he descubierto la forma, sí... la he descubierto. He descubierto una magia que nos permitirá superar estas adversidades y nos dará el poder para luchar con ellos en igualdad de condiciones.

De entre sus vestimentas, Morkana sacó dos pequeños viales, dos frascos de cristal con tapón de corcho que contenían un líquido anaranjado el primero y verdeazulado el segundo. Con un gesto, el hechicero los lanzó hacia Alastor, que los cazó al vuelo y los examinó.

—¿De qué se trata?

—Son sueros alquímicos —explicó Morkana—. Pociones, para que nos entendamos. Cada una de ellas tiene funciones diferentes. La anaranjada, por ejemplo, se utiliza sobre un arma. Dámela y te lo mostraré. ¿Me permites tu espada, Alastor?

El general devolvió el suero al hechicero y desenvainó la espada de la funda que colgaba en su cadera, ofreciéndola al hechicero por la empuñadura. Morkana, sin embargo, la rechazó con un gesto.

—No, no. Sostenla con la hoja hacia mí. Plana. Así.

Con las puntas de los dedos Morkana colocó el arma en posición horizontal, con los filos mirando hacia los lados, y cuando la tuvo en la posición deseada, quitó el pequeño tapón del vial que contenía el líquido anaranjado, y con suma delicadeza lo inclinó para que el suero cayera sobre la espada. La textura del líquido era espesa como la de la miel, y una vez sobre la hoja, fue deslizándose poco a poco por su superficie.

—Verás, este suero convierte un objeto común en un objeto mágico —explicó Morkana mientras el suero iba fluyendo por la hoja de la espada como un lento río—. Ahora tu espada ya no será una simple hoja de acero, sino que tendrá la propiedad de interactuar con la energía arcana. Eso significa que, de utilizarla contra un Yinn, podrías herirlo con tu hoja.

Cuando el hechicero terminó de hablar, una diminuta gota de suero alquímico alcanzó la punta del arma y desapareció, como si el mismo acero lo hubiese absorbido.

Alastor levantó la espada y la observó de cerca. A primera vista no parecía que nada hubiese cambiado... y, sin embargo, después de una segunda mirada más atenta se dio cuenta. La hoja tenía un brillo, un reflejo de luz anaranjada que no parecía natural. Alastor la blandió contra el aire,

cortando a un enemigo imaginario. Incluso el sonido que hacía el acero al cortar el aire le parecía... diferente.

—Lo notas, ¿no? —preguntó Morkana al cabo de unos instantes.

—¿Y dices que ahora esta espada podría... herir a un Yinn? —El hechicero asintió en respuesta—. Por los dioses... esto es increíble. ¿Y qué hay del otro suero?

El general mostró al hechicero el segundo vial que le había lanzado, el líquido del cual tenía un color verdeazulado.

—Como te decía antes, Alastor, el mayor problema a la hora de enfrentarnos a un Yinn, salvando el hecho de que no podemos herirle con nuestras armas tradicionales —explicó el hechicero—, es que no podemos detectar a simple vista su punto débil, su núcleo. Sin embargo, con este suero... todo cambia.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Pruébalo tú mismo y verás.

—¿Que lo... pruebe?

—Bébetelo.

Alastor miró con un resquicio de desconfianza el líquido que contenía el vial, y dejando la espada a un lado, lo destapó. Acercó la nariz al vial y olisqueó, pero no notó ningún olor destacable, así que se lo bebió de un trago. El líquido, de la misma textura melosa que el primero, se deslizó suavemente por su boca hacia su garganta. Al principio no notó ningún sabor, aunque al cabo de unos pocos segundos comenzó a percibir matices.

Sabía a los cuernos de cerveza que había compartido con Joran y sus compañeros de batalla después de un día largo y cansado. Sabía al agua cristalina que había bebido en las travesías desérticas que había realizado de joven. Sabía a la sangre que le inundaba la boca cuando, en la batalla, un golpe enemigo le alcanzaba el yelmo. Aquel viscoso suero tenía todos aquellos sabores y ninguno al mismo tiempo.

Cuando por fin terminó de tragarlo, Alastor miró a su alrededor.

—¿Qué se supone que...? —comenzó a decir.

Antes de que pudiera terminar la frase, un fuerte mareo lo invadió, obligándolo a sujetarse a la silla. De repente la luz de los soles tardíos que invadía la habitación era demasiado brillante, hiriente incluso. Tuvo que cerrar los ojos y cubrirse con la mano. Notó en su boca la lengua seca como un trozo de cecina.

—¿Qué... qué demonios... me has dado? —consiguió decir.

—No te preocupes, Alastor, estos efectos pasarán en un instante. Es normal, tu cuerpo no está acostumbrado a los sueros alquímicos. Aguarda y enseguida te encontrarás mejor.

Nada más decir el hechicero aquellas palabras, estas se convirtieron en realidad. Alastor sintió como el mareo pasaba y desaparecía la sequedad de su boca. Retiró la mano de su rostro y abrió de nuevo los ojos, parpadeando y observando a su alrededor. Parecía que el mundo había vuelto a la normalidad, pero entonces...

—¿Lo ves? —preguntó Morkana.

A ojos de Alastor todo parecía normal, excepto algunos objetos que brillaban con un resplandor sobrenatural. Como si emitieran una luz que contenía matices de colores diversos. No se parecía a nada que hubiera visto jamás.

—¿Qué estoy viendo? —preguntó.

—El suero que te he dado capacita al que lo toma a detectar campos mágicos —explicó Morkana—. Los objetos que ves brillar son objetos mágicos.

—Vaya... esto es increíble, Morkana.

Cuando Alastor se volvió hacia el hechicero, donde él se encontraba solamente pudo percibir una luz cegadora, tan potente como la de un sol.

—Disculpa, ¿brillo demasiado? —dijo el hechicero con tono jocos—. Prueba ahora.

Alastor volvió a mirarlo, y a pesar de que seguía emitiendo un potente brillo, podía percibir ya su silueta sin sentir dolor en los ojos.

—Este es el invento, Alastor —dijo Morkana—. Cuando un guerrero detecta la presencia de un Yinn cercano se toma el suero azul y empapa su arma con el naranja. Gracias al primero es capaz de detectar el campo mágico que emite el Yinn, y así detectar su núcleo, su punto débil. Y con el arma mágica puede crear una interferencia que quiebra los vínculos mágicos que unen el núcleo con el resto del ser, destruyéndolo.

—Es... realmente impresionante, Morkana. Te felicito.

—Gracias, Alastor. El tiempo que he dedicado a la creación de estos sueros es verdaderamente incontable.

—¿De cuántos viales disponemos ahora mismo?

Morkana se rascó la barbilla.

—Alrededor de un millar de cada uno, diría yo. Y todavía puedo fabricar varios cientos más en los próximos días, si la situación lo permite. Lo que me llevó más tiempo fue encontrar la fórmula correcta de cada uno. Ahora que ya la tengo es relativamente fácil hacer más.

—Entiendo. Supongo que querrás repartirlos entre las tropas.

—Sí, pero solo a los mejores guerreros —respondió Morkana—. No importa si son oficiales o soldados rasos. Deberás designar a tus mejores luchadores, a los más hábiles con la espada.

—Es buena idea, Morkana, muy buena —dijo Alastor, que seguía mirando con hastío a su alrededor—. Pero quería hacerte una pregunta. ¿Cuánto tiempo exactamente dura el efecto de estos sueros?

La sonrisa de satisfacción y orgullo de Morkana se apagó por un momento. Desvió la mirada y la clavó en el suelo, un tanto avergonzado.

—Bueno... me temo que no tanto como me habría gustado —admitió—. Con la fórmula final conseguí llegar a los treinta minutos de duración, pero no es un valor constante. Podría ser más, podría ser menos.

—No es mucho —dijo Alastor.

—No... No lo es. Pero es todo lo que tenemos. El suero deberá usarse justo antes de combatir con un Yinn, en el momento justo. De lo contrario...

Morkana echó a andar por la habitación, pensativo.

—¿Sabes, Alastor? —dijo al cabo de unos segundos—. Con más tiempo y más investigación podría haber conseguido algo mejor. La solución está ahí, en alguna parte —dijo señalando el montón de hojas y documentos que cubrían su mesa—. Algún detalle en alguna fórmula, en la

concentración de algún ingrediente, que me darían la clave para alargar el efecto, o incluso hacerlo permanente. Pero... no tengo el tiempo. No tengo los recursos.

»Como sabes me llaman el Último Hechicero, y no en vano. Que yo sepa, no quedan más como yo. Hace por lo menos un siglo que no hemos registrado ni un solo nacimiento de un niño con el don... y los otros hechiceros que quedaban fueron muriendo uno a uno, poco a poco. Y seríamos necios si creyéramos que esto ha ocurrido por casualidad. Pero te aseguro por los dioses y el Abismo que no es así.

»La magia nos fue útil en momentos primitivos de nuestra historia. Con ella podíamos doblegar la realidad a nuestra voluntad, utilizarla para levantar ciudades, para abrir canales, para explotar minas... pero ahora que hemos llegado a un estadio avanzado en nuestra sociedad, los Yinn creyeron que la magia había dejado de presentarse como herramienta para empezar a hacerlo como arma. Y no, eso no les gustó.

»Es por eso, Alastor... es por eso por lo que los Yinn han matado la magia. Han eliminado la capacidad de los hombres de practicarla, y ahora solo quedo yo. En otros tiempos habríamos sido capaces de desarrollar muchas más y mejores armas para combatirlos. Pero a día de hoy... esto es todo lo que nos queda. Es nuestra última esperanza.

Finalizado el discurso del hechicero, quedaron ambos en silencio durante un minuto. Al otro lado de la cristalera que daba al balcón, la luz de los soles iba menguando, acercándose al ocaso. Alastor se dejó caer en la silla que había frente al escritorio de Morkana y cerró los ojos, masajeando sus párpados con los dedos. De pronto se sentía tan cansado como si hubiera pasado una semana entera cabalgando.

—Está bien, Morkana —dijo al final con voz cansada a la vez que se levantaba de la silla—. Haremos lo mejor que podamos con lo que tenemos. Ahora debo irme. Me espera un consejo de guerra con mis generales. Nos veremos pronto, amigo.

Dejando al taciturno hechicero sentado en su silla, mirando al vacío, Alastor echó a andar en dirección a la puerta por la que antes habían llegado. Sin embargo, la voz de Morkana le detuvo antes de que su mano pudiera alcanzar el pomo plateado.

—Alastor, espera.

El general se detuvo, dio una honda inspiración, y se volvió.

—¿Sí?

Al otro lado de la sala, el hechicero lo miraba con atención. Su silueta todavía brillaba con misticismo a los ojos de Alastor a causa del efecto del suero alquímico. Morkana reflexionó durante unos instantes hasta que se levantó de su silla y se dirigió hacia la cristalera que separaba el interior de la terraza. La abrió y salió al exterior. Alastor emitió un hondo suspiro, desanduvo el camino que había hecho para seguirlo.

Afuera encontró al hechicero, arrebujado en sus ropajes, tratando de protegerse de un viento cruel y cada vez más frío. Miraba a la lejanía, más allá de los límites de la ciudad. Permaneció en silencio, reflexivo, como si su cabeza estuviera en alguna otra parte. Alastor, por su parte, esperó con paciencia.

—Vivimos tiempos difíciles, Alastor —dijo el hechicero al fin. Quizá los más difíciles que nuestra historia ha pasado. No lo pedimos, pero nos ha tocado. Nuestra generación ha sido elegida para combatir a la mayor amenaza a la que nunca hemos tenido que hacer frente. Y nunca nadie cargó tanto peso a sus espaldas.

»Pero tú, Alastor Lancesvil... el peso que cargas tú sobre las tuyas es abismal. Has asumido como tuyo el papel de líder en una rebelión sin precedentes. Has alzado tu voz para gritar contra la

opresión y la injusticia, a pesar de todo lo que has tenido que sacrificar a cambio. Has ido más allá de la valentía, amigo mío... y eso tiene un precio.

Alastor dejó caer su mirada al suelo, pensativo. Aquella cuestión lo había cogido por sorpresa. Y aunque su instinto inicial fue el de guardarse para sí sus sentimientos, pues no era hombre acostumbrado a abrirse a los demás, Alastor Lancesvil notó de pronto cómo caía sobre él todo el peso de los acontecimientos que habían ocurrido en los últimos días. Pasaron ante sus ojos las crudas imágenes de lo que se había visto obligado a hacer por el bien de la rebelión.

«Joran...». La cara del rey mientras exhalaba su último aliento, con los ojos anegados en lágrimas, terminó por derrumbar la muralla que Alastor había levantado entre él y todo lo demás. De pronto, la máscara de seguridad y confianza que había armado sobre su rostro comenzó a desmoronarse pieza por pieza. De pronto todo era demasiado.

—Bueno... —dijo, carraspeando para ocultar una voz quebrada por el llanto—. No puedo decir que hayan sido los días más fáciles de mi vida, eso es seguro... Pero...

No pudo continuar. Morkana le concedió unos segundos de quietud y paz que Alastor agradeció en silencio. Cuando pudo aplacar las lágrimas que asomaban sus párpados y templar su voz, habló en voz baja, casi como si no hubiera nadie más.

—¿Sabes...? Es curioso. Es curioso que estemos hablando ahora, justamente aquí. En este lugar, en este balcón. Ya hace meses que planeamos juntos esta rebelión, pero no tuve la sensación de que todo fuera real hasta que no estuve allí. Hasta que no estuve en el balcón del rey Joran. Allí, en unos minutos, todo esto se convirtió en realidad. Hasta entonces no eran más que... palabras. Aire.

Alastor Lancesvil guardó silencio de nuevo, con la mirada perdida en ninguna parte. Morkana, a unos pasos de él, también miraba a la lejanía sin decir una sola palabra.

—No solo tuve que asesinar a mi rey, Morkana... —continuó Alastor con su voz quebrándose más con cada palabra—. Aquel al que había jurado servir, proteger y obedecer. Joran era también mi amigo, mi hermano. En nuestra juventud fuimos inseparables. Yo... yo le amaba... y él a mí. De una forma en la que nunca he amado a nadie.

Alastor notó cómo, al hacer aquella implícita confesión, su rostro se enrojecía. Sin embargo, Morkana no pareció reaccionar ante ello, por lo que el general dejó que el torrente de palabras continuara su flujo.

—Eso lo hizo todo más difícil, ¿sabes? —Su voz se había convertido en un susurro tembloroso—. Creo que... en cierto modo yo ya sabía que él no se uniría a nuestra causa. Sabía... sabía que el peso de la corona había terminado por aplastar al guerrero feroz que había en su interior. Escapó hacia los lujos de la realeza, hacia la despreocupación. Pero no fue por capricho... no fue por vanidad. Fue su vía de escape. Su forma de mantenerse cuerdo y no volverse loco ante las desgracias que ocurrían delante de sus narices día tras día.

»Él no estaba preparado para gobernar, ¿lo sabías, Morkana? Debería haber sido su hermano, Melvin, quien heredara la corona. Él sí estaba preparado. Lo habían entrenado desde que era niño... lo habían forjado para el mando. Él habría sido lo suficientemente fuerte como para unirse a nosotros en esta lucha. Pero Melvin murió en el ataque al Bastión Blanco, que desde entonces se conoció como el Bastión Rojo, y la corona pasó a Joran, y el hombre que yo amé murió. Murió muchos años antes de que yo le clavara un puñal en el estómago. Pero aun así... hubiera preferido hincarme a mí mismo mil espadas antes que tener que tocar un cabello de la cabeza de Joran el Indómito.

Con esa última frase, la voz del general, hombre duro y curtido que se había enfrentado a la muerte innumerables veces, se quebró del todo. No pudo soportarlo más y enterró el rostro en sus

manos, dejando que lo sacudieran unos leves y silenciosos sollozos. Morkana, su interlocutor, no dijo una sola palabra hasta que las sacudidas amainaron y Alastor se alzó de nuevo.

—Y ahora... ahora que mis manos están manchadas con la sangre de mi amigo... —dijo con un hilo de voz aún temblorosa—, ahora solo rezo a los dioses para que puedan perdonar a este anciano cansado que soy cuando una flecha perdida, un corte de espada o la llamarada de un Yinn me lleve. Este ha sido el precio que he tenido que pagar por iniciar esta lucha. Esta Extinción del Fuego que ahora... es lo único que me queda. Lo único que da sentido a mi vida.

Morkana permaneció en silencio durante un minuto, al parecer reflexionando sobre las palabras del general. Al cabo de poco se inclinó hacia él y le puso una mano sobre el hombro. Cuando Alastor levantó la mirada, encontró ante él un hombre que en nada se parecía al mismo con el que había estado conversando, a pesar de tener sus mismas facciones. Morkana se veía abatido, cansado y chafado. Ambos se miraron durante algunos segundos hasta que el general pudo esbozar una leve sonrisa.

—Por los dioses, míranos... —dijo Alastor con voz rasposa y con un deje de ironía—. Dos hombres rotos liderando la lucha por la liberación de los hombres... ¿Habría podido la humanidad elegir mejores héroes?

Morkana le devolvió la sonrisa amarga.

—Supongo que no tenemos otra elección, amigo mío... —respondió—. Somos la única esperanza que le queda a Aeldra. Cargaremos este peso sobre nuestras espaldas porque son las únicas que lo pueden soportar. Porque tarde o temprano... la Extinción del Fuego tenía que nacer. Pues de no haberlo hecho, la humanidad habría acabado por consumirse y nos habríamos convertido en esclavos vacíos de los Yinn. En cascarones sirvientes de los designios caprichosos de esos seres.

»Nos han herido... nos han matado... nos han arrebatado la magia. Y lo seguirán haciendo. Pero no antes de que nosotros les devolvamos todas y cada una de las muertes que han provocado. La de Joran también, Alastor... la de Joran también. Juntos se lo haremos pagar. Lo juro por los dioses.

La sonrisa de Alastor se volvió menos amarga.

—Lo sé, Morkana —respondió—. Lo sé.

CAPÍTULO 3

Por encima del horizonte comenzaban a despuntar algunos rayos de la luz del alba. Los dos soles, asociados a los dioses Daku y Alwa, asomaban sus rayos dorados y azulados por encima de las montañas del norte de Amsul, una de las tres principales islas del archipiélago que conformaba el reino de Aeldra. El bosque que recubría las montañas de árboles altos, verdes y salvajes comenzaba a despertar. Las aves nocturnas volvían a sus refugios y las diurnas comenzaban a cantar

tímidamente, y el aire húmedo y helado hacía castañear los dientes a las decenas de hombres que, en silencio, escalaban y descendían una colina tras otra.

Ethan Daelberg era uno de esos hombres. Después de toda la noche de escalar y avanzar a oscuras por el monte, siguiendo las luces apagadas de las antorchas que sus compañeros portaban, el capitán sentía su cuerpo entumecido y dolorido. A pesar de que sus músculos eran duros y resistentes, los notaba adormecidos por el continuo esfuerzo que había hecho durante los últimos días. Se pasó la mano por su media melena color castaño pajizo y se frotó la nariz aguileña y algo torcida. «¿Cuánto más, por los dioses?»

Daelberg, veterano de guerra, ejercía como capitán en el ejército rebelde liderado por lord Alastor Lancesvil, que una semana atrás había incendiado el reino dando muerte al rey para derrocar del poder a los Yinn. Ethan había sido puesto al cargo de un escuadrón de soldados a los que se había asignado la misión de conquistar una lejana ciudad norteña, entre las montañas, que dominaba el norte de la isla de Amsul. La ciudad, de nombre Advalon, se había declarado en contra a la rebelión apodada la Extinción del Fuego, y por tanto fiel al régimen de los Yinn.

Para cumplir con tal cometido, Ethan Daelberg había sido puesto a la cabeza de doscientos hombres, con los que hacía ya cinco días que recorría el escarpado y montañoso norte de Amsul. Advalon, el objetivo, se encontraba a menos de un día de distancia, y hasta el momento los hombres del capitán Daelberg no habían encontrado más resistencia que algunas pequeñas patrullas de reconocimiento que se habían dispersado con facilidad después de las primeras escaramuzas.

Los hombres del capitán habían sido divididos en dos grupos de cien hombres con el objetivo de aproximarse a la ciudad por dos de sus flancos, el del sur y el del oeste. Querían atacar la ciudad al mismo tiempo por los dos lados, por lo que Ethan Daelberg, que lideraba el grupo que se dirigía al oeste, había ordenado a sus hombres que siguieran marchando durante la noche, pues debían recorrer prácticamente el doble de distancia que el otro grupo del escuadrón en el mismo tiempo. Decisión de la que, en aquellos mismos momentos, se arrepentía.

«¿Quién me manda a mí, dioses y diablos, a perderme en estos bosques del jodido norte?», pensaba Daelberg para sí mismo mientras con su mano encallecida se agarraba a una raíz de árbol para continuar trepando. «¿Y a quién le importa dos mierdas de caballo esta ciudad perdida en las montañas?» Soltó una bocanada de aire helado y se sacudió furioso algunos témpanos de hielo que se habían formado en su barba castaña, pero continuó escalando sin rechistar, pues esas eran sus órdenes. Ethan era un soldado, y cuando tenía una misión que cumplir no había nada que le impidiera llevarla a cabo, fueran cuales fueran las condiciones a las que tuviera que enfrentarse.

Así pues, siguió el capitán trepando y maldiciendo para sus adentros mientras a su alrededor la luz diurna comenzaba a hacerse cada vez más y más clara, pues a pesar de que los soles todavía no habían despuntado por encima del horizonte, su luz ya alumbraba tenuemente el bosque.

Una vez superado el obstáculo de una roca que sobresalía de la ladera de la colina, el capitán vio por fin cómo el terreno se allanaba ante él. A menos de una decena de pasos más adelante, en lo que tenía que ser la cima de la colina, se encontró con un pequeño campamento que los hombres que habían llegado antes habían comenzado a preparar. El claro había sido despejado de ramas caídas, rocas y cualquier otro obstáculo que los hombres de Ethan habían encontrado, y una pequeña hoguera ardía en un hoyo cavado en el suelo rodeado por piedras. El capitán se acercó al centro del claro en la cima de la colina mientras se masajeaba los músculos de los brazos. Cuando llegó al centro apartó un poco a algunos de sus hombres y se acercó a las llamas, tratando de calentarse las manos heladas.

—¿Cuándo creéis que llegaremos a Advalon, señor? —preguntó al capitán uno de sus sargentos más jóvenes, un hombre imberbe y moreno llamado Zakar.

—En cuanto descansemos un poco enviaremos algunos exploradores a reconocer el territorio —respondió Ethan—. Pero no deberíamos estar muy lejos del lugar al que habíamos previsto llegar, así que seguramente alcanzaremos la ciudad en algún momento de esta tarde.

Al cabo de poco tiempo el resto del grupo liderado por Daelberg alcanzó la cima de la colina. Alrededor de veinte hombres que rápidamente se comunicaron con los otros grupos, que habían alcanzado también las cimas de colinas cercanas, todas ellas en posiciones estratégicas rodeando las inmediaciones de Advalon. Mediante señales de humo se comunicaron entre ellos, dando a entender que su centenar de hombres había llegado a las posiciones previstas. Pronto llegaron los informadores de los otros grupos para confirmarlo, a los que Ethan fue recibiendo uno a uno para escuchar sus informes tal y como iban llegando.

Una vez los hubo recibido a todos, el capitán acudió a un rincón apartado del claro en el que había convocado a sus hombres de confianza para establecer los planes de la jornada. Los soldados citados por el capitán se hicieron con troncos y piedras para ser utilizados como asientos en la reunión, y tomaron asiento cuando él llegó.

—Hoy alcanzaremos Advalon, muchachos —dijo Ethan a los tres hombres que había convocado—. Ya he enviado un mensajero a Quinns para que ataquemos juntos la ciudad al ocaso junto con la otra mitad de nuestra fuerza.

—He oído que alguno de nuestros grupos ha tenido problemas para alcanzar las posiciones establecidas, capitán —dijo Brent, uno de los veteranos de mayor confianza de Ethan, de gran envergadura, gran bigote y gran calva—. ¿Es eso cierto?

Ethan torció el gesto y se rascó la barbilla.

—Al parecer en el grupo que lideraba Niall ha habido un accidente. Un veterano ha resbalado tratando de escalar una roca y en la caída se ha llevado consigo a tres buenos hombres más.

Los soldados mascullaron una maldición. Garnik, teniente de Ethan, escupió al suelo. Era un hombre de no más de treinta años, con una frondosa barba rojiza, cabello corto del mismo color, ojos oscuros, que lucía algunos tatuajes en los brazos así como aros metálicos en las orejas.

—Los dioses nos joden sin piedad, por el Abismo —maldijo—. ¿Muertos los cuatro?

—Al parecer el veterano que resbaló y otro de los que se llevó con él se abrieron la cabeza contra las rocas —explicó Daelberg—. De los otros dos que cayeron, uno se rompió una pierna y el otro un brazo.

—¿Y qué haremos con esos dos? —preguntó Brent—. Está claro que necesitarán atención médica, más de la que los sanadores que hemos traído con nosotros podrán ofrecerles aquí. Pero...

—Para transportar a dos hombres de vuelta al campamento base desde aquí, en esas condiciones... —respondió Arlem, el espigado y enjuto jefe de los exploradores de Ethan—. Necesitaremos prescindir por lo menos de seis hombres. Ocho si queremos que lleguen en el menor tiempo posible.

—¡Dioses, joder! —gruñó Garnik, que se levantó furioso de su asiento—. Dos muertos, dos heridos y ocho más para transportar a los dos idiotas. Nunca se me han dado bien los números, pero que me joden los diablos si eso no significa que tendremos una docena menos de buenos hombres para atacar esta jodida ciudad.

—Otra opción, sin embargo... —dijo Brent.

—Sí. Ya lo había pensado —asintió el capitán Daelberg—. En la ciudad probablemente habrá curanderos que podrán tratarlos.

—Pero eso significa asumir que tomaremos la ciudad esta noche, capitán —repuso Garnik atusándose la barba castaña—. O los próximos días como muy pronto. Pero si el enemigo rechaza nuestro ataque podríamos estar aquí semanas... meses, incluso. Y sé, por las provisiones que hemos traído, que consideras seriamente esa posibilidad.

—Además —añadió Arlem—, esta noche tendremos más heridos, y nos encontremos con el mismo problema.

—Si por cada hombre herido en combate tengo que perder a tres o cuatro soldados sanos para transportarlos de vuelta, pronto me quedaré sin hombres para tomar la ciudad —respondió Ethan tras meditar en silencio durante unos segundos—. Hemos venido a tomar Advalon, y una vez lo hayamos hecho, los heridos serán tratados en el interior. Por el momento estableceremos un pabellón de heridos en la colina donde cayeron los hombres. Todos los sanadores que hemos traído con nosotros irán allá y se encargarán de velar por la salud de los heridos lo mejor que puedan hasta que la ciudad sea nuestra. Mandad todos nuestros suministros médicos allá, y que los sanadores instruyan a tus exploradores, Arlem, para que recojan plantas y hierbas medicinales de los alrededores. Eso debería servir hasta que consigamos tomar esta ciudad del Abismo.

Los tres hombres que había convocado el capitán asintieron, mostrando su acuerdo. Durante la siguiente hora estuvieron discutiendo y decidiendo diversas estrategias de batalla con la ayuda de varios mapas de la zona y de la ciudad que Arlem, el jefe de los exploradores, había traído consigo y que habían desplegado sobre un tablón de madera que hacía las funciones de mesa. Establecieron rutas de suministros, vías de avance y de escape en caso de necesitarlas, puntos donde los muros de Advalon podían ser escalados con mayor facilidad y donde los arqueros tendrían peor ángulo para dispararles... Al final, al cabo de no mucho, el plan de combate había sido decidido, por lo que Ethan ordenó a Arlem que lo comunicara a los mensajeros y que ellos hicieran llegar las instrucciones a los otros grupos del regimiento.

Una vez se marchó el jefe de los exploradores, Ethan se quedó comiendo con sus dos hombres de confianza en el pequeño rincón al que habían ido. Brent y Garnik eran dos de sus compañeros de batalla más antiguos, y juntos habían compartido la lucha tantas veces que su relación se había vuelto estrecha como la de hermanos.

—Dioses, qué suerte tenemos de que el Yinn Protector de Advalon se haya retirado de Amsul hacia Alenor —decía Garnik mientras por su frondosa barba caían chorros de grasa que segregaba el pedazo de carne asada que devoraba—. La fortuna nos sonrío.

—Dicen que no quedan ya muchos Yinn, ¿no es cierto? —respondió Brent, que comía una manzana sin tanta ansia como su compañero.

—Eso dicen, sí —dijo Ethan—. He oído decir que dejaron de aparecer nuevos Yinn hace miles y miles de años, y su número se ha ido reduciendo poco a poco. Dicen que apenas debían quedar una decena al comenzar la rebelión, y ahora, gracias a la magia del Último Hechicero, ya son menos.

—Es increíble lo que ese tipo ha conseguido —dijo Garnik entre bocado y bocado—. Ha conseguido encontrar la forma de acabar con esos monstruos del Abismo. Y lo ha hecho fabricando unas pócimas. Dioses, como quien prepara un caldo de gallina.

Ethan rebuscó de pronto entre su capa de viaje y sacó algo de un pequeño bolsillo. Cuando alzó la mano, entre sus dedos había dos viales de cristal llenos, uno relleno de un líquido de color anaranjado y el otro de color azul verdoso. El capitán los alzó para examinarlos a la luz de los soles que ya se encontraban cerca del mediodía.

—¿Qué es eso, capitán? —preguntó Brent, que se había percatado de lo que hacía Daelberg—. ¿No serán...?

—Sí. Lo son.

—¡Abismo jodido! —gruñó Garnik, que tiró el hueso de la carne que estaba royendo y se limpió la grasa en la capa—. Déjame, déjame verlos, vamos.

Ethan hizo ademán de lanzárselos para que su camarada los cazara al vuelo, pero tras pensarlo mejor se levantó del tocón en el que se había sentado y se los dio en mano. Al igual que Ethan había hecho, Garnik también los alzó para observarlos a contraluz.

—¿Cómo es que no nos habías dicho nada de esto, capitán? —preguntó el barbudo observando los frasquitos con atención.

—Me los dieron justo antes de partir —respondió Daelberg—. Y como no había previsión de que nos encontráramos con ningún Yinn tan al norte, casi hasta había olvidado que los tenía.

Garnik los examinó algunos minutos más hasta que se los pasó a Brent, quien también los alzó para estudiarlos con detalle.

—Dioses... ¿Y estos frasquitos nos pueden dar el poder de acabar con un Yinn? —preguntó Brent en tono burlón—. Pero si no parecen más que botes de tinte. ¿Cómo funcionan exactamente?

—Uno te lo bebes y el otro lo impregnas en tu arma —respondió Ethan—. Y la magia que contienen te permite matar a un Yinn. El azul es el primero y el naranja el otro.

—¿Y qué pasa si te equivocas y te bebes el naranja en lugar del azul? —preguntó Garnik.

—Supongo que nada, no lo sé... —Ethan se rascó la barbilla—. Nunca me lo dijeron. No pensaron que ninguno de nosotros podría ser tan idiota como para confundirlos, supongo.

—Quizá te da dolor de tripa —replicó Garnik en tono burlón—. O terminas cagando de colores.

Los dos hombres que lo acompañaban estallaron en carcajadas ante tal ocurrencia. Hicieron algunas bromas más al respecto hasta que el tema perdió la gracia y lo dejaron. Brent devolvió a Ethan los sueros, que los volvió a guardar dentro de la capa, y el silencio envolvió a los tres soldados.

—¿Y creéis que realmente serán lo suficientemente poderosos como para matar a un Yinn? —terminó por preguntar Brent con tono sombrío—. Si esos monstruos son tan poderosos como

d i c e n ...

—Yo nunca he llegado a ver uno —admitió Garnik—. Pero he oído mil historias al respecto, y cada una más terrible que la anterior. Dicen que pueden convertirse en fuerzas destructoras y terribles. Los de fuego se transforman en incendios que lo carbonizan todo a su paso. Los de agua, en terribles tempestades. Los de viento, en huracanes capaces de arrancar fortalezas de la tierra. Y los de roca, en terremotos que agitan la tierra misma.

—Yo he oído que pueden adoptar cualquier forma —continuó Brent—. Pueden tomar el aspecto de monstruos gigantescos o desaparecer por completo y volverse invisibles. Hasta he oído que pueden parecer humanos normales y corrientes, si así lo desean.

—Abismo jodido —maldijo Garnik, que se daba tirones nerviosos de la barba—. Si eso fuera cierto significaría que pueden estar en cualquier lado. Hacerse pasar por cualquiera. Por un sacerdote, por una prostituta o por un tabernero. Dioses, hasta podrían hacerse pasar por uno de nuestros soldados.

Ese pensamiento flotó a su alrededor, inquietándolos, como si se tratara de un gran insecto que zumbaba detrás de sus oídos. El silencio era incómodo y nadie parecía atreverse a romperlo. Hasta que Ethan Daelberg, con la mirada clavada en el suelo, se atrevió.

—Es cierto.

Los otros dos hombres lo miraron fijamente, inquisitivos. Aunque no dijeron palabra, la pregunta se reflejaba en sus ojos.

—Yo... vi uno una vez —siguió Ethan—. Hace muchos años, en la batalla del Bastión Blanco. Un Yinn se había declarado rival al resto y había convencido a un lord del sur... ¿cómo era su nombre? Dioses, no puedo recordarlo. No importa.

»Le había convencido de que él debía ser el rey y no el rey Joran, cuyo reinado había comenzado apenas unos años atrás. Era primo lejano del anterior rey, o alguna cosa así... y aquel Yinn convenció al pobre anciano de que su reclamo era el más legítimo.

El capitán Daelberg hizo una pausa, tomó aire y lo expulsó. Se rascó la nuca y continuó.

—Yo luchaba bajo las órdenes de Alastor Lancesvil, igual que ahora —siguió—. Todavía no os conocía a vosotros. Formábamos parte del ejército de élite del rey Joran, y tanto este como los Yinn que lo aconsejaban a él nos enviaron al Bastión Blanco, donde iba a atacar el lord rebelde, para poner fin a sus pretensiones. Y vinieron... y los matamos. Durante cinco días asaltaron sus hombres sin descanso nuestros muros, día y noche, sin parar. Y al sexto día había tanta sangre en los muros que el blanco se había vuelto rojo. Y se retiraron. Y lo celebramos como si hubiéramos por fin vencido. Pero...

»Yo estaba de guardia mientras los otros bebían y festejaban. Fui yo mismo el que dio la voz de alarma. De pronto, desde las murallas, vi con las últimas luces de los soles una silueta que se acercaba. Parecía un viajero, un caminante. Se vestía con ropas grises y descoloridas. De pronto hacía mucho viento. Un viento frío, aullante y feroz. Y a cada paso que el extraño daba... más salvaje era el viento.

Brent y Garnik, todavía sentados en sus tocones, escuchaban con atención con la mirada perdida en el vacío, ambos con el ceño fruncido.

—Y cuando estaba a menos de cien pasos de nuestros muros, habló —siguió Ethan con voz temblorosa—. Y su voz la llevaba el viento mismo. Era una voz cruel, grave y despiadada. Se clavó en mi pecho como un puñal de hielo. «Mi nombre es Devenasthea, humanos, y soy el fin». No dijo nada más. Su capa comenzó a agitarse y de repente pareció fundirse con el viento. Y de pronto ya no era viento, sino que era un vendaval. Y aunque el cielo estaba negro como la noche... lo vi, en la lejanía, acercándose. Un tornado más grande que una montaña.

»Curiosamente, lo que más recuerdo fueron los pocos minutos de calma absoluta que tuvimos antes de que nos alcanzara. Ese silencio mientras lo veíamos acercarse... es una sensación que hace que se me corte la respiración. Y entonces nos alcanzó. Y el resto de la historia ya la conocéis. El Bastión Rojo, llamado así por la sangre que había empapado sus muros, fue arrasado. Fuimos muy pocos los que sobrevivimos... todavía no sé ni cómo lo conseguí. Pero sí sé que nunca voy a olvidar lo que sentí cuando esa criatura desató su poder sobre nosotros.

Garnik se levantó, exasperado. Comenzó a dar vueltas nerviosas al claro mientras se daba tirones a la capa.

—¿Y cómo se supone que debemos enfrentarnos a esas jodidas cosas? —gruñó—. ¿Cómo esperan que vencamos algo así con dos malditos frascos de pócimas hechas por un charlatán con delirios de grandeza?

Ethan se levantó también de su asiento y se acercó a su amigo, poniéndole una mano sobre el hombro y ofreciéndole una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora.

—No sufras, amigo —le dijo—. Los sueros alquímicos ya han sido probados y funcionan. Además, a Devenasthea se le conoció como uno de los Yinn más poderosos que han existido en

toda la historia. Hizo falta la alianza de otros cinco para poder acabar con él. Los Yinn a los que nos enfrentaremos no serán ni la mitad de poderosos.

—Eso espero, capitán... —dijo Garnik, aún con semblante huraño—. Porque si no... que los dioses se apiaden de nosotros, por el Abismo jodido.

CAPÍTULO 4

Un muchacho paseaba por un bosque muerto y sus pasos, cuidadosos como los del depredador acechante, hacían crujir con suavidad la capa de hojarasca que cubría el suelo como un manto gris. Un arbusto se agitó a su izquierda, y en menos de lo que se tarda en pestañear, su mano tensó la cuerda del arco que sostenía y la flecha que en ella reposaba salió disparada como un rayo hacia el lugar donde se había oído el sonido. Un instante después de desaparecer la flecha entre las hojas secas, emergió de debajo la figura de un pequeño ratón de campo, no más grande que el puño de un hombre joven, huyendo por entre la maleza a una velocidad endiablada.

Aruldar Brinsel suspiró, observando cómo el pequeño animal realizaba su desesperada huida, y se dirigió arrastrando los pies hacia donde el proyectil había ido a parar. Una vez ante el arbusto, apartó sus hojas con la madera de su arco para encontrar su flecha clavada en la base del tronco de un árbol moribundo. La arrancó de un tirón y la guardó de nuevo en el carcaj que colgaba de su cadera con semblante apesadumbrado. Caminó algunos minutos más hacia el interior del bosque, tratando de encontrar el rastro de alguna presa en la tierra dura y yerma, pero, tal y como había previsto, no encontró más que hojas secas, ramas caídas y piedras. Se detuvo, miró las luces doradas del cielo y exhaló un suspiro. «Ya es tarde», se dijo. «Hora de volver».

Anduvo de regreso por el camino que había recorrido a primera hora de la mañana, cuando había partido, aunque lo recorría mucho más rápido al regresar, pues caminar buscando constantemente rastros y huellas tomaba muchísimo más tiempo que hacerlo a paso ligero como hacía él en el camino de vuelta. Así, antes de que la luz de los soles se hubiera desvanecido por completo, ya divisaba los muros que rodeaban la villa en la que había nacido y crecido.

Halon era una pequeña ciudad de no más de un millar de habitantes. Ubicada en los montes, en la parte sudoeste de Girith, no era un lugar por el que pasaran muchos viajeros. Allí todos se conocían, no había extraños, y por eso, aunque a lo lejos Aruldar podía llegar a ver cómo los milicianos de la guardia habían comenzado a cerrar las puertas de la villa, no estaba preocupado. La mayoría de los que servían en la milicia eran amigos suyos desde la infancia, y respecto a los que no conocía de forma tan personal, sabía por lo menos el nombre de la mayoría. Por eso sabía que, aunque se quedara encerrado fuera de la villa, siempre habría alguien conocido haciendo guardia que le abriera el pequeño portón que, junto a la puerta principal, servía para permitir el paso a los rezagados y a los despistados.

Sin embargo, aquella vez no fue necesario recurrir a aquella solución, pues cuando Aruldar alcanzó las puertas unos minutos después de avistarlas, estas todavía no se habían cerrado del todo. Uno de los guardias de la milicia que las guardaban se acercó a él cuando lo vio llegar. Bastante más alto que él, tenía el cabello del mismo color negro azabache que Aruldar, aunque con la diferencia

de que lo llevaba un tanto largo y despeinado, mientras que él lo llevaba corto al ras. También lucía algo más de vello facial, pues sus mejillas estaban ya recubiertas de pelo oscuro mientras que Aruldar no lucía más que una leve sombra de bigote. Garon, que había sido uno de sus amigos más cercanos desde que tenía memoria, vestía el atuendo de la milicia de Halon, un atavío de color azul cielo con algunas piezas de armadura incrustadas. El tejido se ceñía a su cuerpo de forma que dejaba adivinar los musculosos brazos que se escondían debajo.

—¡Eh, Aruldar! —saludó Garon cuando lo vio acercarse—. ¿Cómo ha ido la caza? ¿Has atrapado algo?

El aludido, cabizbajo, hizo un gesto de negación.

—Nada más que algunas ardillas con más hambre que carne —respondió—. Poco, demasiado poco.

El miliciano negó con la cabeza con resignación y escupió al suelo.

—Y cuándo dejarán los dioses de jodernos, ¿eh? Eso es lo que quiero saber yo. —A sus espaldas algunos compañeros de la milicia murmuraron palabras de acuerdo—. Ayer mi abuelo tuvo que quemar otra parte de su plantación. Dice que ya ni siquiera las mazorcas crecen en esta tierra de mierda.

—Los dioses son sin duda crueles con nosotros... —respondió Aruldar con resignación.

Aruldar intercambió algunas palabras más con su amigo y se despidió de él y de sus compañeros de guardia adentrándose en la villa, recorriendo a paso vivo, cabizbajo y pensativo, las calles adoquinadas, mientras a su alrededor la noche y el frío invadían Halon más rápido de lo que él podía avanzar. Al cabo de unos minutos de subida, pues la casa de su familia se encontraba en la parte céntrica de la villa donde el terreno era más elevado, pudo ver las luces que brillaban al otro lado de las ventanas de su hogar.

Caminó hasta la puerta y posó su mano sobre la madera satinada, pero en lugar de bajarla hacia la manilla que la abría, se detuvo. Hacía ya más de una semana que no había conseguido cazar nada que no hubieran consumido en el mismo día. Más de un mes desde el último venado, varios más desde el último cerdo salvaje. Llevaba semanas sin cazar más que conejos, ardillas y aves de diminuto tamaño. «Hoy ni siquiera eso», pensó. Y cada día, al llegar ante la puerta de su casa, sentía el mismo pesar que lo rodeaba y lo aplastaba como un manto de plomo. Sabía que, al otro lado de la puerta, esperaban los rostros pálidos y delgados, iluminados por la esperanza, de su padre y su hermana pequeña. Y sabía que, como todos los días, se apagarían un poco más sus ojos cuando lo vieran llegar con las manos vacías.

Tomó aire, lo soltó y se dispuso a abrir la puerta para enfrentarse con aquel horrible momento. Sin embargo, antes de que pudiera accionar la manilla de la puerta, la madera cedió hacia dentro, haciéndole perder ligeramente el equilibrio. Al otro lado del umbral apareció su padre, que se sorprendió al verle allí y dio un pequeño salto hacia atrás.

—Dioses, me has asustado —dijo el hombre recobrando el equilibrio—. ¿Qué hacías aquí afuera?

—Estaba a punto de entrar, padre —respondió Aruldar—. Acabo de llegar.

—¿Cómo ha ido la jornada? ¿Has conseguido...?

Su padre debió de leer la respuesta en el rostro taciturno de su hijo, por lo que se detuvo a media frase y bajó también la cabeza, emitiendo un ligero suspiro. Unos instantes después pareció reponerse y agitó un hacha vieja que portaba en su mano derecha.

—Voy por leña. Casi se nos ha terminado —dijo a la vez que cerraba la puerta a sus espaldas—. ¿Quieres acompañarme?

—Claro. Voy a dejar el arco en el cobertizo y vengo.

Un minuto después, Aruldar se reunió de nuevo con su padre, que le esperaba ante la puerta de su hogar con el hacha apoyada en el suelo y con semblante serio y pensativo. De constitución recia, Alaric, padre de Aruldar, había sido herrero de profesión desde niño. Su rostro, anguloso y de facciones duras, se mostraba la mayor parte del tiempo ceñudo y abstraído. Aruldar no se parecía mucho a su padre, pues la forma de su rostro era más bien ovalada, algo que, según le habían dicho, había heredado de su madre. Sin embargo, él apenas la recordaba, ya que murió durante el parto de su hermana pequeña Nea cuando él no era más que un niño de cuatro años. A pesar de ello, sus ojos eran los de su padre, profundos y oscuros.

Cuando Aruldar lo alcanzó, Alaric salió de su ensimismamiento y se encaminaron ambos hacia la parte alta de la villa. Halon, al estar construida entre las montañas del sudoeste de Girith, tenía una zona en la parte más alta del pueblo donde sus límites se encontraban con el nacimiento de un bosque montañoso de pinos y abetos que, desde la fundación de la villa, había sido explotado por sus habitantes para la obtención de madera. Había allí un aserradero cuyo dueño se encargaba de talar árboles del bosque y acercaba los troncos al taller donde, por el precio adecuado, se encargaba de trocearlos y prepararlos para vender a los vecinos de Halon, aunque, por un precio sustancialmente menor, también existía la posibilidad de que cada uno se talara su propia leña, práctica que, debido a la crisis que azotaba Girith desde los últimos años, habían adoptado la mayoría de los habitantes de la villa, algo en lo que Aruldar y su padre no eran una excepción.

Recorrieron el trayecto en silencio, uno junto al otro, encerrado cada uno en sus propios pensamientos. Al final, al cabo de algunos minutos de subida, llegaron por fin al aserradero. A Alaric, a pesar de tener más de cuarenta años, no le faltaba el aliento ni lo más mínimo. Su oficio de herrero le había conferido un físico privilegiado, con una fuerza y un aguante fuera de lo común. Una vez llegaron al lugar encontraron al leñador del pueblo en la parte de atrás, cortando troncos con un gran serrucho. Conversaron con él brevemente y le dieron algunas monedas, tras lo que Aruldar y Alaric se fueron hacia el patio de atrás, donde se encontraban los troncos que el leñador acumulaba. Seleccionaron un robusto pino que había en lo alto de una pila y, haciéndolo rodar, lo bajaron al suelo. Alaric enarboló el hacha y se dispuso a atacar con ella la madera, pero Aruldar, tras él, lo detuvo agarrándolo de un brazo.

—No, padre.

Alaric bajó el hacha y negó con la cabeza, levantando los ojos hacia el cielo.

—Por el amor de los dioses...

—No —respondió, tajante, Aruldar—. Hemos hablado de esto muchas veces, padre. Lo dijo el curandero. Tienes que dejar que lo haga yo.

Para enfatizar sus palabras, Aruldar extendió una mano hacia su padre, como requiriéndole que le entregara el hacha. Alaric lo miró durante unos segundos con recelo, pero terminó cediendo con un bufido furioso y le entregó la herramienta a su hijo. Aruldar asintió con aprobación, enarboló el hacha y la descargó contra el tronco de pino, produciéndole un profundo corte. Mientras cortaba, su padre, enfurruñado y de brazos cruzados, fue a sentarse sobre un tocón de madera que había algunos pasos más allá sin despegar el ojo de lo que hacía Aruldar.

El motivo por el que ambos habían discutido no era otro que las manos de Alaric. Después de trabajar como herrero durante casi treinta años, las manos del padre de Aruldar habían terminado tan maltrechas y melladas que apenas si podía flexionar los dedos. Los sanadores, al examínarselas, le habían prohibido terminantemente que volviera a ejercer cualquier trabajo que

requiriera su uso bajo la advertencia de que, si lo hacía, podía llegar a perderlas. Y eso, en cierta medida, le había arrebatado a Alaric un pedazo de su vida y de su ser. Sus manos y el trabajo que con ellas podía realizar eran su seña de identidad, lo que le había otorgado el respeto de los habitantes de Halon. Pero sin sus manos... ya no era el mismo.

Por ese motivo, entre hachazo y hachazo, Aruldar decidió distraer la mente de su padre cambiando de tema.

—Me ha dicho Garon, padre... —El hacha descendió y las astillas saltaron—. Que su abuelo ha tenido que quemar... —Otro hachazo—. ...sus cultivos otra vez.

Desde donde se encontraba, Alaric emitió un bufido e hizo girar los ojos hacia el cielo una vez más.

—Por los tres dioses... ¿cuándo terminará esto? ¿Cuándo dejarán los dioses de castigarnos de esta forma?

—Y deberías ver los bosques, padre... —El hacha se hundió en el tronco—. Parece como si... nunca hubiera habido nada vivo allí.

—Ya hace demasiados años que dura esta sequía del Abismo... —respondió Alaric negando con la cabeza y cruzando los brazos—. Esta tierra se muere. Los dioses la han abandonado ya, por mucho que se esfuercen los sacerdotes en convencernos de lo contrario.

Aruldar descargó un hachazo más, terminando de separar un leño del tronco, y se tomó un respiro. Su frente estaba empapada y sentía un leve cosquilleo en los músculos de los brazos. Se apoyó sobre el hacha y miró a su padre con preocupación.

—¿Y qué crees que ocurrirá entonces, padre?

Alaric caviló la respuesta durante unos minutos antes de responder.

—Lo que ocurrirá solo lo saben los dioses, hijo —respondió—. Pero si esta tierra está realmente agonizando... entonces tendremos que buscar nuestra fortuna en otra parte.

—¿Cómo que en otra parte? En todos los lugares de Girith ocurre lo mismo, padre. O al menos así dicen los que han viajado. Desde Asthen hasta Shala.

Alaric lo miró y guardó silencio durante unos segundos, como sopesando si debía decir lo que tenía en mente. Sin embargo, tras dedicarle el pensamiento necesario, pareció decidirse favorablemente.

—Es posible que tú no las hayas llegado a escuchar, hijo —comenzó—. Pero cuando yo era niño mi abuelo contaba estas historias. El abuelo del abuelo de mi abuelo había llegado a vivir en los últimos tiempos de los Yinn, aquellos seres que acompañaron a los hombres desde el inicio de nuestra existencia para enseñarnos todo lo que hoy día sabemos.

—Conozco las historias de los Yinn, padre —respondió Aruldar—, ¿pero a qué te referías con...?

—Paciencia, muchacho —lo cortó Alaric—. Enseguida llegaré a donde quiero llegar. Mi abuelo me contaba una historia que su abuelo le solía contar. Él lo llamaba el cuento del copero curioso.

Aruldar reflexionó durante unos segundos.

—Nunca lo había escuchado —terminó por admitir.

—Lo cierto es que hoy en día no es un cuento muy conocido —coincidió Alaric—. Los de vuestra generación no lo habéis llegado a escuchar tanto, pero en la época de mis abuelos y de los

abuelos de estos era bastante conocido. En él se cuenta la historia de Serbal, un muchacho huérfano cuyo cometido era servir como copero a uno de los lores Yinn que habitaban Girith.

—¿Copero? ¿Quieres decir que le servía... vino? —se extrañó Aruldar.

—Eso parece, sí. Hay algunas historias que describen a los Yinn como seres de carne y hueso, iguales que nosotros —respondió su padre—. Pero, en cualquier caso, esa no es la parte importante de la historia.

»Lo importante es que el chico, durante uno de sus servicios a los Yinn, oye una palabra en boca de uno de ellos que, aunque no sabe muy bien por qué, le queda grabada en la mente. Desde que escucha esa palabra no puede parar de pensar en ella. Resuena en su cabeza a todas horas, sueña con ella y tiene visiones al respecto. Una palabra mágica que no consigue sacar de sus pensamientos.

—¿Una palabra? ¿Qué palabra?

—La palabra en sí no es importante, Aruldar —respondió Alaric—. Pocos la recuerdan ya, y cada persona que cuenta el cuento dice una diferente.

—¿Pero qué palabra te dijo tu abuelo?

Alaric guardó silencio, tratando de hacer memoria, hasta que de pronto el recuerdo pareció llegar a él como por inspiración divina.

—*Aeldra* —dijo—. Esa era la palabra.

—¿*Aeldra*? —preguntó Aruldar—. ¿Y qué tenía esta palabra de especial?

—Si es que era realmente esa la que el copero escuchó, *Aeldra* tenía, a sus oídos, una magia, un poder especial. Cada vez que la escuchaba se le evocaban visiones. Visiones de tierras que en nada se parecían a Girith, de hombres que no eran como nosotros.

»De hecho, el cuento explica cómo Serbal, poseído por esta palabra que tantas fantasías le provocaba, comienza a estudiar el misterioso lenguaje de los Yinn de forma secreta, tratando de descifrar su significado. Algo que, por lo visto, estaba prohibido bajo pena de muerte por la ley de los Yinn.

—¿Por qué estaba prohibido?

—Bueno... dicen que el poder de los Yinn residía en su lenguaje —respondió Alaric—. Que su poder estaba en las palabras, y aquel que lo aprendiera conseguiría su poder. Por eso era un secreto que guardaban celosamente.

»Pero Serbal no buscaba poder ninguno. Solo buscaba conocer el significado de aquella palabra que le perseguía y lo atormentaba desde el maldito día en que la había escuchado.

—¿Y lo descubrió?

—El cuento dice que así fue. Pero también que, nada más conseguirlo, fue descubierto por los Yinn, por lo que, de acuerdo con la ley, fue sentenciado a morir.

—¿Y no se sabe lo que descubrió? ¿Cuál era el significado de aquella palabra?

—Por lo visto Serbal, antes de morir, le susurró el secreto al verdugo, y este fue el que dio a conocer su historia —respondió Alaric—. El significado de la palabra era, según se cuenta, ‘otra tierra’.

—¿Otra tierra?

—Así es. Y esa es la conclusión del cuento, Aruldar. Que Girith podría no ser la única tierra que hay en el mundo, que nosotros no somos los únicos hombres que lo habitan. Esta leyenda ha pasado de padres a hijos como lo que es, un cuento para asustar a los niños demasiado curiosos... pero hay algunos que piensan que, si Girith está muriendo, quizá sea hora de hacernos a la mar y buscar otro lugar, hijo. Otro lugar donde haya vida para nuestra gente. Un futuro.

CAPÍTULO 5

La yegua parda terminó de coronar la loma que ascendía con más esfuerzo del que a su jinete le gustaría. Por eso, una vez llegaron a lo más alto, el solitario viajero detuvo a su compañera para que recuperara el aliento, premiando su esfuerzo con unas palmadas cariñosas sobre su cuello y con unas pocas palabras susurradas en voz baja y suave a sus oídos. El jinete rebuscó entre sus alforjas y sacó de ellas una zanahoria, que partió en varios trozos y se los ofreció a la bestia, que dio buena cuenta de ellos.

Edunai Kirindel se irguió sobre la silla de montar, y con un movimiento de cuello dejó que la capucha que le guarecía de los soles de la meseta cayera sobre sus hombros. Entrecerró los ojos y dejó que el viento acariciara su tez sucia por el polvo del camino y secara el sudor que la recubría. Bajo él se abría un largo y amplio valle en el que, a diferencia de las tierras yermas y planas por las que llevaba días viajando, predominaba el color verde del pasto. Conocida como Vega de los Dioses, aquella cuenca era el único lugar en las cercanías donde se daban las condiciones necesarias como para que un asentamiento humano pudiera prosperar. La cercanía del río Erin hacía fértiles las tierras, y las montañas que rodeaban la depresión la protegían de los vientos secos y calurosos de la meseta que había alrededor. «Como un oasis en medio de un desierto», pensaba Edunai cada vez que visitaba aquel paraje.

Los cultivos se veían por doquier, tanto en las zonas más llanas de la parte baja de la cuenca como en los terrenos inclinados que se encontraban en las laderas de los montes que la rodeaban. Y allí, en la parte más baja de la vega, a escasa distancia del punto por el que el río Erin tenía más amplitud, se encontraba la ciudad hacia la que Edunai se dirigía.

—Ya hemos llegado, Eira —dijo Edunai a su yegua a la par que desmontaba y echaba a caminar con las riendas del cansado animal en sus manos—. ¿La ves, allá a lo lejos? Es Santuario.

Situada en la parte más hundida y llana del valle, Santuario era una ciudad de forma circular cuyas construcciones eran, gracias a la explotación de una enorme mina de yeso cercana, de un color blanco níveo. Sus edificios se alzaban altos, coronados con cúpulas de cristales de mil colores distintos que, al reflejar la luz de los soles, brillaban hacia todas direcciones creando un espectáculo caleidoscópico arrebatadoramente bello. En el centro de la ciudad se alzaba imponente el edificio principal, la Gran Iglesia de los Tres, un edificio de forma triangular, muy por encima de cualquier otra edificación que hubiera en los alrededores. Aunque Edunai había visitado aquella ciudad incontables veces, todavía no era capaz de contemplarla sin perder el aliento ante la belleza de su visión.

Un bufido de Eira lo sacó de su ensimismamiento. Se giró hacia su compañera de viaje y volvió a acariciarle el cuello, sacando de sus bolsillos algunos trozos más de zanahoria que el animal devoró con gusto.

—¿Te encuentras mejor, vieja amiga? —le dijo con voz suave y cadenciosa—. Notas los años en cada una de tus patas, ¿no es cierto? Si te tengo que ser sincero, a mí me pasa lo mismo. Ven, vamos. Pronto caerán los soles y se hará de noche, y tenemos que estar en la ciudad para entonces.

Con las riendas del animal aún sujetas en la mano, Edunai se encaminó ladera abajo por el camino de tierra que se dirigía a la parte más baja del valle. Una vez abajo, cuando el terreno volvía a ser llano, montó de nuevo sobre la yegua y la espoleó con suavidad para que comenzara a avanzar al trote. A medida que avanzaban, Santuario se hacía cada vez más grande, el camino se hacía más ancho y se cruzaban con más y más lugareños. Pasaron cerca del río Erin, y Edunai detuvo el avance de su yegua junto a su orilla para que el animal bebiera de sus aguas, mientras su mirada se perdía no sin cierto pesar entre sus aguas. Una voz a sus espaldas resonó.

—Ha menguado, ¿no es cierto?

Edunai tiró de las riendas para que Eira diera media vuelta y quedar así de cara a quien había hablado. Se trataba de un anciano montado sobre una mula cargada de alforjas, un hombre de edad avanzada, encorvado y con cierta joroba que se rascaba la cabeza calva a la par que alternaba su mirada entre Edunai y el río.

—Sí, tenéis razón —asintió el aludido—. Estuve aquí hace menos de un año y recuerdo su cauce más...

—Abundante —terminó el lugareño—. La sequía se nota en toda Girith, señor, incluso aquí, en el hogar mismo de los dioses. No sé qué pecados podremos haber cometido para ofenderlos, pero si seguimos así mucho más tiempo, en un lustro no quedará ni gota del Erin.

Intercambiaron algunas palabras más y cuando se despidieron deseándose buena fortuna, Edunai espoleó de nuevo a Eira para que se pusiera en movimiento, pues la luz de los soles caía a cada minuto que pasaba.

Poco después, el camino se ensanchó todavía más, y el paso de caminantes, viajeros y campesinos se hizo mayor a su alrededor. Más allá de los límites del camino se encontraban las tierras cultivadas de los alrededores de Santuario, donde decenas de hombres y mujeres, tanto jóvenes como ancianos, trabajaban sin descanso. El agua del río, cuyo cauce se encontraba ahora un poco más alejado, era llevada a través de estrechos canales hacia los cultivos.

Edunai condujo a su yegua entre la marabunta creciente hasta las puertas que guardaban la entrada de Santuario, dos placas metálicas de cobre que se encontraban abiertas de par en par, que los años y el óxido habían pintado de un color verde claro e intenso. Las puertas eran tan altas como lo habrían sido dos hombres uno sobre el otro, y estaban adornadas con grabados que representaban imágenes religiosas. Las puertas estaban abiertas de par en par, permitiendo el paso de los que entraban y salían de Santuario, mientras que la Guardia de Daku, el cuerpo armado de élite que defendía la ciudad, se encargaba de controlar el paso de la gente.

Uno de ellos, al divisar a Edunai sobre su yegua, le alzó una mano enguantada para que se acercara. Abriéndose paso entre la multitud, Edunai se dirigió hacia el soldado. El atuendo de la Guardia de Daku era blanco en su conjunto. Las armaduras, de acero pulido y emblanquecido y con grabados y decorados, tenían la apariencia de no haberse utilizado demasiado. La capa, los guantes y las botas de cuero eran también de color blanco. Iban armados todos ellos con una espada larga, de funda también nívea, que llevaban colgadas a la espalda. Y por encima de estas colgaba un escudo pesado de madera pulida y embarnizada decorado con una imagen de los dos soles y la luna.

Edunai se acercó al guardia que le había llamado y bajó de su montura cuando llegó hasta él. Se trataba de un hombre un poco más bajo que él mismo, con el pelo negro corto y encanecido, al igual que su barba. Sus ojos castaños, bajo los que se percibían ojeras de cansancio, lo observaron de arriba abajo.

—Los dioses sean contigo, viajero —saludó—. ¿Qué te trae por Santuario?

Edunai inclinó la cabeza con una sonrisa, consciente de que el guardia no lo había reconocido.

—Acudo al llamamiento de la Suma Sacerdotisa de las Tres Voces.

El guardia arrugó la frente.

—¿Llamamiento? —Se rascó la barba—. ¿De qué demonios hablas?

—¿No ha sido convocado el Concilio de los Arcontes de Girith? —preguntó a su vez Edunai—. Me sorprendería mucho ser el primero en llegar.

El guardián abrió los ojos como platos y se quedó sin palabras por unos segundos. Aunque no parecía posible, su ceño se arrugó aún más de lo que ya estaba, y lo examinó de arriba abajo una vez más.

—Espera, espera... —balbuceó—. Tú eres...

—Edunai Kirindel, Arconte de Asthen, para servir —respondió el recién llegado con una sonrisa.

Al oír aquel nombre el soldado irguió la espalda como si de un resorte se tratara. Su rostro se tornó pálido y cuando habló lo hizo con voz temblorosa.

—D-disculpad, lord Kirindel... —dijo—. No os había reconocido. Venid, pasad. Vuestras dependencias están preparadas. Bienvenido a Santuario.

Edunai dejó a Eira al cuidado de un mozo de cuadra y se encaminó hacia el interior de la ciudad, siguiendo los pasos del guardián que lo había recibido y sin poder evitar desviar la mirada hacia todos lados. Santuario era realmente la ciudad más bella que el hombre jamás había levantado. Los edificios, relucientes todos ellos, habían sido emblanquecidos con la misma cal que cubría los muros exteriores, y por doquier se veían cúpulas y cristaleras de una infinidad de colores distintos. Las calles adoquinadas estaban limpias e impecables, y a cada pocas esquinas se encontraban estatuas de cobre que, con los años, se habían oxidado y cambiado de color al verde, algo que aun así no les restaba belleza. También había jardineras por todas partes, algunas más pequeñas y otras más grandes, que conferían a la ciudad un aspecto vivo y natural. Estas, sin embargo, tal y como Edunai advirtió, se veían un tanto marchitas en comparación a como él las recordaba. Parecía que era cierto que la sequía que los dioses habían lanzado sobre Girith no había perdonado ni siquiera a la ciudad sagrada.

Como si hubiera estado reuniendo el valor necesario desde que partieron de las puertas, el guardián que había recibido a Edunai levantó la vista del suelo y se dirigió al recién llegado con voz dubitativa.

—Mi señor... ¿os importaría si os hago una pregunta?

—Por supuesto que no, amigo —respondió Edunai con tono afable—. Pero antes, ¿cómo te llamas?

—Brunnan, señor —respondió él—. Pero todos me llaman Brun.

—Brun, entonces. ¿Cuál es tu pregunta?

El guardián caviló unos instantes, como si no quisiera desperdiciar su oportunidad con una pregunta intrascendente.

—La mayoría de personajes ilustres que recibimos aquí en Santuario... no aparecen así, sin más, como vos —dijo el soldado sin mirar a su interlocutor a los ojos—. De hecho, lo anuncian con trompas y fanfarrias. Los preceden mensajeros, séquitos de mayordomos, guardaespaldas... Pero vos habéis llegado así, sin más, como un simple viajero.

El hombre llamado Brunnan levantó la vista del suelo para cruzarla con la de Edunai, que lo miró con diversión. Su interlocutor parecía esperar una respuesta.

—¿Y la pregunta es...? —terminó por decir Edunai.

—Claro —se apresuró a responder Brun—. La pregunta es ¿por qué? ¿Por qué habéis acudido así a Santuario, mi señor? Vos, todo un Arconte de Girith, recorriendo el camino con un caballo viejo y una capa llena de polvo.

—Primero —Edunai levantó un dedo—, no es un caballo, es una yegua, y su nombre es Eira.

—Mis disculpas, señor, no pretendía...

—Segundo —cortó—, aunque fuera nombrado Arconte de Asthen, eso no significa que tenga que estar por encima de cualquier otro hombre o mujer. Lo único que necesita un viajero para llegar a su destino son dos piernas, y si el tiempo le apremia, a un amigo animal que le pueda prestar dos pares más.

Brun se quedó meditabundo, como evaluando si la respuesta era suficiente como para satisfacer su curiosidad, hasta que, unos segundos después, Edunai volvió a hablar.

—Y no solo es eso, ¿sabes, Brun? —siguió—. Realmente echo de menos viajar. Desde que fui elegido Arconte de Asthen son pocas las veces que se me permite ir a cualquier sitio sin el acompañamiento, como tú decías, de un séquito. No pienses de hecho que no he traído ninguno. Llegarán mañana al alba con toda seguridad, pero por suerte pude escabullirme y adelantarme a ellos. Lo que ocurre es que solo cuando viajo me siento verdaderamente libre, verdaderamente yo. Como si fuera... el dueño de mi propio destino. ¿Tiene eso algún sentido?

Brunnan correspondió con una risa disimulada y un asentimiento, como si comprendiera a la perfección aquello a lo que su interlocutor hacía referencia.

Continuaron el camino hacia la parte más céntrica y alta de la ciudad, inmersos en una charla un tanto banal, hasta que al final alcanzaron su destino. Si Santuario era una ciudad bella, más lo era su zona central. Era allá donde se concentraban los edificios más altos, más limpios, más nuevos, donde las obras de arte adornaban cada esquina. Plazas con fuentes de las que brotaban aguas cristalinas, jardines en los que a pesar de que los árboles, a diferencia de antaño, se presentaban deshojados y desnudos como esqueletos, se alzaban imponentes y recios. Y ahí, en medio de todo, en el centro de la ciudad más bella que jamás un hombre había levantado, se encontraba la Gran Iglesia de los Tres. El edificio principal de la orden religiosa de Girith se alzaba imponente en el centro de una gran plaza. De planta alargada y rectangular, sus muros se levantaban desde el suelo de forma inclinada para ir a encontrarse en lo más alto, donde se unían y conformaban la reconocible forma triangular del edificio.

Mientras Edunai Kirindel contemplaba con admiración la belleza de la imponente edificación que se alzaba ante él, un joven mozo los alcanzó a la carrera e intercambió unas palabras con Brunnan.

—Mi señor —dijo el guardián una vez despachó al mozo—. La Suma Sacerdotisa ha sido informada de vuestra llegada y desea transmitir su bienvenida a nuestra ciudad. Dice que, si así lo

queréis, le gustaría recibirlos personalmente, pero que entiende que preferiréis ir a descansar después de tan largo viaje.

Edunai se rascó la cabeza, pensativo.

—Decidle que, si le parece bien, iré a mis aposentos a lavarme, me cambiaré la ropa de viaje y después iré a verla.

—Así se hará, lord Kirindel.

Edunai fue llevado por un sirviente hasta sus aposentos, situados en una gran mansión que se encontraba detrás de la iglesia triangular. Aquella edificación era el lugar donde residía la Suma Sacerdotisa de las Tres Voces, y era utilizada además como residencia temporal de los visitantes de renombre como él mismo. Se trataba de un edificio rectangular, no tan alto como la iglesia que tenía enfrente, de muros igualmente blanquecinos y de una arquitectura fina y pulida. Una vez dentro, Edunai fue conducido a los aposentos que habían preparado para él.

Una vez a solas se dejó caer sobre la cama con pesadez. No había dormido nunca en unos colchones tan mullidos como lo eran aquellos rellenos de plumas tan habituales al sur de Girith, pues él estaba acostumbrado a los jergones de lana que utilizaban al norte, más allá de la Columna de Amnos.

Edunai apenas se permitió unos minutos de reposo, consciente de que la Suma Sacerdotisa le esperaba, por lo que se levantó de la cama y se despojó de las sucias vestimentas de viaje que había llevado durante algunos días. Los criados de la mansión aparecieron con cubas de agua caliente, dispuestos a llenar la bañera de cobre que había al fondo de la habitación, pero Edunai los detuvo y les hizo dar media vuelta. Siguiendo sus indicaciones, y sin poder esconder un ceño más que fruncido, los sirvientes llegaron de nuevo con las mismas cubas de madera, pero esta vez estaban llenas de agua fría. Como si no comprendieran muy bien por qué lo hacían, las vaciaron dentro de la bañera y se retiraron.

Edunai terminó de desvestirse del todo y se metió dentro de la bañera fría. Era cierto que bañarse en agua caliente tal y como lo hacían en el sur era muy agradable, pero en el norte estaban acostumbrados a las aguas heladas de los ríos y lagos montañosos. De hecho, en Asthen, de donde él provenía, era conocido que los baños de agua fría eran muy beneficiosos para el cuerpo y la mente.

Se lavó a fondo con una pastilla de jabón con olor a lavanda y acto seguido Edunai salió de la bañera y se secó con un recorte de tela tan grande como una sábana que los sirvientes habían dejado sobre su cama. Rebuscó en las alforjas que había traído consigo y comenzó a vestirse con un atuendo más digno de su linaje y posición. Cuando estuvo listo se acercó a un rincón de la habitación, donde de la pared colgaba una plancha redonda de metal pulido que reflejaba lo que había a su alrededor. Edunai se observó minuciosamente en ella antes de decidir si estaba presentable o no.

El reflejo que lo observaba al otro lado de la superficie pulida lo miraba con atención, como si le costara reconocerse a sí mismo. Su cabello, largo hasta los hombros, antaño una frondosa melena rubia, parecía ahora pajizo y más grisáceo que dorado. Bajo sus ojos color verde claro había unas bolsas grandes y ensombrecidas que no era consciente de que tuviera. Su piel, en juventud tersa y lisa, estaba ahora reseca y con algunas arrugas a los lados de los ojos. La parte inferior de su rostro estaba poblada por una barba clara y rala que crecía de forma dispar; más abundante en su mentón y sobre los labios, se iba difuminando a medida que subía la mejilla. Inclino un poco la cabeza y se palpó con los dedos aquella nariz puntiaguda, que se había partido algunos meses atrás en un entrenamiento de combate y que le había provocado una ligera torcedura. Suspiró y se alejó del metal pulido.

—Te estás volviendo viejo y feo, amigo —dijo a su reflejo—. Demasiado.

Edunai se retiró de donde la plancha de metal se encontraba, terminó de acicalarse y salió de sus aposentos. Al otro lado le esperaba uno de los sirvientes de la gran mansión, que lo condujo por el interminable laberinto de pasillos hasta que, poco después, se detuvieron ante una puerta de roble oscuro. El mayordomo dio tres golpes en la madera y puso la oreja. Al otro lado de la puerta se escuchó el sonido de una voz femenina, y aunque Edunai no comprendió lo que decía, el sirviente asintió y se quedó plantado de espaldas a la puerta.

—Dice que está casi lista, señor.

Al cabo de pocos minutos la puerta se abrió y el sirviente se hizo a un lado, y nada más aparecer ella por el umbral, Edunai Kirindel hincó la rodilla en el suelo.

—Suma Sacerdotisa —dijo a la par que con la mano izquierda realizaba el gesto ritual de tocarse la frente y ambos lados del pecho sucesivamente, marcando la forma de un triángulo—. Es un honor veros otra vez y...

Antes de que pudiera continuar, unas manos se posaron sobre sus hombros con tanta delicadeza como la caída de una pluma. Con un movimiento, aquellas manos lo instaron a levantarse, a lo que él no se resistió. Alzó la mirada y se puso en pie, todavía con las manos de la mujer sobre sus hombros. **A l v e r s u r o s t r o n o p u d o e v i t a r s o n r e í r .**

—Solo estamos nosotros, Edunai —dijo Maeve Aisling, la Suma Sacerdotisa de las Tres Voces—. No tienes por qué utilizar ese tono tan formal.

La mujer, que se erguía orgullosa a pesar de ser considerablemente de menor estatura que él, era impresionante. Lucía un vestido largo bordado con telas de los colores de los tres dioses: dorado, azul y argenta. Su largo cabello ondulado era del color de la noche, y lo llevaba recogido en un moño alto sujeto con tres broches con los símbolos de los tres dioses. Su rostro, de facciones marcadas y pómulos altos, aunque acusaba algunas muestras de la edad, presentaba un aspecto que muchas jóvenes habrían envidiado, lo mismo que su silueta fina, esbelta y grácil. Pero más que su aspecto, sus vestimentas o las joyas que la adornaban, lo que más destacaba de la Suma Sacerdotisa era su porte. Su mera presencia era asombrosamente imponente. Edunai pensaba que, si alguna vez alguno de los tres dioses se personaba ante él, la sensación que le transmitirían sería parecida a la que le transmitía su máxima representante en la tierra de los mortales.

Sacudiendo la cabeza para despejar su atolondramiento, Edunai tomó la mano que Maeve le ofrecía y la besó con suavidad.

—Eres un regalo para la vista, Maeve —dijo—. Como siempre, parece que para ti el tiempo no pasa como para el resto de nosotros.

La Sacerdotisa obsequió sus oídos con una risilla pícaro y sutil.

—Me halagas, Arconte de Asthen, pero me temo que el tiempo pasa para todos por igual. —Tomándolo del brazo, se lo llevó pasillo abajo—. Ven, anda conmigo, viejo amigo. Tenía ganas de volver a verte.

Caminaron juntos, uno al lado del otro, por los amplios pasillos de la mansión, seguidos a una distancia respetuosa por dos mujeres cubiertas por túnicas azules y armadas cada una con una cimitarra y un escudo de tres puntas. Se trataba de las Hebras de Alwa, un cuerpo religioso y armado cuya misión y cometido era defender a la Suma Sacerdotisa, así como a cualquier otro miembro de la Gran Iglesia de los Tres.

Edunai y Maeve llegaron con su lánguido caminar hasta uno de los distintos patios interiores que había en el edificio, inmersos en una charla trivial y carente de demasiada relevancia. Pasaron

por entre las jardineras y los jardines, donde las plantas y los árboles crecían vigorosos. Edunai, sin embargo, se quedó observando la vegetación, meditabundo.

La Suma Sacerdotisa de las Tres Voces, percibiendo su turbación, posó una mano delicada sobre el hombro de Edunai.

—Lo notas, ¿verdad? —preguntó, examinando con gesto torcido las plantas que su acompañante observaba—. A cada año que pasa las veo más...

—Grises —terminó Edunai por ella—. Recuerdo venir a esta ciudad con mi padre cuando era niño. Y las plantas... rebosaban vida. Eran verdes como los prados de Asthen justo después de un buen aguacero. Pero ahora, como los prados mismos de nuestra tierra, estas también se apagan y se marchitan.

Maeve asintió, cabizbaja y visiblemente preocupada por las palabras de Edunai.

—Tienes razón —respondió—. Hace ya mucho tiempo que Girith se encuentra en una crisis como nunca la habíamos visto. Y no nos engañemos, aunque siempre existen asuntos a tratar, no es por otro motivo por el que he convocado el vigésimo séptimo Concilio de los Arcontes de Girith.

—¿Y qué crees tú al respecto, Suma Sacerdotisa? —inquirió Edunai—. ¿Encuentras alguna lógica a este castigo que los dioses nos envían? ¿Has logrado encontrar en tus horas de vigilia respuesta a esta pregunta?

Maeve Aisling se tomó unos segundos para meditar.

—Quizá en Asthen, nuestra tierra natal, no se ha notado tanto —comenzó—. Pero en el resto de Girith hace ya muchos años que no vivimos nuestro mejor momento. El Valle de los Dioses es una excepción gracias al río, pero la herida que afecta a nuestra tierra lleva años abierta. Abierta e infectada, me atrevería a decir, desde mucho antes de la sequía. Hace décadas que nuestros recursos son limitados. Nosotros cada vez somos más y la tierra cada vez da para menos.

—¿Y tus plegarias han obtenido respuesta alguna?

—No.

Lo dijo con un tono de voz seco, casi molesto, como si estuviera resentida con los dioses por no haber respondido. Como si se avergonzara de tener que admitir que ella, la intermediaria entre los dioses y los hombres, estaba tan falta de respuestas como cualquiera de los otros mortales.

Ante aquella situación, a Edunai solamente se le ocurría una pregunta.

—¿Y qué podemos hacer, Maeve?

Ella lo miró con el ceño fruncido en una mueca de preocupación.

—Rezar.

CAPÍTULO 6

Con la luz de los soles brillando intensamente en el cielo azul y despejado, la ciudad de Santuario era una fiesta. Las calles estaban invadidas por las multitudes que habían salido a presenciar las festividades y los desfiles que tendrían lugar durante toda la jornada. Nadie se había quedado en casa, ni siquiera los más ancianos, que no se lo querían perder. Quizá lo habrían hecho cualquier otro día del año, pero no aquel día. No el día de la Vigilia.

En la Vigilia de los Dioses se celebraba el momento en el que los dioses habían despertado del letargo de cincuenta milenios en el que se habían sumergido después la creación del mundo. Era una festividad religiosa que se celebraba en toda Girith, pero en Santuario, la capital espiritual del mundo, todo lo que tuviera una dimensión religiosa cobraba mayor trascendencia. Así, durante el día de la Vigilia, se celebraban espectáculos de toda índole; juglares que recitaban poemas dedicados a los dioses y a los héroes de las leyendas, representaciones teatrales, funciones de marionetas, e incluso se celebraban combates rituales, que tradicionalmente representaban el plato principal de la jornada.

Los combates se celebraban en la Arena de Daku, un coliseo de forma ovalada que se levantaba cerca de la Gran Iglesia de los Tres, cerca del centro de la ciudad. Se trataba de un edificio imponente, tan alto como podría serlo una torre humana de más de veinte personas. Su estructura exterior estaba formada por tres pisos de arcos de piedra emblanquecidos con cal y decorados también con pinturas multicolores en las que destacaban los tonos dorados, azules y plateados.

«Es verdaderamente impresionante», pensaba Edunai Kirindel a medida que su comitiva y él se acercaban al recinto. Al igual que el resto de Arcontes de Girith, Edunai había sido convocado por la Suma Sacerdotisa, Maeve Aisling, con la que la noche anterior había mantenido una larga conversación, para acudir al espectáculo de los combates rituales que se iban a celebrar en honor al día de la Vigilia.

A primera hora de la mañana había llegado el séquito desde el lejano Asthen que había acudido a Santuario para acompañar a su Arconte, Edunai. Las gentes del norte de Girith eran de carácter introvertido y reservado, pues vivían más allá de la Columna de Amnos, lo que los aislaba en cierta medida de lo que ocurría en el resto del continente. Asthen era un lugar de lluvia abundante y paisajes escarpados que dificultaban la agricultura, pero facilitaban la ganadería por sus pastos verdes y extensos. Los que conformaban el séquito de Edunai, que debían ser alrededor de veinte, vestían todos ceremoniosamente con largas capas de piel y lana, un tanto calurosas para el clima más caldeado del sur, en los que predominaban los colores azulados y grisáceos típicos del norte. Sus cabellos, claros en su mayoría, estaban recogidos con trenzas y adornos hechos de madera y de huesos de animales grabados. Tal y como mandaba la ley de Santuario, ninguno de ellos iba armado.

Una vez en el interior del recinto, Edunai fue separado de su séquito por hombres de la Guardia de Daku, que condujeron al Arconte de Asthen por el interior del gigantesco coliseo, serpenteando pasillos y subiendo decenas de escaleras, hasta que finalmente llegaron a la parte más alta del edificio. Detrás de la puerta hasta la que los guardianes lo condujeron aguardaba una sala que ya le era conocida. Se trataba de un palco, una sala de grandes dimensiones al aire libre cubierta con una lona de color crudo, que daba a la arena. En la sala había media decena de mesas, grandes y robustas, sobre las que reposaban numerosas bandejas y fuentes de metal repletas de alimentos. Había desde comidas más tradicionales como panes, quesos, frutas o cecinas a platos más bien lujosos y de mayor elaboración. Alrededor de las mesas rondaban cerca de una veintena de

personas, todas ellas vestidas con finos atuendos, comiendo y riendo, y de las que Edunai conocía personalmente a la mitad y a la otra mitad solamente de vista. Aunque la mayoría de los presentes eran varones, la persona que centraba todas las miradas era una mujer. Y no era una mujer cualquiera.

Maeve Aisling, la Suma Sacerdotisa de las Tres Voces, había elegido para la ocasión un vestido más que impresionante. Imitando las vestimentas con las que se representaba normalmente a la diosa Alwa, Maeve lucía un vestido de tono azul marino cuya tela estaba recubierta por pequeños abalorios plateados y brillantes que, en contraste con la tela oscura de la ropa, emulaban la visión de un cielo nocturno y estrellado. La tela de la que estaba hecha la falda, gruesa y consistente, no era la misma que la de la parte superior del vestido, pues esta se trataba de una tela mucho más vaporosa a través de la cual se podía ver con total claridad el torso desnudo de la sacerdotisa. Decía la leyenda que Alwa había utilizado la tela de su propio vestido de luces para tejer el cielo y las estrellas, motivo por el que siempre se la representaba desnuda de cintura para arriba, representando de esta forma que la mitad superior del vestido era la que había utilizado para su creación. Algo que Maeve había conseguido representar a la perfección.

Tragando saliva y haciendo algunas respiraciones para tratar de calmar su pulso acelerado, Edunai sonrió y saludó a la sacerdotisa, que acababa de percatarse de su llegada y le hacía gestos para que se acercara. Cuando llegó ante ella la saludó con una solemne inclinación, tras lo que se dirigió con el mismo porte respetuoso hacia el hombre que la acompañaba.

—Edunai, bienvenido —lo recibió Maeve—. ¿Cómo has dormido esta noche?

El Arconte de Asthen fue a responder de forma cortés y corriente, pero de pronto una serie de imágenes y recuerdos aparecieron como rayos en su mente. Imágenes que, a pesar de que no lo había recordado hasta aquel mismo momento, había visto en sueños. Unas palabras dichas por una voz que no tenía tonalidad alguna resonaron contra las cavidades de su mente mientras evocaba aquellos recuerdos.

«Y allí, bajo el hielo... acecha la sombra».

De pronto Edunai regresó a la realidad, percatándose al momento de que se había quedado callado ante la pregunta de la Sacerdotisa y que tanto ella como el hombre que la acompañaba lo estaban mirando con un ligero deje de preocupación en el gesto. Edunai sacudió la cabeza y se apresuró a fingir una sonrisa despreocupada.

—Sí, sí, por supuesto, Suma Sacerdotisa —dijo—. Siempre se duerme de maravilla bajo vuestro techo. Bueno, quiero decir... bajo el techo de vuestra casa, no...

Maeve lo cortó con un gesto y una sonrisa.

—Me alegro. Acababa de recibir a nuestro amigo Bronte cuando habéis llegado —dijo, haciendo un gesto hacia el hombre que había junto a ella.

—Saludos, Arconte Conan —dijo Edunai, haciendo una nueva inclinación hacia él.

—Kirindel.

Su respuesta, seca y desprovista de emoción alguna, no sorprendió en absoluto a Edunai. Bronte Conan era el Arconte del pueblo de Narve, un territorio situado al norte de Girith, al otro lado de las montañas en las que los asthanos se asentaban. El Arconte de los narvanos era un hombre alto y aunque delgado, parecía recio y fuerte bajo sus vestimentas simples y de colores bastos. Su rostro, de facciones cuadradas, estaba tan curtido como el resto de su cuerpo, haciendo honor a la fama que precedía a su pueblo. Los narvanos eran gentes que, desde tiempos inmemoriales, se había dedicado a la minería y a la artesanía, lo que les confería un carácter un tanto reservado y severo. Gentes de un estricto sentido del honor y de la tradición, Bronte Conan era la viva imagen de todo

lo que de ellos se decía. Tenía la cabeza calva en la coronilla y el poco pelo que le crecía en los lados y en la parte trasera era gris como una nube de lluvia. Su nariz aguileña y sus labios finos se torcían en una sempiterna máscara de antipatía y mal humor. Edunai creía que no lo había visto sonreír ni una sola vez desde que le conocía.

—¿Cómo ha sido vuestro viaje, Bronte? —preguntó Edunai educadamente.

—Supongo que igual que el tuyo —respondió él, seco y cortante—. Hemos venido por el mismo camino.

Edunai esbozó una sonrisa forzada y desvió la vista. Bronte Conan, sin embargo, no despegó sus ojos grises y duros de su homólogo de Asthen. Después de unos segundos de incómodo silencio, Maeve decidió tratar de poner paz entre ambos.

—En breve comenzaremos el vigésimo séptimo Concilio de los Arcontes, amigos míos —dijo la sacerdotisa—. Rhona de los shalanos acaba de llegar a la arena, así que estará con nosotros en algunos minutos. De Alexander, sin embargo, no sabemos nada.

Conan emitió un sonoro bufido.

—Por los dioses y el Abismo... típico de los kalanos. Siempre tarde. No tienen respeto alguno por las tradiciones.

Edunai no pudo evitar esbozar una sonrisa que trató de disimular. Conocía a Alexander Sulvienaen, Arconte de la provincia de Kalan, desde que ambos eran pequeños. Cuando no era más que un niño, Edunai había sido enviado por su padre durante cinco años a Kalan como pupilo del padre de Alexander, un anciano llamado Lucius Sulvienaen, que en aquel entonces ejercía como Arconte de la región. Edunai y Alexander, que tenían aproximadamente la misma edad, crecieron durante aquel tiempo prácticamente como hermanos y se convirtieron en íntimos amigos. Desde que ambos fueron elegidos Arcontes de sus respectivos pueblos habían dejado de verse tanto, pero cada vez que el Concilio los reunía nunca dejaban pasar la oportunidad de bromear, entre otras cosas, sobre el Arconte Conan, al que llamaban “el oso furioso”.

Antes de que el Arconte de Narve pudiera hacer ningún comentario más, se produjo en la sala un silencio, y todas las cabezas se volvieron hacia la puerta. La mujer que acababa de cruzar el umbral avanzaba impetuosa, prácticamente ignorando los saludos respetuosos de los que ante ella se inclinaban. Edunai tragó saliva. Cuando la recién llegada se plantó ante ellos tres, se dirigió únicamente a Maeve, a la que saludó con una levisima sonrisa y una mínima inclinación de cabeza en la que no despegó sus ojos pardos de los de la sacerdotisa.

—Rhona —saludó Maeve con una sonrisa amplia y luminosa—. Bienvenida a la Arena de Daku. Que los dioses sean contigo.

Rhona Tigh era la Arconte de la meridional tierra de Shala, también conocida como la tierra del fuego. La mujer, a pesar de ser más joven y de menor estatura que cualquiera de los presentes, intimidaba tanto como si midiera el doble que Conan. Vestía ropajes típicos del sur, una especie de vestido largo de color rojo abierto por los costados, que le dejaba ambas piernas completamente al descubierto y le permitía total libertad de movimiento. En la parte superior de la prenda, los brazos y los hombros quedaban también al descubierto, cubriendo la tela su pecho, su abdomen y quedando sujeta con un nudo en su nuca. El cabello, de un color rubio pajizo cercano al blanco, lo llevaba recogido en una cola amplia con una cinta del mismo color rojo. Su piel, de una tonalidad morena casi negra, estaba adornada por tatuajes tribales dibujados con tinta azulada que la cubrían por completo, incluso en el rostro. Como era típico de la Tierra del Fuego, la adornaban numerosos abalorios de metal, hueso y madera, así como cintas de cuero con inscripciones.

—¿Dónde está el idiota? —preguntó la mujer con un tono de voz cortante mientras miraba a su alrededor—. No he venido aquí a perder el tiempo.

Bronte emitió un bufido burlón y asintió la cabeza, como si le estuviera dando la razón a su homónima shalana.

—El Arconte Alexander Sulvienaen todavía no ha llegado —respondió Maeve de forma más diplomática—. Mucho me temo que vamos a tener que esperarle. Para amenizar la espera tenemos aquí toda clase de comida y bebida, y pronto los combates darán comienzo y...

Sin ningún tipo de miramiento, Rhona levantó la mano y cortó a Maeve con un gesto, que se la quedó mirando con estupefacción.

—No vamos a esperar a ese idiota kalano —le espetó la Arconte shalana a Maeve—. Ni tampoco vamos a andarnos paseando por esta sala comiendo todas estas porquerías y pretendiendo que nada ocurre. Yo he venido aquí a hablar de los problemas que hay en nuestra tierra y a buscar soluciones, y si no estáis aquí para hacer lo mismo, salgo por esa puerta y me marchó.

Un silencio sepulcral se adueñó por completo de la sala. Ni uno solo de los reunidos en el palco de la Arena de Daku pudo evitar desviar la mirada hacia la Arconte de Shala, que con los brazos cruzados sobre el pecho desafiaba con la mirada tanto a Maeve Aisling como a los dos Arcontes que la acompañaban. Edunai, aunque se había quedado tan petrificado como los demás, no se sentía sorprendido. Cualquiera que conociera a Rhona Tigh o que hubiera tratado mínimamente con ella sabía que el fuego que daba nombre a su tierra también corría por sus venas.

—Todos sabemos lo que está pasando en nuestra tierra, no hace falta ninguna reunión de idiotas para descubrirlo —comenzó Rhona con el mismo tono cortante, ahora dirigiéndose a todos los que la rodeaban—. No intentemos engañarnos. Lo que estamos haciendo aquí hoy es buena prueba de ello. Nos llenamos la boca diciendo que estamos en crisis, que la sequía está matando nuestras cosechas y que nos estamos quedando sin recursos.

—¿Y acaso es mentira, Tigh? —intervino Bronte con gesto arisco—. ¿Acaso en las tierras del fuego crecen mazorcas tan altas como árboles?

Sin que la aparente diferencia de altura y constitución que había entre ambos la intimidara, Rhona se encaró al Arconte de Narve con el mentón alto y gesto desafiante.

—Hace tiempo que no podemos sembrar maíz, Conan, lo sabes mejor que nadie, así que no te hagas el listo —le espetó al hombretón con un dedo en alto amenazante—. Pero lo que ocurre en Shala es que no nos reunimos un grupo de... ¿cuántos, quince?, ¿veinte?, para comernos la comida que podría alimentar a cien.

—Rhona, sabes perfectamente que aquí en Santuario lo que sobra de estos banquetes lo repartimos entre los más necesitados —intervino la Suma Sacerdotisa dando un paso al frente y plantando cara a la Arconte de Shala—. No te atrevas a acusarnos de malgastar comida cuando el tema que está sobre la mesa es...

—Ah, repartís vuestras sobras, qué bien, qué generoso por vuestra parte —replicó Rhona con tono burlón—. Respóndeme a una pregunta, Maeve, ¿les dais también los mendrugos de pan que solo están un poco mordisqueados? ¿O los que os han caído al suelo? Vosotros ni los tocaríais, claro, pero para el populacho... Y qué me decís de vuestros vestidos, ¿eh? ¿Cuántas personas podrían comer pan si vistierais de forma un poco más austera, como lo hacemos nosotros?

Hubo un murmullo generalizado de desaprobación a lo largo y ancho de la sala. Los presentes, molestos con las acusaciones de la Arconte shalana, musitaban por lo bajo unos con otros, hasta que una voz se levantó por encima del rumor.

—¿Y qué quieres, que vayamos vestidos como animales como hacéis vosotros?

«Abismo jodido», pensó Edunai.

Los ojos de Rhona Tigh se insuflaron de ira y se abrieron como platos. Totalmente colérica, se dirigió a paso vivo hacia los que en la sala se encontraban, encarándose con quien se cruzaba.

—¿Quién ha dicho eso, eh?! —gritaba mientras uno tras otro le rehuían la mirada—. ¡Vamos, por los dioses y por el jodido Abismo! ¡A ver si te atreves a decírmelo a la cara!

Frotándose los ojos con cansancio, Edunai trató de evadirse de la tensa situación que se vivía en el palco y se asomó al balcón que daba a la arena. Las gradas estaban prácticamente llenas a rebosar, aunque por las puertas de acceso seguía entrando gente a raudales. Abajo, en la arena, varios luchadores ya estaban haciendo ejercicios de calentamiento con armas romas, recibiendo los vítores de un público que estaba ansioso por el espectáculo. Sin embargo, en la zona más cercana al palco donde se encontraban, la gente, atraída por los gritos que profería Rhona, miraba hacia arriba con curiosidad, tratando de descubrir qué era lo que ocurría allá arriba.

La shalana, totalmente encolerizada, se había hecho con una amplia fuente redonda llena de panecillos con mantequilla recién horneados, se acercó al balcón, y los hizo volar hacia el público que poblaba las gradas. Los que allá se encontraban comenzaron a gritar de júbilo ante la lluvia de comida, lo que provocó que comenzaran a aglomerarse personas justo debajo del palco.

—¡Esta es la solución a vuestra crisis! —rugía Rhona—. ¡Que bajéis de vuestra jodida nube de una vez y os pongáis a la misma altura que ellos!

A la bandeja de pan la siguió una fuente de langostinos a la miel, y tras aquella, otra de codornices a la pimienta. Abajo los asistentes habían comenzado a pelear por los alimentos que llovían del palco. Comenzaron los primeros empujones, peleas y gritos.

«Mierda. Esto no es bueno», pensó Edunai.

Ignorando los gritos de los presentes, Edunai se dirigió a voces a uno de los guardias que vigilaban las entradas a la Arena desde una de las bocas de acceso.

—¡Tú, deprisa! —le gritó al guardia—. ¡Dispersad esa multitud antes de que haya una avalancha y evacúad el coliseo! ¡Se cancelan los combates!

Reaccionando con rapidez, el soldado llamó a varios de sus compañeros y cuando fueron más de una quincena se lanzaron contra la multitud tratando de dispersarlos mediante empujones y golpes utilizando tanto las partes planas de sus espadas como las vainas de estas para disuadir a los que todavía peleaban por la comida que caía del palco.

Arriba, Maeve Aisling, siempre diplomática y pacificadora, trataba de acercarse a Rhona para calmarla, pero la shalana no la vio aproximarse, y cuando notó su mano en el hombro reaccionó con un respingo encolerizado. Su codo voló e impactó con la nariz de la Suma Sacerdotisa, que trastabilló hacia atrás debido al golpe, chocó con una mesa y cayó al suelo.

Todo el mundo en la sala tomó aire y lo contuvo, haciéndose un silencio absolutamente sepulcral. Hasta Rhona quedó petrificada cuando vio a la Suma Sacerdotisa, engalanada con su vestido en honor a la diosa Alwa, sentada en el suelo con las manos en el rostro. El tiempo que Maeve tardó en retirar la mano de su nariz le pareció a Edunai una eternidad. Pero cuando quedó a la vista la mancha de sangre que cubría la palma de la mano de la Sacerdotisa estalló la tormenta.

Todo el mundo comenzó a gritar a la vez, lanzándose una parte de los presentes hacia Rhona para recriminarle su gesto y la otra mitad hacia la Sacerdotisa para ayudarla a levantarse. Bronte Conan fue uno de los que, totalmente encolerizado y con el rostro rojo como un tomate, se lanzó hacia la shalana, pero Edunai fue más rápido que el narvano y consiguió sujetarlo antes de que la alcanzara.

—¿Es que te has vuelto completamente loca, mujer salvaje?! —chillaba Bronte con la cara y el cuello tan rojos que parecía que le fueran a estallar—. ¿Es que no os enseñan respeto a los sacerdotes en vuestra tierra de animales?! ¿Quién era tu madre, una jodida yegua coceadora?!

Rhona, que normalmente habría reaccionado estallando en ira ante aquellos descalificativos, se quedó callada aquella vez. Cruzó los brazos sobre el pecho y se dio la vuelta, dando la espalda a los presentes. Su postura y su actitud recordaban a Edunai a las de un niño pequeño que sabe que ha hecho algo malo pero que es demasiado orgulloso como para admitirlo. A unos pasos de ellos, Maeve había conseguido ponerse en pie y se palpaba la nariz ensangrentada mientras los hombres de la Guardia de Daku trataban de apartar a los que se habían arremolinado a su alrededor para ayudarla. Bronte se zafó de Edunai y se dirigió a gritos hacia los guardianes.

—¿Es que no pensáis reaccionar, por los jodidos demonios del Abismo?! —bramó el narvano—. ¡Detenedla, joder!

Los guardianes titubearon, mirándose los unos a los otros. Algunos hicieron el ademán de lanzarse a por Rhona y Edunai se preparó para detenerlos. Sin embargo, antes de que nadie moviera un dedo más, un estridente grito que provenía desde el fondo de la sala los paralizó.

—¿Pero queréis hacer el favor de dejar de gritar, por los dioses?! —se escuchó—. Parecéis una manada de lobos salvajes. ¡Así no hay quien se concentre!

Todos al unísono, incluida la Suma Sacerdotisa, se giraron hacia la voz que había gritado. Allá, ante una de las mesas que Rhona había vaciado en su arrebato de ira, se encontraba sentado un hombre inclinado hacia delante sobre unas grandes láminas de papel que ocupaban la superficie de la mesa. Edunai, tras unos segundos de estupor, lo reconoció. De pronto sintió cómo una carcajada incontenible subía por su garganta y, aunque trató de disimularla, no lo consiguió.

—¿Alexander?

Alexander Sulvinaeen era el Arconte de Kalan, el mayor de los pueblos de Girith. Era un hombre alto y de complexión delgada. El cabello, negro y liso, lo llevaba peinado hacia atrás y una fina barba oscura le poblaba el rostro. En un rostro de facciones angulosas destacaban sus ojos, de un color azul claro, que recorrían una y otra vez por encima de unas finas lentes de lectura los diagramas que tenía en la mesa ante él a la par que hacía marcas y dibujos con una pluma que bañaba cada pocos instantes en un diminuto tintero.

Alexander levantó la vista y los miró a todos.

—¿Habéis terminado ya con este espectáculo? —dijo, con un tono que recordaba al de un padre que regaña a sus hijos—. No digo que no estuviera siendo entretenido, pero, ¿podemos pasar ya a los asuntos importantes? ¿O es esta la forma de resolver los problemas del Concilio de los Arcontes ahora? Qué extraño, no me había llegado ninguna notificación. Me habría preparado mi papel. ¿Debería haberle pegado también a la Sacerdotisa? ¿O quizá debería haber dado una patada en el culo a Rhona? Qué divertido. Estoy seguro de que los habitantes de Girith se sentirían tremendamente orgullosos de sus representantes electos.

El silencio reinó de nuevo en la sala, aunque la tensión se había rebajado un poco. Tanto Rhona como Bronte bajaron la cabeza con un deje de vergüenza, y en el rostro de Maeve se dibujó una ligera sonrisa, aunque su nariz seguía sangrando y sus ojos estaban rojos y lacrimosos.

—Tenéis mucha razón, Arconte Alexander —le respondió Maeve tratando de templar su tono de voz para hacerlo suave y pacificador—. Vamos a olvidar el pequeño... altercado que hemos tenido la desgracia de protagonizar y vamos a proceder a lo que habíamos venido a hacer. El Concilio de los Arcontes. Al resto de los presentes, si sois tan amables... —terminó, señalando hacia la puerta.

Los congregados en el palco comenzaron a desfilar uno tras otro hacia la puerta de salida escoltados por los hombres de la Guardia de Daku a la par que refunfuñaban por lo bajo. Una vez hubieron salido todos Maeve se dirigió hacia uno de los guardias, al que ordenó que terminaran de desalojar el coliseo y que dieran la noticia de que los combates rituales quedaban pospuestos para la tarde. Hecho eso, la Sacerdotisa se acercó a un rincón, se hizo con una silla y se sentó junto a Alexander, invitando a los otros tres Arcontes a hacer lo mismo. Con una mano todavía se sujetaba un paño contra la nariz, impidiendo que la hemorragia continuara.

El resto de los presentes se acercaron a la mesa donde se sentaba Alexander, todavía distraído con sus documentos. Edunai se sentó a su lado y frente a Maeve, mientras que Bronte lo hizo junto a la sacerdotisa. Rhona se acercó a una silla que había al otro lado de Alexander, pero en lugar de sentarse quedó parada tras ella con las manos apoyadas en el respaldo y la cabeza gacha.

Antes de que ninguno de los presentes tomara la palabra, fue la shalana la que lo hizo.

—Maeve... quería pedir os disculpas por mi arrebato de ira y por haberos herido —dijo Rhona con arrepentimiento—. Mantengo lo que he dicho, cada palabra de ello, pero mis formas no han sido las adecuadas y en ningún caso debería haberos hecho daño.

La Suma Sacerdotisa ofreció una sonrisa a la Arconte, mientras con una mano seguía apretando el pañuelo contra su nariz.

—No te preocupes, Rhona. Sé que no lo has hecho a propósito. —Maeve se volvió entonces hacia Alexander y señaló los documentos que cubrían la mesa—. ¿Y bien, Alexander? ¿Serás tan amable de explicarnos qué es esto en lo que trabajas?

—La solución —se limitó a responder el aludido sin despegar la vista de sus papeles. Pasaron unos segundos más hasta que la cara de Conan se puso roja de nuevo.

—¿Podrías ser más específico? —dijo el Arconte de Narve, haciendo rechinar los dientes con impaciencia.

Edunai trató de disimular una risita ante el enfado de su homólogo narvano. Alexander dejó pasar algunos segundos antes de responder, hasta que por fin levantó la vista. Limpió la pluma con un trapo y la guardó en un pequeño estuche de cuero, tomó aire y se dirigió hacia los que le acompañaban en la mesa.

—Girith está muriendo —dijo el kalano con tono solemne y sin mirar a nadie en concreto—. Y lleva mucho tiempo haciéndolo. No hace más que algunos años que nosotros lo hemos comenzado a notar, pero en los archivos he encontrado evidencias de que nuestra tierra lleva décadas marchitándose. Poco a poco, día a día, los ríos tienen cada vez menos caudal. Estación tras estación, cosecha tras cosecha, producimos cada vez menos. Los animales ya no procrean como lo hacían antes y cada vez escasean más los peces y los mariscos, tanto en ríos como en mares. Nuestra Girith, señoras y señores, queridos amigos y compañeros, se muere.

»Y eso no es todo... porque va a ir a peor. Se trata de un proceso que escapa a nuestro control y a nuestro entendimiento. Es por eso por lo que cualquier solución que queráis proponer, cualquier debate que queráis celebrar, es una pérdida de tiempo. Nuestra tierra morirá pronto. Quizá tarde semanas, quizá meses o tal vez tardará años en hacerlo. Pero lo hará. El día en el que solo sembraremos polvo y recogeremos cenizas está por llegar, y la cuenta atrás está en marcha. La única solución... la única forma que tenemos de salvar el futuro de nuestro pueblo consiste en buscarlo en otra parte.

Todos, incluido Edunai, quedaron mudos ante la revelación de Alexander.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Bronte al cabo de unos segundos.

—Digo —respondió Alexander— que podemos pasarnos horas aquí discutiendo qué hacer. Seguramente la shalana propondrá que los ricos den más a los pobres. El asthano y la Sacerdotisa seguramente coincidirán en que es mejor rezar a los dioses y ser más austeros, mientras que el narvano dirá con toda seguridad que nuestra decadencia económica se debe a nuestra decadencia espiritual y a nuestro libertinaje, y que debemos volver a las viejas costumbres para obtener el perdón de los dioses y así encauzar el sino de nuestra tierra. ¿Me equivoco?

Todos quedaron de nuevo en silencio.

—Bueno, yo no... —comenzó a decir Conan.

—Lo que yo decía —lo cortó al momento Alexander—. Lo único que proponéis son soluciones temporales que no podrán evitar lo inevitable. El fin de Girith se acerca, pues su destino está sellado. No hay futuro para nosotros aquí.

—¿Y a dónde iremos, Alexander? —preguntó Maeve con un deje de escepticismo en la voz—. Nunca hemos encontrado rastro de otras tierras más allá de la nuestra. Hemos surcado los mares en su búsqueda, pero nunca han aparecido.

Alexander los miró uno a uno y sonrió.

—Pero las hay.

CAPÍTULO 7

—¿Que las hay? —inquirió Bronte Conan ante la revelación de Alexander—. ¿Qué demonios significa eso? ¿Es que acaso las has visto con tus propios ojos? ¿O son tus delirios febriles los que te hacen ver cosas que no son?

El Arconte de Kalan se había levantado en pie ante la mesa en la que el Concilio se había reunido y apoyó los puños en su superficie. Pasados unos instantes, miró fijamente al hombre que lo había increpado.

—No, querido Bronte, todavía no he tenido el placer de visitar las otras tierras —respondió—. Pero hay evidencias más que suficientes para asumir que existen.

—¿Y qué evidencias son esas? —preguntó a su vez Rhona Tigh.

—Hemos encontrado muchas —respondió Alexander—. En las costas kalanas hace mucho tiempo que aparecen restos que parecen ser de naves naufragadas. Eso no sería extraño si no fuera porque los materiales y la manufactura son completamente extraños y distintos a los que tenemos aquí en Girith.

Conan cruzó los brazos sobre el pecho con gesto escéptico.

—¿Y quieres decidir el futuro de nuestro pueblo en base a unos restos de madera que unos idiotas kalanos no han sido capaces de identificar? —replicó con sequedad.

—Además —continuó Alexander ignorando por completo la pulla lanzada por el narvano—, también encontramos esto.

El kalano rebuscó en el interior de uno de los bolsillos de sus ropajes y arrojó sobre la mesa lo que parecía ser un pequeño y maltrecho cuaderno con tapas de cuero. Edunai alargó el brazo y lo agarró para examinarlo.

—Lo encontramos hace algunas semanas en lo que parecía ser un pequeño cofre cuya madera, por cierto, no pertenece a ningún árbol conocido en Girith —explicó Alexander—. Parece alguna clase de diario de a bordo de un barco naufragado. Como veréis, está bastante deteriorado.

Y así era. Edunai lo ojeó con cuidado, observando las páginas dañadas y arrugadas por el agua. La tinta de las hojas se había corrido y se había convertido en un manchurrón ilegible.

—Llevamos varias semanas trabajando en este cuaderno, ya que sospechamos que puede venir de la otra tierra —explicó Alexander ignorando el bufido de Bronte—. Era prácticamente ilegible cuando lo encontramos, pero gracias al trabajo de nuestros académicos hemos llegado a distinguir hasta nueve palabras. La mayoría de ellas cortas y, creemos, sin ningún significado concreto. Pero una de esas nueve palabras... me llamó especialmente la atención. Página doce, Edunai.

El aludido pasó las páginas con cuidado mientras contaba en voz baja. Cuando llegó a la número doce se detuvo y observó el documento con atención. A simple vista parecía tan dañada como cualquier otra página, pero al cabo de unos segundos se percató de que, en la esquina superior derecha, donde la mancha de agua no era tan grande, podían distinguirse las siluetas de lo que antaño debieron ser palabras.

—¿Conocéis el cuento del copero curioso? —preguntó de pronto Alexander.

El resto lo miraron en silencio.

—¿Te refieres a ese cuento sobre un muchacho que servía de copero a uno de los señores Yinn? —preguntó Maeve—. ¿Que se obsesionó con un secreto del que oyó hablar a su amo mientras le servía vino?

—No era un secreto lo que escuchó —corrigió Alexander—. Una palabra. Era una palabra. ¿Recordáis cuál era?

Bronte Conan carraspeó y se inclinó sobre la mesa.

—¿Se puede saber qué importancia tiene ahora un jodido cuento de niños, cuando lo que deberíamos estar haciendo...?

—Aeldra —lo cortó Edunai—. Esa era la palabra. Aeldra.

—Exacto —asintió Alexander con una sonrisa—. ¿Y os acordáis de lo que significaba esa palabra?

—Creo que... ¿‘tierra lejana’?

—Parecido, pero no —respondió Alexander—. No significaba ‘tierra lejana’, sino ‘otra tierra’.

—¿Y alguien me puede explicar por qué demonios están los Arcontes de Girith discutiendo sobre un maldito cuento infantil? —reiteró Conan levantándose con indignación de su asiento—. ¿De verdad soy el único que encuentra esta situación completamente absurda?

Alexander alargó la mano para coger el maltrecho cuaderno que trataba de leer Edunai y lo acercó con cuidado a su homólogo narvano.

—Ahí tienes el por qué, Bronte —dijo el kalano—. Mira arriba a la derecha y dime qué palabra lees.

—¿Dónde? —preguntó el aludido mientras examinaba de cerca el cuaderno—. Yo aquí solo veo manchas.

Con un bufido de exasperación, Alexander se acercó al del narvano. Se inclinó sobre la mesa y observó el cuaderno durante algunos segundos hasta que alargó el dedo para señalar un punto de la página que estaba abierta.

—Aquí. Aquí es —dijo—. Lee aquí. Aeldra.

Conan estudió el papel con recelo.

—¿Aeldra, dices? Yo no estoy tan seguro, kalano. Podría ser cualquier palabra que empiece por A. Podría poner *Arena*.

—¿Arena? ¿Qué dices? Si fuera así, ¿por qué es mayúscula la primera letra? —replicó Alexander, que se había puesto a la defensiva—. Porque es un nombre, no una palabra corriente. Es el nombre de un lugar. El nombre de la otra tierra. Además —continuó, envalentonándose—, mira esto. Los narvanos presumís de ser los mejores artesanos de todo Girith, ¿no es cierto?

—Por supuesto —respondió Conan con el pecho henchido de orgullo.

—Entonces no tendrás problema para identificar la piedra de este colgante que también encontramos en el cofre donde estaba el cuaderno.

Alexander rebuscó en sus bolsillos una vez más y sacó un diminuto objeto que depositó sobre la mesa ante Bronte Conan. Edunai, al igual que hicieron Rhona y Maeve, se inclinó hacia delante para observarlo con más detalle. El colgante era pequeño y tanto la cadena como la pieza en la que la piedra estaba encajada estaban un poco desgastadas y oxidadas. La gema, sin embargo, estaba intacta.

Bronte cogió el colgante para examinarlo de cerca. La gema era muy peculiar, de un color turquesa verdoso con motas azuladas y verdes en su interior. A medida que la examinaba, el ceño de Conan iba frunciéndose cada vez más. Al final el narvano volvió a depositar la pieza sobre la mesa, y su silencio suscitó la curiosidad de los demás.

—¿Y bien? —preguntó Maeve unos instantes después.

Bronte dirigió la mirada hacia la sacerdotisa, pálido como la leche.

—No había visto una piedra así en mi vida —respondió con un hilo de voz, como si le costara un mundo pronunciar cada palabra.

—¿Quieres decir que...? —dijo Edunai.

Conan lo miró.

—No es de Girith.

Aquella afirmación cayó sobre la mesa como un yunque, enmudeciéndolos a todos y dejándolos con una máscara de estupefacción por rostro. A todos, menos a uno.

—Damas, caballeros, amigos —dijo Alexander con una sonrisa triunfal—. Tenemos un viaje que preparar.

CAPÍTULO 8

—¡La ciudad es nuestra!

Un coro de centenares de vítores se alzó a sus pies, y el capitán Ethan Daelberg acompañó a sus hombres en los gritos y las consignas de celebración que él mismo había iniciado. Unos minutos después estas se apagaron y las decenas de soldados que se habían congregado en la plaza principal de la ciudad se dispersaron.

Ethan bajó con cuidado de la tarima de madera en la que se había encaramado, tratando de no apoyar demasiado peso en la pierna izquierda, pues durante la batalla que sus hombres y él habían mantenido durante la noche anterior para tomar Advalon, el capitán había sufrido una mala caída en la que se había torcido el tobillo. Aunque no parecía grave, cuando bajó los peldaños del tablado sus hombres se acercaron a él para ayudarlo, aunque lo rechazó con un gesto. No había dado ni diez trabajosos pasos cuando un joven escudero se acercó a él a la carrera.

—¡Capitán Daelberg, señor!

—¿Sí, muchacho?

—Me envía el teniente Brent, señor. Dice que hemos capturado a lord Baines —reportó el joven—. Se encontraba en sus aposentos. Intentó atacar con un abrecartas a uno de los soldados que lo apresaron, pero consiguieron reducirlo.

—¿Y está bien? —preguntó Daelberg.

—¿Lord Baines? —titubeó el chico—. Creo que sí... el teniente Brent me dijo que os dijera que no había sufrido ningún daño y que está a buen recaudo con...

—No, no —aclaró el capitán—. Me refería al hombre al que Baines atacó.

—Oh. Sí, creo que sí. No parecía más que un corte superficial. Y... —titubeó de nuevo— no es un hombre, señor. Es una mujer.

—Entiendo —asintió Ethan—. Dile a Brent que lleven a Baines a una sala segura. Que la revisen bien antes. No quiero sorpresas.

—Sí, capitán. —Se alejó unos pasos, pero pareció acordarse de algo y dio media vuelta—. Ah. Capitán, otra cosa.

—Dime, chico.

—La mujer recuperó una nota que lord Baines intentaba atar a la pata de una paloma mensajera cuando lo detuvieron —dijo el chico—. Cuando el viejo vio que había sido descubierto la lanzó al fuego, pero ella consiguió recuperarla antes de que se quemara por completo. El teniente Brent tiene los restos.

—Bien —asintió Ethan—. Que te los entregue y tráemelos. Ve con mucho cuidado, pues pueden contener información importante.

—Sí, capitán.

Ethan se alejó de la plaza, donde el bullicio era mayor, y se dirigió hacia las murallas que algunas horas atrás había escalado junto a sus hombres. Salió por la puerta principal de la ciudad y se

encaminó hacia un improvisado campamento de heridos que sus hombres habían preparado y en el que se habían reunido tanto los sanadores que les habían acompañado con el ejército así como los que habían podido encontrar en la ciudad. Pidió indicaciones a uno de los hombres que guardaban la entrada de la tienda y se dirigió hacia el fondo de esta, esquivando sanadores, heridos y chicos y chicas que corrían de un lado a otro jugando o ayudando en lo que se les requería. Al fondo de la tienda, sobre una litera vieja, encontró a quien buscaba. Se trataba de una joven de cabello rubio lleno de adornos de metal y madera, con un lado de la cabeza afeitado. En su rostro de pómulos altos destacaba una cicatriz que parecía provocada por un corte de garra, que bajaba desde su mejilla derecha hacia más allá de la mandíbula.

Ethan Daelberg se paró ante la litera, aunque la mujer tardó unos instantes en percatarse de su presencia. Cuando lo hizo se levantó de un brinco y se plantó ante su visitante con la espalda erguida y dejando que sus ojos de un color azul pálido se perdieran en el suelo.

—Capitán —saludó.

—Descansa, soldado —respondió Ethan. La mujer se relajó un tanto, aunque su posición se veía todavía un poco rígida—. Fuiste herida al apresar a lord Baines, ¿no es cierto? Quiero que me expliques cómo ocurrió.

—Sí, señor —respondió ella con un deje de vergüenza en la voz. Su mirada bajó instintivamente hacia el vendaje que le recubría el codo y el antebrazo izquierdo—. Cuando llegué a la sala en la que lord Baines se encontraba, el teniente Brent ya estaba allí, revisando los documentos que el viejo tenía en el escritorio. Me ordenó que apesara a lord Baines y me lo llevara, pero cuando me acerqué a él me di cuenta de que estaba intentando atar una nota a la pata de una paloma mensajera. Cuando vio que lo había descubierto comenzó a gritar y se le escapó el animal de las manos antes de que pudiera ligarle el mensaje. Entonces saltó hacia la chimenea y lanzó la nota al fuego. Yo salté para tratar de recuperarla, y fue entonces cuando el hijo de perra... perdón, cuando lord Baines se abalanzó sobre mí y me atacó con el maldito abrecartas. Por suerte el corte fue limpio y no muy profundo, por lo que los sanadores me lo pudieron coser sin problemas... pero de todas formas bajé la guardia. Debería haberme dado cuenta de que iba armado.

—No te culpes —la tranquilizó Ethan con una sonrisa que trataba de ser reconfortante—. Hiciste lo que tenías que hacer. Esa nota puede contener información relevante sobre los planes del enemigo. ¿Cuál es tu nombre?

La mujer carraspeó, todavía un tanto avergonzada y rígida en el porte.

—Gálata, señor.

—Buen trabajo, Gálata —dijo Ethan—. Recupérate de tu herida. Estoy seguro de que pronto el alto mando del ejército de la Extinción del Fuego nos requerirá de nuevo y debemos estar en las mejores condiciones.

—Claro, señor. Gracias, señor.

Ethan abandonó la tienda de heridos y se encaminó de nuevo hacia el interior de la ciudad. Una vez dentro le alcanzó el escudero que antes se le había aproximado y le hizo entrega de los restos de la nota quemada, envueltos cuidadosamente en un trapo de seda, tras lo que el capitán se dirigió al lugar que había convertido en su cuartel general desde que habían tomado Advalon; la estancia más espaciosa y amplia de una prestigiosa posada de la ciudad llamada El Caldero del Druida, conocida comúnmente como El Caldero.

Ethan subió dos pisos de escaleras para llegar a su habitación, todavía un tanto renqueante a causa de la lesión sufrida en batalla, y se acomodó sobre el sillón aterciopelado que se encontraba detrás del amplio escritorio de roble oscuro que presidía el fondo de la habitación. Una vez acomodado sacó con cuidado el paño en el que transportaba la nota quemada, lo abrió y la leyó

despacio varias veces. Al final levantó la vista, frunció el ceño y se rascó la barbilla, distraído. Pasados unos minutos, todavía desde la silla de detrás del escritorio, el capitán hizo llamar al hombre que guardaba el otro lado de la puerta.

—¿Señor? —respondió el guardián asomándose al interior de la estancia.

—Traedme a lord Baines aquí —ordenó—. Con grilletas en manos y pies. Y vigilad que no eche mano a ninguna navaja, cuchillo ni nada parecido. Será un anciano arrugado y decrépito, pero es más peligroso que un tuerto con ballesta.

—Entendido, señor —respondió el guardia tratando de disimular una risita.

—Ah, espera —dijo el capitán cuando el guardia ya marchaba—. Y manda llamar también a Arlem, Brent y Garnik. Que vengan de inmediato, antes de que llegue Baines.

—Sí, capitán.

No habían pasado ni diez minutos cuando los tres hombres que Ethan acababa de convocar se presentaron en la habitación que este había convertido en su despacho. Una vez dentro se acercaron al escritorio de roble y se inclinaron levemente ante Ethan.

—Capitán —dijeron los tres al unísono.

—Brent, Garnik, Arlem —saludó Ethan haciendo una inclinación de cabeza a cada uno—. Venid, sentaos.

Los tres tomaron asiento en tres sillas de madera basta y clara que el capitán había mandado traer para ellos. Una vez sentados fue Garnik el primero en tomar la palabra.

—¿Cómo está tu tobillo, Ethan? —preguntó mientras se atusaba la abundante barba color castaño rojizo que cubría su rostro—. ¿Todavía te duele? ¿Te lo jodiste pero bien o qué?

Antes de que el aludido pudiera responder, Arlem, el enjuto y moreno jefe de los exploradores, carraspeó y se revolvió en su silla, visiblemente incómodo. Garnik lo miró arqueando una ceja, sin comprender, hasta que Brent se inclinó hacia él y le musitó algo al oído. Garnik soltó un sonoro bufido, puso los ojos en blanco y se dirigió de nuevo a Ethan.

—Disculpad mi tono vulgar e irrespetuoso, mi capitán —dijo con sorna y con fingida formalidad—. Pues no quería más que interesarme por el estado de vuestra pata —se volvió hacia Arlem—. ¿Está mejor así, señor tengo-una-vara-metida-en-el-culo?

El jefe de los exploradores frunció el ceño y pareció querer replicar al teniente, pero Ethan lo interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—Basta, basta, dejadlo —dijo, tratando de reprimir una risa—. Mi tobillo ha visto días mejores, si he de seros sincero. No fue una buena caída. Pero los curanderos me han dado cataplasmas para reducir la hinchazón, y dicen que si trato de no moverme demasiado durante algunos días se me pasará.

—Eso está muy bien, capitán, pero todos sabemos que no sois conocido por tener el culo pegado a una silla que no sea la de montar —comentó Brent, mostrando una sonrisa irónica que hacía que su gran bigote se agitara—. Haced caso de los curanderos e intentad no batallar mucho estos días.

—Será mejor que no traigamos al viejo Baines entonces —dijo Garnik a su vez—. He oído que el viejo todavía sabe algunos buenos movimientos.

—Sí... se lanzó a por esa muchacha, Gálata, como un diablo —respondió Brent—. No querría verlo con un mandoble.

—Por suerte no le prestaremos ninguno, así que no tendremos la suerte de descubrirlo —añadió Ethan—. Os he hecho llamar para que estéis presentes cuando lo interrogo. Y también para enseñaros esto. Brent ya lo ha visto, pero vosotros dos no. Venid, acercaos.

El capitán levantó la mano y acercó a sus hombres de confianza la pequeña pieza de papel quemado que había recibido algunos minutos atrás. Arlem se levantó del asiento y se acercó al escritorio, tomó el papel en su mano y lo leyó con el ceño fruncido. Pasados unos segundos se fue a sentar de nuevo en su asiento y pasó la nota a Garnik. El barbudo se demoró más que Arlem, pues tuvo que sacar un estuche de cuero de uno de los bolsillos de su túnica y colocarse sobre los ojos unos gruesos anteojos de lectura que hacían que sus ojos se vieran mucho más pequeños de lo que en realidad eran. Una vez colocados sobre su nariz, el teniente comenzó a leer en voz alta.

—A ver, vamos a ver. «Han tomado...» «rutas marítimas...» —leyó despacio—. «Tacar Alenor por el norte». ¿Tacar? Será *atacar*, parece que la primera letra se la ha comido el fuego. «Atacar Alenor por el norte».

»Eso es lo que queremos hacer nosotros, atacar Alenor por el norte, ¿no? Hemos tomado... ¿la ciudad? Y utilizaremos... las rutas marítimas... para atacar Alenor por el norte. Es eso, ¿no? Estaba informando a alguien de nuestros planes.

Garnik levantó la vista y miró a sus camaradas por encima de los anteojos interrogativamente, y ante sus asentimientos bajó de nuevo la vista y continuó leyendo.

—«t aguarda instrucciones» —se detuvo—. ¿Quién se supone que es t? ¿Será un apodo o un nombre en clave?

—Fíjate bien en esa letra, Garnik —dijo Ethan desde el escritorio—. No es grande sino pequeña. No creo que sea una inicial, sino que puede tratarse de la última letra de algún otro nombre, pero el fuego se ha llevado el resto.

—Sí, sí, tienes razón —asintió Garnik rascándose la barba—. Y aquí en la última línea solo pone «contactad».

El teniente se levantó de su asiento y devolvió la nota a Ethan, que la leyó por encima una vez más.

—Me preocupa la forma en la que Baines menciona a este t —dijo al cabo de un minuto—. «t aguarda instrucciones». Como si t estuviera aquí, en la ciudad. Como si él pudiera transmitir a t las instrucciones.

—Creo que nos estamos preocupando demasiado por esto, Ethan —dijo Garnik a la par que hacía un gesto con la mano como para restar importancia al asunto—. No sabemos lo que decía el resto de la nota. Esa palabra quemada podría ser cualquier otra cosa. Quizá podría no ser siquiera un nombre.

—¿Y qué más podría ser, si no? —lo cortó Arlem.

Garnik pareció ir a responder, pero cuando ya había tomado aire y se preparaba para articular una respuesta pareció quedarse sin nada que decir. Al cabo de unos instantes, balbuceó algunas incoherencias hasta que terminó por desistir.

—Entonces... —siguió Garnik—. ¿Entonces estáis diciendo que este t podría ser un espía? ¿Alguien que trabaja para Baines y para los Yinn?

—Podría ser —aventuró Ethan—. Aunque no tiene por qué significar que sea alguien de nuestro bando. Lo más probable sería que se tratara de un hombre del mismo Baines, alguien que se oculta en algún lugar de Advalon para evitar ser capturado y así actuar en la sombra.

Arlem se revolvió en la silla, inquieto. Su semblante siempre taciturno se había ensombrecido todavía más.

—Deberíamos extremar las precauciones, señor —dijo el jefe de los exploradores—. Tenemos que estar preparados para cualquier situación que pudiera comprometer vuestra seguridad. Yo mismo os guardaré las espaldas de ahora en adelante.

—Te lo agradezco, Arlem, pero de momento prefiero esperar a ver qué podemos sonsacarle al viejo antes de tomar ninguna decisión precipitada —respondió Daelberg con un gesto de mano.

—No son decisiones precipitadas, capitán —replicó Arlem a su vez—. Se trata de una precaución para asegurarnos de que no os pase nada. No podemos permitir tomar riesgos para con vuestra vida.

Antes de que Ethan pudiera responder al testarudo jefe de los exploradores, el ruido de las cadenas arrastrándose por el suelo se escuchó en la estancia. El sonido se acercó más y más, y cuando se detuvo se oyeron tres golpes que resonaron al otro lado de la puerta. Ethan dio una orden en voz alta y la puerta se abrió, y al otro lado del umbral apareció un hombre que parecía cualquier cosa excepto un lord. Vestía ropas sucias, raídas y harapientas. Su cabello, largo en el cogote y escaso en la coronilla, se veía sucio, grasiento y mal cuidado. Su rostro y brazos presentaban algunas contusiones y golpes, y bajo los ojos tenía unas bolsas que apuntaban a una falta de descanso más que evidente.

Lord Baines entró en la estancia arrastrando sus cadenas, aunque tratando de impostar un porte noble y orgulloso. Se paró cerca de donde Brent, Garnik y Arlem se sentaban, a unos pasos de la mesa tras la cual se encontraba Ethan. Arrugó su nariz aguileña y escupió al suelo.

—Capitán Daelberg —dijo con ironía y fingido respeto—. Bienvenido a Advalon. Espero que estéis disfrutando de nuestra jodida hospitalidad.

—Puedes ahorrártelo, Ervin —respondió Ethan—. No conseguirás nada con esas sutilezas.

—Entonces permíteme que sea más claro y te mande al jodido Abismo del que viniste, perro traidor.

Garnik, sentado a unos pasos de Baines, silbó de forma burlona ante las palabras del anciano.

—No te servirán de nada los insultos, Ervin —replicó Ethan, impasible—. Tenemos cosas más importantes que tratar. Como esto.

El capitán alzó la mano y mostró al viejo los restos de la pequeña nota quemada que habían estado leyendo unos minutos atrás, hasta que la volvió a bajar y la leyó en voz baja para sí mismo.

—Es una nota de lo más interesante, así que espero que seas tan amable de responder a algunas preguntas que tenemos al respecto.

—Por supuesto. Más faltaría, capitán —replicó Ervin Baines, de nuevo con sorna y burla—. Preguntad cuanto queráis, que haré todo lo que pueda para resolver vuestras dudas.

—Quizá podrías empezar explicándonos quién era el destinatario de este mensaje.

—Con mucho gusto —respondió el anciano con otra dosis de aquel mal fingido respeto—. Le estaba escribiendo una nota a vuestra madre. La verdad es que disfruté mucho de nuestro último encuentro y pensé que quizá le apetecía repetir.

Se hizo el silencio en la sala durante algunos segundos, hasta que Garnik estalló en carcajadas. Ethan, sin embargo, mantenía el semblante sereno e impasible.

—Ya te lo he dicho, Ervin —dijo—. No conseguirás nada con estas tonterías. Si no quieres revelarnos a quién estaba destinado el mensaje, hablemos de su contenido. De lo que se puede leer todavía, al menos. Así pues, dime. ¿Quién es T?

—¿Que si quiero té? —respondió el anciano ladeando la cabeza hacia el capitán, como si tuviera problemas para escucharle con claridad—. No, gracias. No me gustan las hierbas, no me sientan bien y me dan muchos gases. Mejor una copa de vino. En mi bodega hay un par de botellas que...

—Basta —le cortó Ethan con sequedad—. Sabes perfectamente que no es eso lo que te he preguntado, Arlem.

El espigado soldado se acercó a la mesa del capitán, recogió de sus manos la pequeña nota quemada y la acercó hasta el anciano cautivo. Una vez ante él la alzó a la altura de sus ojos, a una distancia como para que la pudiera leer, pero lo suficientemente lejos como para impedir que intentara destruirla de cualquier forma.

—¿Qué es esto? —dijo Baines entrecerrando los ojos— ¿Es mi nota? Me temo que estos ojos cansados no pueden leer como antaño. Voy a necesitar mis anteojos.

Ethan bufó con exasperación y se frotó los ojos con gesto de cansancio.

—No importa, Ervin, ya te la leo yo. —Arlem devolvió la nota a Ethan, que la sujetó con las puntas de los dedos ante sus ojos—. Se trata de un mensaje, o lo que queda de él después de que lo lanzaras a las llamas cuando mis hombres te apresaron. En la primera línea se puede leer «han tomado...», en la segunda «rutas marítimas», y en la tercera «atacar Alenor por el norte». No tenemos problema para entender lo que querías decir aquí. Probablemente que Advalon ha caído en nuestras manos y que planeamos atacar Alenor por el norte a través de las rutas marítimas.

»Pero lo más interesante viene ahora, Ervin. En la cuarta línea se puede leer «t aguarda instrucciones». Como si tuvieras alguien contigo esperando órdenes del alto mando de los Yinn. Alguien... ¿infiltrado, tal vez? ¿Un espía?

—¿Qué clase de idiota se llamaría a sí mismo T? —replicó lord Baines con la nariz arrugada—. Si conociera a alguno, tened bien por seguro que no lo mencionaría en ninguna carta.

—No... no, por el Abismo —rezongó Ethan—. No se llama T, bien lo sabes tú. Es la última letra de su nombre.

—¡Pues dime el nombre completo, hombre! —exclamó el anciano antes de que Ethan pudiera hacer más aclaraciones—. ¿Cómo voy a saber de quién me hablas si...?

—¡Basta! —gritó Ethan a la par que daba un fuerte golpetazo a la mesa. Baines, que exhibía una sonrisa triunfal llena de malicia, guardó silencio—. Basta. Ya está bien de tonterías, Ervin. Ahora dime de una vez de quién hablabas en la nota y a quién se la ibas a enviar. Y si no lo haces... —Lo amenazó con un dedo en alto—. Juro por los tres dioses que te meteré en una prisión tan oscura que se te olvidará la forma y el color del mundo y que hará que la celda en la que estás ahora te parezca un palacio.

Baines aguardó unos instantes, todavía con aquella sonrisa maliciosa bailando en sus labios. Sin embargo, esta desapareció al cabo de poco y el anciano se quedó mirando fijamente al capitán a los ojos sin siquiera pestañear.

—¿Cómo te atreves...? —musitó el anciano casi para sí mismo—. ¿Cómo tienes el descaro de invocar el nombre de los dioses? Tú, que has renegado de ellos. Que has roto todos los votos sagrados forjados por nuestros antepasados. ¿Tú te atreves a usar el nombre de los dioses para amenazarme? ¡¿A mí?! —Sorbió por la nariz con fuerza y escupió un gorgajo verde y viscoso que fue a pegarse a la mesa del capitán—. ¡Esto es lo que me importan vuestras amenazas, herejes desgraciados, hijos de perra! ¡Os las podéis meter por...!

Antes de que nadie pudiera reaccionar para detenerlo, Garnik saltó hecho una furia hacia Ervin Baines y descargó sobre su rostro un golpe fuerte como un martillazo. El cuello del anciano se retorció y su pelo voló, al igual que varios dientes ensangrentados que salieron despedidos. Baines se desplomó al suelo, pero Garnik se lanzó sobre él de nuevo.

—¡¡Alguien... va... a... tener... que... enseñarte... jodidos... modales!! —rugía el barbudo entre golpe y golpe.

Sin embargo, un segundo después Garnik fue derribado al suelo por Arlem y Brent, que se habían lanzado sobre él para detenerle. Y mientras forcejeaban los tres en el suelo entre gritos y maldiciones, Ervin Baines, tendido en el suelo, se agitaba violentamente haciendo tintinear sus cadenas, mientras que por su boca brotaban carcajadas empapadas de sangre.

No tardaron los soldados que guardaban la puerta de la estancia en hacer acto de presencia. Gracias a ellos consiguieron reducir e inmovilizar a Garnik, que estaba todavía fuera de sí, y, cuando llegaron más de ellos, levantaron al anciano ensangrentado del suelo y se lo llevaron a rastras. Mientras lo hacían, todavía resonaban sus carcajadas contra las paredes.

Enfurecido como un demonio, tanto con lord Baines como consigo mismo por dejarse provocar de aquella forma, Ethan fue cojeando hasta su silla y volvió a sentarse. Cerró los puños uno dentro del otro y, con los codos apoyados en la mesa, se quedó en silencio con la vista fija en la pequeña nota quemada que tanto revelaba y tanto ocultaba al mismo tiempo.

Garnik, cuya furia parecía no haberse calmado del todo, había conseguido zafarse del agarre de Brent, Arlem y los otros guardias, y se levantó frotándose los nudillos ensangrentados mientras resoplaba.

—Ese desgraciado... hijo de perra —masculló con rabia—. Se ríe en nuestra cara sin ninguna vergüenza.

—Era muy difícil que le pudiéramos sonsacar algo —dijo Brent con tono conciliador, como tratando de calmar los ánimos—. Baines puede ser muy testarudo y muy difícil de intimidar. O al menos eso es lo que se dice de él.

—Ethan —dijo Garnik todavía con la mandíbula apretada y la cara roja, dando dos pasos al frente—. Déjame a solas con el viejo en una sala. No necesito más que un cuchillo. Antes de medianoche habrá confesado hasta los crímenes de la perra de su madre.

—No, Garnik —respondió el capitán alzando una mano—. Por el momento no recurriremos a esas medidas tan... extremas.

—Pero capitán...

—No. Intentaremos averiguarlo por otros métodos. Investigadlo, Brent y tú. Haced preguntas, soltad monedas a quien creáis que puede tener alguna respuesta sobre quién es ese jodido T. Tiene que haber alguien en esta ciudad del Abismo que sepa de los trapos sucios de Baines.

—Sí, capitán... —respondió Garnik a regañadientes, secundado por Brent, que también asintió.

—Arlem —continuó Ethan—, voy a aceptar tu oferta de protección. Ve a equiparte y de paso envía mensajeros al sur. Debemos comunicar a lord Lancesvil que hemos tomado la ciudad y que procedemos a asegurar las rutas y la zona circundante.

—Entendido, capitán.

El capitán despachó a sus tres hombres de confianza, encendió las lámparas de aceite de las paredes, pues la noche caía, y se quedó a solas con la única compañía de la tenue luz de las llamas, la nota quemada sobre la mesa y sus sombríos pensamientos.

CAPÍTULO 9

«Vamos a volver a intentarlo, Joran», pensaba Alastor para sí mismo en mitad de la noche. «Volveremos a intentar tomar un castillo en una sola noche, como antaño hicimos. Pero yo ya no soy aquel muchacho enérgico y temerario, sino que soy un anciano cansado y abatido. Esta vez no está Finn, ni Chandu, ni Valten... Ni tampoco estás tú. Ojalá estuvieras aquí, Joran».

—¿General? —repitió una voz junto a él—. ¿General Lancesvil?

—¿Eh? —musitó Alastor después de que la mano que acompañaba la voz le sacudiera el hombro con suavidad—. ¿Sí?

—Mirad, señor. —Señaló la misma mano—. Allá, entre los árboles.

Alastor inclinó la cabeza para tener línea de visión a través del hueco que dejaban las copas de dos saúcos cercanos y quedó mirando al oscuro cielo fijamente. Durante un largo minuto mantuvo la mirada fija allá donde le habían indicado, aunque no veía nada más que oscuridad. Y justo cuando iba a dar media vuelta para replicar, apareció. Una flecha de fuego se elevó en el cielo, se detuvo un instante en lo más alto y cayó, apagándose pocos instantes después.

«Es la señal».

—Esa era la segunda, muchachos —dijo Alastor en voz baja a la veintena de hombres que aguardaban agazapados tras él entre los arbustos—. Vamos, vamos. No tenemos mucho tiempo.

Se levantó y comenzó a avanzar al trote a través de la maleza, abriéndose camino a base de tajos con su espada corta. A sus espaldas, veinte pares de botas lo seguían por la senda que él despejaba.

Cuando la vegetación ante él comenzó a clarear aminoró la marcha, alzó un puño y a sus espaldas la marcha se detuvo. Dio unos pasos más con cautela y oteó hacia delante, hacia la muralla que a menos de una veintena de pasos desde el lindar el bosque se alzaba. Observó con atención durante un minuto y se volvió hacia donde sabía que se encontraban sus hombres. Tragó saliva y levantó una mano en alto, de la cual alzó tres dedos, y acto seguido señaló tres lugares cercanos a él. Dio media vuelta y se agazapó.

«Abismo jodido», masculló para sí mismo mientras esperaba. «Tres. Jodidos tres. Se suponía que no habría más que uno». Al cabo de un minuto tres sombras emergieron de entre la maleza y se dirigieron prestos y silenciosos hacia los tres lugares que Alastor había señalado. Aunque tenían sus rostros cubiertos por telas oscuras, el general sabía a la perfección que debajo de estas se escondían rostros de preocupación y nerviosismo.

Tres eran los guardias que vigilaban aquel segmento de la muralla. No uno, como anticipaban los reportes de los exploradores de la última semana. No dos, como habían previsto en el peor de los casos. No uno, ni dos, sino tres.

Los tres hombres que habían acudido a la llamada del general Lancesvil eran los tres mejores arqueros que había en su ejército. Sin embargo, a pesar de su pericia, tenían una misión poco menos que imposible. Debían disparar al mismo tiempo tres flechas que no solo debían impactar cada una

en uno de los vigilantes enemigos simultáneamente, sino que debían hacerlo en puntos vitales que acabaran al instante con las vidas de estos, pues de otra forma corrían el riesgo de que les quedara aliento para dar la alarma. «Y si eso ocurre, estamos perdidos».

Se plantaron los tres arqueros en sus posiciones, portando con ellos unos arcos que eran bastante diferentes a los que normalmente se manejaban. Aquellos eran más largos y robustos de lo normal, casi de la altura de un hombre. Del extremo inferior sobresalía una punta metálica que los arqueros clavaron en el suelo, permitiendo que los arcos se aguantaran en pie por sí solos. Entonces, los arqueros hincaron una rodilla en el suelo e inclinaron sus armas ligeramente a un lado, tras lo que se dispusieron a cargar las flechas en las cuerdas. Los proyectiles que manejaban también eran diferentes a las flechas corrientes, pues eran más gruesos y alargados, y la punta se abría en tres cuchillas simulando un arpón. Además, tenían en las colas atadas unas largas cuerdas de escalada que se encontraban apiladas al lado de cada uno de los arqueros.

Así pues, a la señal de Alastor, colocaron los tres soldados las flechas en las cuerdas y las tensaron levemente. Cuando el general, que también empuñaba un arco de tamaño común en su mano, dio la segunda señal, los arqueros tensaron con esfuerzo las cuerdas de los tres grandes arcos. Los hombres, todavía con una rodilla hincada en el suelo, inclinaron sus armas hacia atrás para apuntar hacia sus objetivos, que no eran otros que los tres guardianes que patrullaban el adarve de la muralla en aquella sección.

Todos contuvieron el aliento, a la espera de que el puño alzado de Lancesvil descendiera para dar la tercera y última señal. Los brazos de los arqueros temblaban por el esfuerzo que suponía mantener tensas las gruesas cuerdas de aquellos arcos mastodónticos, pero eran expertos en su trabajo y el general sabía que eran capaces de aguantar en aquella posición el tiempo que fuera necesario.

Alastor cerró los ojos un instante, rezó una corta plegaria y dejó caer el puño. Casi al instante se oyeron los graves zumbidos de los tres proyectiles al salir disparados, y en menos de lo que se tarda en pestañear, se clavaron como estacas en sus objetivos. Tanto el guardián que se encontraba más escorado a la izquierda, como el que se encontraba a la derecha, recibieron sus disparos en el pecho. Pero el vigilante que estaba en el centro hizo un movimiento en el último segundo y el proyectil que le habían disparado le atravesó el hombro. Hubo un instante de silencio sepulcral en el que el guardia herido miró la flecha que se le había clavado, incrédulo. Al cabo de un instante el soldado pareció ir a coger aire para gritar, pero se escuchó un zumbido y de pronto tenía una flecha clavada en la garganta.

Mientras la cuerda del arco de Alastor todavía temblaba, él soltó lentamente el aire que había inspirado. Los cuerpos de los tres guardianes muertos cayeron hacia atrás, precipitándose al vacío que había al otro lado de la muralla, pero los arqueros soltaron rápidamente los arcos y sujetaron las cuerdas que habían atado a las flechas, que se tensaron y temblaron. Alastor hizo un gesto hacia los matorrales que había a sus espaldas y, en menos de un segundo, media docena de hombres salieron de entre la espesura para ir a sujetar las cuerdas. Entre todos comenzaron a tirar, alzando de nuevo los tres cuerpos que habían caído hacia el otro lado. Los subieron hasta el adarve de la muralla y siguieron tirando hasta que los cuerpos tocaron con las almenas. Los hombres de Alastor siguieron tirando de las cuerdas para mantenerlas tensas, y a la orden del general tres de sus hombres se colgaron de cada una de las cuerdas y comenzaron a escalarlas hacia la muralla. Unos minutos después llegaron arriba y tres más se colgaron de las cuerdas.

Los hombres del general Lancesvil fueron escalando de tres en tres mientras a su alrededor reinaba la más absoluta de las calmas. Al final, cuando abajo solo quedaban Alastor y dos de sus hombres, ataron las cuerdas a los troncos de tres árboles cercanos y, una vez asegurados los nudos, subieron ellos también.

Cuando el general llegó a lo más alto de la muralla, no sin cierta dificultad, se encontró con sus veinte hombres agazapados en un corro en el amplio adarve, así que se situó en el centro del círculo en cuclillas y habló en voz baja.

—Cortad las cuerdas y lanzadlas hacia abajo —dijo. Mientras seguía hablando, dos de sus hombres se apresuraron a cumplir su orden—. Luego desvestid los cuerpos, deshacedos de las flechas y que tres de vosotros se pongan sus ropas y finjan patrullar la muralla. Tob, Bran, Cully. Vosotros tres.

»Y esto va para todos —continuó el general en voz baja—. Recordad que no podemos dejar que nadie dé la alarma. Nuestro cebo ha conseguido que la mayoría de la fuerza enemiga salga de la fortaleza, pero no sabemos cuántos se pueden haber quedado ni cuánto tardarán en darse cuenta del engaño y regresen. Liquidad rápido y en silencio a cualquiera que se os acerque. Vamos, el resto seguidme. Tenemos trabajo que hacer.

Se dispusieron a ponerse en movimiento, pero antes de que partieran, uno de los tres arqueros que habían disparado a los vigilantes de la muralla se acercó a Alastor. La tenue luz de las antorchas que alumbraba la muralla descubría un semblante a medio camino entre la preocupación y el arrepentimiento.

—Lord Lancesvil, señor.

—¿Sí, Kori?

—Siento... —titubeó—. Siento haber errado el disparo.

—No te preocupes por eso ahora, hijo, lo hiciste bien —lo tranquilizó Alastor, poniéndole una mano en el hombro—. Se movió en el último momento. No había forma humana de predecirlo. Solamente el mismísimo Daku, con su arco celestial, lo podría haber hecho mejor.

El arquero sonrió, aliviado, y posó a su vez la mano en el hombro del general con un gesto de agradecimiento.

—Por cierto, General —dijo Kori cuando Alastor ya se disponía a ponerse en marcha—. Buen disparo.

Dejando atrás a los tres hombres que debían disfrazarse con los ropajes de los vigilantes abatidos, el resto del grupo siguió la marcha que encabezaba el general Lancesvil hasta que encontraron unas escaleras que bajaban hacia el interior de la fortaleza.

Everlan era, más que uno de aquellos fortines que se utilizaban únicamente para defender posiciones estratégicas, una villa que con el paso de los años había sido fuertemente fortificada, pues gozaba de una posición elevada que confería un control sobre la gran llanura del suroeste de Amsul y, además, controlaba el acceso a las costas del sur, donde había numerosos puertos tanto naturales como artificiales. Era la plaza fuerte más meridional de Amsul, y además era la última que todavía se encontraba bajo dominio de los leales a los Yinn. Si Alastor y su ejército rebelde, la causa que habían bautizado como la Extinción del Fuego, conseguían tomar Everlan, toda Amsul, una de las tres islas principales de las Hijas de Aeldra, sería suya. Si aquello ocurría, solamente restaría Aldan al sur y Alenor al oeste, islas en las que el dominio Yinn era incontestable.

«Eso contando con que Daelberg y los suyos hayan conseguido tomar Advalon, al norte», meditó Alastor mientras correteaba por las callejuelas de Everlan. Sin embargo, a pesar de que todavía no había recibido noticia del capitán, Alastor tenía plena confianza en él, pues se trataba de un militar de contrastada experiencia, tenaz, leal y comprometido con la causa.

Dejando de lado aquellos pensamientos, Alastor torció una esquina y, una vez se cercioró de que no había nadie más que sus hombres en las inmediaciones, golpeó con el mango de su cuchillo la cerradura de un edificio que, por su apariencia, parecía estar abandonado. Después de un segundo y

un tercer golpe, la cerradura oxidada se quebró y la puerta de madera cedió hacia dentro con un crujido y levantando una nube de polvo. Sin perder un instante, los hombres de Alastor se escurrieron uno a uno hacia el interior, y por último lo hizo él. Una vez dentro alguien prendió una lámpara de aceite cuya tenue llama reveló el interior del lugar en el que se encontraban.

Se trataba, tal y como parecía desde el exterior, de un almacén abandonado. Había algunas estanterías polvorientas y quebradas en las paredes, y por el suelo había esparcidos cristales rotos y telas viejas, raídas y hechas jirones, entre otros desechos.

—Cubrid las ventanas —ordenó Alastor.

Sus hombres se apresuraron a obedecer, utilizando las telas del suelo y algunas de sus capas para cubrir los polvorientos cristales que daban al exterior. Mientras lo hacían, uno de los que formaba parte de la comitiva se le acercó y se bajó la capucha, descubriendo un rostro pálido y liso en el que brillaba una sonrisa.

—Al final no ha sido tan difícil como parecía, ¿verdad, Alastor? —preguntó—. Menos mal que no has perdido la pericia con el arco.

Alastor le devolvió la sonrisa.

—Yo a ti también te he visto bien, Morkana —respondió—. Más ágil de lo que esperaba para haber estado tantos años encerrado entre libros y estantes.

—Bueno... está claro que los años pesan más a unos que a otros, ¿no crees? —replicó a su vez el hechicero, no sin cierta sorna.

Cuando los hombres de Alastor hubieron terminado de cubrir las ventanas del almacén, se acercaron allá donde el general y el hechicero conversaban, y una vez estuvieron todos reunidos, Alastor desplegó un mapa viejo y arrugado sobre el suelo. Con un carboncillo en la mano, comenzó a garabatear en él.

—Esto es un mapa de Everlan, muchachos —comenzó—. Por aquí es por donde hemos entrado nosotros. Después nos hemos desplazado hacia el sur, por aquí, y ahora debemos encontrarnos en algún punto de esta zona.

»Nuestro objetivo es crear una distracción en esta área —señaló otra parte del mapa—, en el sureste de la ciudad. Esto atraerá a las tropas que se han quedado en la ciudad y, además, debido al relieve de esta región, no será percibido para la fuerza que ha salido de la fortaleza a perseguir nuestro cebo.

—¿En qué clase de distracción estáis pensando, general? —preguntó Morkana.

—Fuego —respondió Alastor—. Es fácil, rápido de provocar y desata el pánico. Pero debemos tener en mente que nuestro objetivo principal es tomar esta fortaleza y conservarla, pues sin duda la parte de la fuerza de los leales a los Yinn que han salido tratarán de conquistarla de nuevo. De nada nos servirá todo lo que estamos haciendo si quemamos Everlan hasta sus cimientos. Tiene que ser un fuego lo suficientemente grande como para llamar la atención y atraer a los hombres que se han quedado aquí, pero no lo suficiente como para que se descontrolen.

»Un edificio como este sería una muy buena opción. —Señaló a su alrededor—. Abandonado y relativamente aislado para que el fuego no se extienda, pero no tan pequeño como para que apaguen el fuego en pocos minutos. Morkana, te llevarás a tres hombres contigo y provocaréis el fuego. ¿Te ves capaz?

—Sí, general —respondió el hechicero con confianza, dándose unos golpecitos con el puño cerrado en el pecho—. Podéis dejarlo en mis manos.

—Perfecto —asintió Alastor—. El resto vendréis conmigo a este punto. Es la puerta oeste del fuerte. La atacaremos cuando el fuego atraiga la atención del enemigo. No deberíamos esperar demasiados efectivos enemigos allí, por lo que podremos deshacernos de ellos rápido y en silencio. Tomaremos la puerta, daremos la señal a los que nos esperan fuera y levantaremos el rastrillo. Y entonces... que sea lo que los dioses quieran.

Cuando hubieron confirmado que todos habían entendido las órdenes recibidas, se pusieron en movimiento. Uno de sus hombres aseguró el exterior del almacén, y una vez dio la señal de que el camino estaba despejado, partieron los dos grupos. Hacia el sureste fueron Morkana junto con otros tres hombres, mientras que Alastor y los otros trece hicieron lo propio hacia el oeste. Así, el grupo liderado por el general Lancesvil se movió en silencio por entre los callejones de Everlan, que se encontraba en un estado de calma casi absoluta.

«Espero que los demás estén bien», pensó Alastor con un cierto deje de preocupación. Se refería al cebo, a la trampa que habían tenido que tender para atraer al grueso de las fuerzas enemigas fuera de la fortaleza. Mientras la mayor parte de su tropa se ocultaba al noroeste de la fortaleza, pendientes de que Alastor y el pequeño grupo de infiltración aseguraran el acceso a Everlan, había una pequeña parte del ejército, de no más de un centenar de valientes, a los que se les había asignado una tarea prácticamente suicida. Aquellos hombres, que se habían presentado todos voluntarios para la misión, tenían el deber de encender fogatas, provocar ruidos e incluso lanzar pequeños ataques contra las murallas de Everlan. Cualquiera cosa con tal de fingir que ellos eran el grueso de la fuerza de Alastor Lancesvil y no una pequeña parte como eran realmente. Aquellos cien hombres valerosos de la Extinción del Fuego debían hacer creer al enemigo que no eran cien sino mil, y atraerlos al exterior del fuerte para que los persiguieran. Y ellos, los leales a los Yinn, habían caído en la trampa. Atraídos por la desventajosa posición en la que se encontraba la tropa fantasma de los rebeldes, justo entre Everlan y un río cercano, se trataba de una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar. Habrían acorralado al ejército de Alastor, impidiendo cualquier vía de escape, y los habrían aplastado gracias a su superioridad numérica y a su mayor conocimiento del terreno. Eso, si allí se hubiera encontrado el ejército de Lancesvil en realidad.

Con aquella preocupación sobrevolando sus pensamientos como un ave carroñera que planea sobre un corcel moribundo, Alastor recorría al trote y ligeramente agazapado las callejuelas de la villa fortificada que suponía la última plaza fuerte de los Yinn en Amsul. A su espalda lo seguían sus trece, silenciosos como sombras, con las manos enguantadas cerradas en torno a los pomos de las espadas cortas, dagas y cuchillos que tenían preparados en caso de que se cruzaran con hombres del enemigo. Y, aun así, a pesar de que se detuvieron en cada esquina, comprobaron cada rincón y cada recodo, la villa se encontraba totalmente desierta. El silencio pesaba sobre las calles, asfixiante y grueso. De pronto, una horrible sensación de congoja se apoderó del pecho de Alastor, impidiéndole respirar.

«No... No, por los dioses. No».

—General —se oyó a alguien susurrar—. Mirad. La puerta.

Antes de que Alastor consiguiera hacer pasar el aire a través de su garganta cerrada para advertirles del peligro, un grito se le adelantó, un aullido que resonó contra cada pared y cada rincón de Everlan. A pesar de que no se había escuchado con claridad ninguna palabra, aquel sonido les heló la sangre a todos, pues se trataba de un grito de alarma. Pasaron algunos segundos eternamente largos hasta que otros gritos secundaron al primero y una campana repiqueteó con estridencia.

Antes de que ninguno de los hombres de Alastor pudiera reaccionar, una decena de sombras se alzaron en los tejados de los edificios cercanos. Vestidos con ropas oscuras, casi indistinguibles por el negror de la noche, alzaron en sus manos unos artefactos pesados con los que apuntaron hacia ellos. Y en el tiempo que dura un suspiro, diez dedos accionaron diez palancas, y diez virotos

salieron disparados silbando y rasgando el manto de silencio que hasta el momento les había envuelto.

De los trece hombres que acompañaban a Alastor, cuatro de ellos cayeron al suelo entre gritos, heridos por los proyectiles que se habían clavado en sus carnes. Los gritos de dolor de los caídos parecieron despertar al general del ensueño en el que había caído. Arriba, los hombres que habían disparado recargaban con prisa sus ballestas a la par que alzaban la voz para gritar.

—¡Están aquí! —se les oía aullar—. ¡Están aquí!

Alastor se lanzó hacia uno de los heridos, que se retorció de dolor en el suelo con un proyectil atravesándole la rodilla, pero otro de sus hombres lo detuvo y lo empujó hacia atrás.

—¡Huid, general! —chilló el soldado—. ¡Huid, por los dioses!

Otro proyectil se clavó en la espalda del hombre que lo había empujado y tres más lo hicieron a los pies de Lancesvil. Luchando contra su sentido del honor y de la lealtad, Alastor dio media vuelta y emprendió una huida frenética. A medida que corría, sus lágrimas se escapaban hacia atrás, tratando de alcanzar a los hombres que morían por él.

CAPÍTULO 10

Corrió. Corrió como si una horda de demonios le pisara los talones. Corrió como si, a sus pies, el suelo se estuviera derrumbando hacia el Abismo. Corrió como no había hecho desde sus tiempos de recluta, cuando no era más que un mozo. A sus espaldas escuchaba gritos, pero su acelerada carrera le impedía escuchar con claridad nada más allá de su agitada respiración.

Torció una esquina y con su impulso arrolló a alguien que se encontraba al otro lado. Cayeron ambos, Alastor y el extraño, hechos un barullo el uno con el otro. Cuando pudo enfocar la vista, el general vio que se trataba de un joven imberbe, cuyo rostro pálido y asustado sobresalía de la capucha de una de aquellas vestimentas negras que vestían los que habían disparado contra sus hombres.

Se miraron los dos por un segundo, y al acto el muchacho comenzó a gatear en dirección contraria a la del general. Este, sin darse cuenta siquiera de haberlo desenvainado, tenía su puñal en la mano.

—¡Está aqu... aaarghh!

Alastor se abalanzó sobre el joven, y antes de que este consiguiera gritar, le hincó con toda la furia que tenía el puñal en la base del cráneo. El metal penetró piel, carne, hueso y cerebro con un crujido, y el muchacho cayó inerte al suelo.

Alastor se levantó, rápido y ágil como un gato salvaje, y trató de silenciar el atronador sonido de los latidos de su corazón, que le había taponado las orejas, y entonces los escuchó. Los gritos ya no parecían tan cercanos como hacía unos minutos, pero se acercaban sin duda atraídos por el medio grito del muchacho que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre mezclada con barro.

Maldiciendo para sus adentros a todos los demonios de cuyo nombre se acordaba, el general emprendió de nuevo la carrera, perdiéndose entre los callejones de Everlan. Esta vez, sin embargo, no lo hacía de forma alocada y frenética como antes, sino que era más cauto. Se detenía en las esquinas para comprobar que el camino estuviera despejado, trataba de prestar atención a los gritos que se oían por doquier, identificando si se alejaban o si estaban peligrosamente cerca.

Y en una de las esquinas que no torció, detectó algo que se acercaba al otro lado. Se trataba de un grupo de alrededor de diez soldados que portaban los ropajes de los fieles a los Yinn, que se acercaban hacia donde él se encontraba. Sin ningún otro sitio hacia el que ir, Alastor dio media vuelta y se escurrió por un callejón oscuro y lleno de escombros y basura. Pero cuando llegó al otro extremo y examinó lo que había más allá, encontró otro de aquellos grupos que parecía buscarlo por todas partes.

Volvió a dar media vuelta, desesperado. Si cualquiera de las dos patrullas pasaba por delante del callejón y miraban hacia dentro, lo verían. No había posibilidad de huir ni de esconderse, por lo que el general rebelde se arrodilló, cerró los ojos y rezó a los dioses. Pero cuando estaba a menos de media plegaria, un siseo lo interrumpió. Levantó la mirada, extrañado, y vio cómo una parte de la pared del callejón se había abierto. Cuando entrecerró los ojos y miró más atentamente, vio que lo que se había abierto no era más que una puerta, que él, a simple vista, no había visto. Y desde el interior, por la rendija que quedaba, un rostro le hacía gestos para que se aproximara. Sin perder un instante en intentar comprender lo que sucedía, Alastor se levantó a toda prisa y corrió hacia la abertura. Cuando estuvo ante ella el rostro desapareció hacia el interior y la puerta se abrió un poco más para permitir que pudiera pasar. Alastor lo hizo, y una vez dentro, la puerta se cerró.

Se encontró de pronto en el vestíbulo de una casa vieja y con un fuerte y cargado olor a humedad. Las paredes y el techo, hechos de madera, presentaban numerosas manchas oscuras, y el suelo estaba viejo y desgastado. Ante él, encima de ese suelo, se erguía un hombre que parecía tan demacrado como la casa en la que vivía. Tenía rasgos de anciano, de no menos de cincuenta años. Era calvo a excepción de unos pocos pelos blancos que le crecían en los laterales y en la parte trasera de la cabeza, y bajo sus ojos, de un color castaño oscuro, colgaban dos bolsas grandes y negras que le ensombrecían la mirada. Extremadamente delgado, aquel hombre se sujetaba sobre una sola pierna, la izquierda, y donde su otra pierna debería haber estado, no había más que un bastón que sujetaba con la axila y el brazo.

Alastor se lo quedó mirando durante unos segundos, sin saber exactamente qué decir o hacer. El h o m b r e l o m i r ó d e a r r i b a a b a j o .

—Eres tú, ¿verdad? —dijo con voz ronca—. El rebelde.

Alastor asintió muy lentamente.

—Así es —afirmó—. Mi nombre es Alastor Lancesvil.

—He oído que sois un lord —dijo el hombre con una sonrisa lúgubre y un toque de burla en su mirada cansada—. ¿Debería trataros de vos?

—No, no es necesario. Alastor es suficiente.

—Pues pasa, Alastor. Bienvenido a mi palacio. —Dio media vuelta y comenzó a andar a la pata coja, con el constante repiqueteo de su bastón acompañando sus pasos—. Yo me llamo Dugan, por cierto. Pero puedes llamarme Dug.

Alastor, que todavía no daba crédito a lo que veían sus ojos, lo siguió con lentitud por el pasillo, hasta que, al llegar al final, encontraron dos puertas. Dugan abrió la de la derecha y se apartó un poco, alargando una mano y señalando hacia el interior de la estancia, invitando a Alastor a que entrara. El general pasó por delante de su anfitrión y cruzó el umbral, y al otro lado se encontró una sala más bien pequeña, con una vieja estufa encendida de hierro oxidada en el centro, sobre la cual había un cazo abollado lleno de agua humeante. A un lado de la estufa había un camastro hecho de mantas viejas y raídas, y al otro lado había una mesa redonda de madera con una silla del mismo material ante ella. La sala tenía una sola ventana en la pared situada enfrente de la puerta. Se encontraba cerrada y su cristal era opaco, por lo que no se veía a través de ella nada más que una bruma oscura. En las paredes colgaban dos lámparas de aceite encendidas que iluminaban la estancia
c o n u n a t i t u b e a n t e l u z a m a r i l l e n t a .

—Siéntate frente al fuego, Alastor —dijo Dug mientras dejaba el bastón apoyado en la silla y se dirigía él también hacia la estufa a la pata coja—. Calientate. ¿Puedo ofrecerte un té?

—Eh... Sí, claro, pero...

Ignorando su titubeo, el cojo fue dando saltitos sobre su pierna hacia un rincón de la estancia en la que había un pequeño mueble. Se agachó, abrió las puertas y sacó dos vasos de madera. Se acercó de nuevo a la estufa, cogió el cazo por el mango y vertió la mitad de su contenido en cada uno de los vasos, uno de los cuales ofreció a su invitado.

—Gracias, te lo agradezco —dijo Alastor mientras el cojo se sentaba—. Pero escucha, Dugan... Necesito que respondas a algunas preguntas.

—Dug, por favor.

—Claro, Dug —corrigió Alastor—. Quería saber... por qué me has abierto las puertas de tu casa.

El hombre lo miró fijamente por encima de las bolsas de sus ojos, dio un sorbo a la bebida caliente que sostenía en sus manos y habló.

—Hace ya semanas que corren rumores de que el temible y malvado Alastor Lancesvil se encontraba en las inmediaciones con su ejército de rebeldes e impíos —comenzó el anciano—. Si la mitad de todo lo que se decía de ti fuera cierto, serías el peor demonio del Abismo con diferencia. Que nos quemarías a todos en piras. Que harías rituales a tus dioses paganos sacrificando a nuestros recién nacidos. Que nos descuartizarías atando nuestras extremidades a cuatro caballos. Sin duda, un verdadero villano que amenazaba la vida piadosa y... digna —pareció soltar una risotada cuando dijo aquella palabra— que tratamos de llevar aquí en Everlan.

»Hace dos días comenzaron vuestros ataques. Pero eran una farsa, ¿no es cierto? Sí, lo eran. Eran ataques que trataban de atraer a las fuerzas de los Yinn al exterior. Y lo conseguisteis... pero no del todo. —Hizo una pausa y bebió un trago de su bebida—. Una parte del ejército que guardaba Everlan salió, pero la mayoría se quedaron dentro, al contrario de lo que vosotros pretendíais, pues se rumoreaba que podría tratarse de una trampa del malvado Lancesvil. Una estrategia con el fin de debilitar la ciudad para un posterior ataque sorpresa. Corría también el rumor de que una de estas noches te ibas a infiltrar en la ciudad. Por lo que escuché, se decía que había un espía en tu ejército que informó de vuestras intenciones.

Alastor maldijo en silencio.

—Y parece ser que los rumores no se equivocaban, por lo que veo —continuó el anciano—. No hace más de media hora se comenzaron a escuchar los primeros gritos. Primero lejos, y después más cerca. Y cuando los escuché muy cerca, estuve atento a la puerta. Y fíjate si es irónico el destino que has tenido que huir por el callejón que da a la puerta trasera de mi casa. Cuando te he visto, sabía que tenías que ser tú.

Alastor guardó silencio unos segundos, tratando de procesar toda aquella información mientras el anciano ante él seguía sorbiendo su bebida humeante. Al cabo de unos minutos de meditación, el general parecía haber ordenado sus pensamientos.

—¿Qué decían exactamente los rumores de los que hablas? —terminó por preguntar, después de dar un trago a su infusión.

—No me pidas demasiada exactitud, Lancesvil, pues no son más que rumores murmurados por charlatanes borrachos en tabernas de mala muerte —respondió Dug—. Desde hacía algunos días se rumoreaba que el demonio Alastor se infiltraría en la ciudad durante la noche. Que no debíamos salir ni merodear las calles una vez puestos los soles. Que debíamos dar alarma si veíamos o escuchábamos algo extraño.

Diciendo aquello último al anciano le brillaron los ojos y una pequeña sonrisa asomó sus labios agrietados.

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó Alastor—. ¿Por qué, en lugar de delatarme, me has dado refugio?

Dugan se terminó la bebida de un trago y dejó el vaso junto a él. Se secó los labios con el dorso de su mano y se quedó mirando fijamente a la estufa, aunque su mente parecía encontrarse en algún lugar muy lejano.

—Hace quince años aproximadamente fui reclutado para luchar en una de las muchas guerras que los Yinn empezaron los unos contra los otros —comenzó el anciano con voz apagada y sombría—. Yo vivía más al sur, en una pequeña villa que se encontraba en la frontera entre los territorios de lord Randy y lord Wylan. Nosotros, mi familia yo, rendíamos vasallaje a lord Randy por poco más de un centenar de pasos. Uno de aquellos Yinn, cuyo nombre no me atrevería a pronunciar ni aunque lo recordara, convenció al viejo lord de que él debería sentarse en el trono de Aeldra y no el rey Joran, quien por aquel entonces acababa de heredar la corona. Y el viejo, borracho de promesas de poder, reclutó a sus milicias para ir a librar la guerra.

»Si nuestra villa hubiera estado doscientos pasos más hacia el oeste, bajo el dominio de lord Wylan, habríamos luchado contra el disidente y no a su lado. Pero la fortuna de los dioses jode a los humildes, y a la guerra que fuimos con el estandarte de lord Randy bien alto. Yo, que no era más que un humilde ebanista, tuve que dejar mi hogar, mi trabajo y a mi mujer, y marché junto con mis dos hijos, que tenían quince y diecisiete años. Y fuimos e hicimos la guerra contra los defensores del rey Joran. Durante semanas libramos escaramuzas y pequeñas batallas, pero tanto yo como mis hijos nunca llegamos a entrar en combate. Al final, al cabo de un par de meses, parecía que la batalla final se iba a librar en...

—El Bastión Blanco.

—Así es —asintió el anciano, que había levantado la mirada para clavarla en su interlocutor—. El Bastión Blanco. La joya de la corona del reino de Joran el Indómito. Una ciudad infranqueable cuya defensa estaba en manos de un joven general, audaz y bravo como pocos, un hombre del que decían que no había batalla que hubiera perdido, y que respondía al nombre de... Alastor Lancesvil.

Alastor se quedó en silencio y sin saber qué decir.

—Durante días atacamos los muros de la ciudad —continuó Dugan—, pero siempre nos rechazasteis. Al tercer día, a mi hijo mayor lo alcanzó una flecha en el hombro, y tres días después murió porque la herida se infectó y nadie fue capaz de sanársela a tiempo. Y dos días más tarde, cuando escalamos los muros de la cara sur de la fortaleza, a mi hijo pequeño le hincaron un hacha en el cráneo. Todavía recuerdo el ruido que hizo... y cómo sus sesos me salpicaron en la cara. Ese mismo día perdí la pierna en una mala caída, pero es evidente que no fue la pérdida más dolorosa

del día. No conseguimos tomar la ciudad, como bien recordarás... y al final tuvimos que batirnos en retirada.

El silencio cayó de nuevo sobre la sala de paredes de madera. Por mucho que se esforzaran las llamas de la estufa en calentar el ambiente, el frío había arraigado en el pecho de Alastor y no parecía dispuesto a marcharse. Cuando el general hubo reunido el suficiente valor, alzó la mirada del suelo y miró fijamente a su interlocutor.

—¿Y por qué...? ¿Por qué, en nombre de los dioses y de todo lo que es bueno, daríais cobijo al hombre contra el que vuestros hijos perdieron la vida luchando? ¿Por qué no querríais verme muerto, colgado en alguna plaza o atrapado en un cepo? Por todo lo que sabemos, yo mismo podría haber sido el que disparó la flecha que se llevó a vuestro primer hijo, o el que blandió el hacha que acabó con el segundo. Yo estaba en esos muros, y quizá no maté a vuestros hijos, pero maté a muchos hijos de otros. No lo entiendo... ¿por qué querríais que me pasara nada bueno?

Dugan lo miró a los ojos y unos instantes después soltó una risa amarga.

—Eres inteligente, general. Pensaba que lo suficiente como para que no tuviera que explicártelo —dijo—. Durante muchos años maldije tu nombre, es cierto. Por el Abismo, si los dioses hubieran escuchado una sola de mis plegarias contra ti... Maldije y maldije a los hombres por los que lo perdí todo. Pero al final, con el tiempo, me di cuenta de una cosa. De un detalle que, aunque recordaba perfectamente, nunca llegué a entender o a asimilar.

»Y es que, cuando nosotros nos batíamos en retirada, comenzó a correr el rumor de que aquel Yinn por el que luchábamos iba a hacer su aparición. Y así fue. Nosotros solo lo vimos desde lejos, pero los aullidos del viento que se levantó fueron tales que recuerdo cómo el corazón se me paralizó de miedo en el pecho. Y entonces, el Bastión Blanco fue arrasado por un torbellino gigantesco.

»Aquel Yinn podría haber usado su poder para destruir la ciudad enemiga sin necesidad de que nosotros muriéramos intentando tomarla. Si ese Yinn hubiera decidido atacar el Bastión por su cuenta, quizá mis dos hijos todavía estarían aquí, a mi lado, pero en su lugar nos mandó a nosotros, y solo cuando morimos y sufrimos, decidió tomar cartas en el asunto.

»Y cuando comprendí lo que aquello realmente significaba, me di cuenta de que no importaban el rey Joran, lord Randy, Alastor Lancesvil, ni ningún otro de los hombres que participaron en aquella guerra. No importaba quién estuviera en un bando y quién en el otro, ni quién matara a quien. Los verdaderos culpables, los auténticos asesinos, fueron los titiriteros que movían los hilos detrás de todos. Tú no mataste a mis hijos, Alastor. Aunque de hecho hubieras sido tú quién disparó la flecha que se llevó a uno, o el que blandió el hacha que se llevó al otro, no podría culpabilizarte lo más mínimo. Por eso... por eso rezo a los Tres todas las noches. Rezo para que bendigan vuestra lucha y vuestra revolución, para que tengáis éxito y consigáis librarnos del yugo al que estamos sometidos por esos demonios. Así que no os detengáis, Alastor. No os detengáis hasta que haya caído hasta el último de ellos.